

Angel Parra



V i o l e t a  
*se fue a los cielos*

*Catalonia*

Incluye  
CD

**ÁNGEL PARRA**

**Violeta se fue a los cielos**

Catalonia

Parra, Ángel

*Violeta se fue a los cielos*

Santiago de Chile: Catalonia, 2006

ISBN 978-956-324-181-5

Biografía

921

Diseño de portada: Guarulo & Aloms

Ilustración de portada: *Carmen Luisa, la hija curiosa*. Violeta Parra

Edición de textos: Jorgelina Martín

Diseño interior : Gloria Barrios

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Todos los derechos reservados.

ISBN 978-956-324-181-5

Registro de propiedad intelectual N° 154.753

© Ángel Parra, 2006

© Catalonia Ltda., 2006

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

[www.catalonia.cl](http://www.catalonia.cl)

*A Ruth, mi mujer.*

*A mis hermanas Isabel  
y Carmen Luisa.*

*A Marta, Ángel, Javiera,  
sin pasado no hay futuro.*

*“El conocimiento es limitado, la imaginación es infinita.”*

Einstein

*“Yo creo que todo artista debe aspirar a tener como meta el fundirse, el fundir su trabajo en el contacto directo con el público. Estoy muy contenta de haber llegado a un punto de mi trabajo en que ya no quiero ni siquiera hacer tapicería ni pintura, ni poesía, así suelta.*

*Me conformo con mantener la carpa y trabajar esta vez con elementos vivos, con el público cerquita de mí, al cual yo puedo sentir, tocar, hablar, e incorporar a mi alma.”*

Violeta Parra, 1966

## Preludio

Domingo cinco de febrero de mil novecientos sesenta y siete. 14 horas. La detonación debe haberse escuchado desde lejos. O tal vez no. La pistola era de bajo calibre. Drástico fin de todos sus tormentos. Drástico. Como le gustaban las cosas a ella.

A través de ese pequeño orificio se le fue la vida. Y con ella, los pájaros azules y rojos, dijo Atahualpa, mi viejo maestro; ya no le cabían en el alma. Por ese pequeño orificio entró a la historia. Como siempre, el consabido cuento de que los artistas deben morir para ser plenamente reconocidos.

Los vecinos preparaban el asado del domingo y seguro tenían dos o tres aperitivos en el cuerpo.

Tal vez el estampido, o como decía su hermano mayor, el pistoletazo, debe haber sonado como una puerta que se cierra con violencia. Prefiero la palabra estampido. Aquel sonido que coincidió con el entrecocar de las copas, no se oyó, felizmente para ellos; estaban de fiesta, un cumpleaños, la graduación del hijo, el intercambio de anillos de la hija mayor.

No me gusta la palabra pistoletazo, la palabra estampido me hace pensar en llanuras repletas de caballos desbocados.

Libertad total en el espacio, sin restricciones. Así me imagino el suicidio, el acto mismo. Echar a galopar todos los caballos frenados, retenidos, maneados. Potreros plenos de alfalfa verde, cascos enterrándose en el barro blando por la humedad del rocío, en galope desenfrenado. Caballos alados que, ahora, flotando se llevan la preciosa carga para perderse entre las nubes. Mientras aquí, en la tierra y su vulgaridad, un hilo de sangre corre desde la sien de mi madre hasta tocar el piso, el piso de tierra. De esta tierra que tanto amó y defendió con su canto y su guitarra. Obstinada y resuelta, hoy fundiéndose en ella, por los siglos de los siglos. Realizando el milagro tan esperado. Tierra y sangre. Madre Tierra. Hermanas de sangre juntas, por fin. Hágase su voluntad.

Así lo decidió mi madre.

Yo no escuché el estampido. A más de doscientos kilómetros, no intuí, no presentí. Ningún aviso mágico. Nada. La magia no existe.

Un amigo lo escuchó en la radio, en el noticiero de las tres de la tarde. Con cariño y firmeza dijo; “tu madre se suicidó”. A pesar del intenso calor veraniego, sentí frío.

Tengo veintitrés años, un hijo pequeñito, una mujer tierna y segura. Partimos de inmediato a Santiago. Tres horas después llegamos a la “carpa de la reina”. Lágrimas intermitentes, dos sentimientos. Alegría por su liberación, tristeza por su ausencia que pensé definitiva. Error, desde ese día, su presencia no ha dejado de acompañarme.

Cientos de anónimas personas, luego serían miles, comenzaban a rodear la carpa. Fragancias diferentes emanaban de los ramos de flores. Colores y formas distintos, según la personas. Me detuve por un momento en un ramo de clavelinas, quise pedírselo a esa muchacha para ser yo quien se lo llevara. Flores silvestres. Como ella decía, sin buscar la belleza, simplemente el gesto. Las mismas flores que había mencionado por sus nombres en la tonada “La jardinera”.

*Para mi tristeza violeta azul*

*clavelina roja pa' mi pasión*

*y para saber si me correspondes*

*deshojo un blanco manzanillón*

*si me quieres mucho poquito nada*

*tranquilo queda mi corazón.*

Carmen Luisa, mi hermana menor, de quince años por esos días, vivía con ella en la carpa. Mi hermana Isabel y yo ya estábamos enriados, en nuestros propios caminos, ella con su vida y yo en lo mío. Empezando a jugar a ser adultos.

Poco tiempo antes de tomar esta decisión definitiva, mi madre terminaba su relación amorosa con Gilbert Favre, “El gringo”. “Run run se fue pal’ norte”. ¿Cual

norte? El que él andaba buscando, un norte que le perteneciera solo a él.

Quién puede mejor que ella, mi madre, dar cuenta, a quien le interese - sé que hay muchos - desentrañar esta ruptura, solo ella. Explicándose a sí misma las razones de tal separación. Por eso escribía, para desenredar las madejas del alma, creo oírla. Donde tanto amor existió, hoy solo vacío y desolación.

“Run run se fue pa’l norte”, lo dice todo. No hay misterios, ahí está la profunda verdad.

*En un carro de olvido, antes del aclarar,*

*de una estación del tiempo decidido a rodar*

*Run Run se fue pa’l norte, no sé cuándo vendrá*

*vendrá para el cumpleaños de nuestra soledad.*

*A los tres días carta con letras de coral,*

*me dice que su viaje se alarga más y más,*

*se va de Antofagata sin dar una señal*

*y cuenta una aventura que paso a deletrear.*

*Ay, ay, ay, de mí.*

*Al medio de un gentío que tuvo que afrontar*

*un trasbordo por culpa del último huracán,*

*en un puente quebrado cerca de Vallenar,*

*con un cruz al hombro Run Run debió cruzar.*

*Run Run siguió su viaje, llegó al tamarugal*

*sentado en una piedra, se puso a divagar,*

*que sí, que esto, que lo otro, que nunca, que además,*

*que la vida es mentira, que la muerte es verdad.*

*Ay, ay, ay, de mí.*

*La cosa es que una alforja se puso a trajinar*

*sacó papel y tinta y un recuerdo quizás*

*sin pena ni alegría, sin gloria ni piedad,*

*sin rabia ni amargura, sin hiel ni libertad,*

*vacía corno el hueco del mundo terrenal,*

*Run Run mandó su carta por mandarla no más.*

*Run Run se fue pa'l norte, yo me quedé en el sur*

*al medio hay un abismo sin música ni luz.*

*Ay, ay, ay, de mí.*

*El calendario afloja por las ruedas del tren*

*los números del año por el filo del riel*

*más vueltas dan los fierros, más nubes en el mes,*

*más largos son los rieles, más agrio es el después.*

*Run Run se fue pa'l norte qué le vamos a hacer*

*así es la vida entonces, espinas de Israel*

*amor crucificado, corona del desdén;*

*los clavos del martirio, el vinagre y la hiel.*

*Ay, ay, ay de mí.*

Gilbert vino navegando desde su país, Suiza, a descubrir el continente latinoamericano. Pintor y carpintero, gentil y divertido, aprendiz de todo en la *comédie suisse*, en la ciudad de Ginebra, trató de aprender a tocar el clarinete, sin resultados probatorios, buscavidas, cambia de oficios; amante del *bee-bop* y del buen vino.

Bienvenido entre las damas. Vivió un tiempo entre los gitanos de Granada, buscando acercarse al flamenco. Alma aventurera, decide embarcarse hacia América del Sur, acompañando a un antropólogo en una expedición al desierto de Atacama. Expedición que abandonó después de algunos roces con el científico que la dirigía. Resuelve entonces descubrir el país por cuenta propia.

Al llegar a Santiago preguntó por Violeta, estaba informado de que ella era quien investigaba la música folklórica, y mucho más, el alma popular. Fue de esa manera que llegó hasta la casa de mi madre justo el día de su cumpleaños. Un 4 de octubre. Yo lo conduje a ese encuentro.

Celebraron intensamente, querían conocerse, se integró de forma inmediata. Eran dos seres que se andaban buscando. La amalgama resultó rapidito. Interesados en avanzar juntos, sin plazos ni fechas. Cinco años para descubrir un mundo extraño y fascinante. Ese fue el tiempo que demoró Gilbert, en desentrañar los misterios que le ofrecía el mundo de Violeta Parra.

Suave y tosco a la vez, se notaba a la legua que había estado demasiado tiempo solo. Dos solitarios que se encuentran necesitan tiempo para cambiar modos y costumbres. De alguna manera pierden la libertad. Pasar del yo al nosotros, les significó tiempo.

Ella, carácter apasionado, tierno y explosivo. ¿Dominante? Sin duda. Años amorosos y tormentosos se dibujaban a cuatro manos, en el horizonte.

Después de la separación, fue Bolivia la estación de término en el continente latinoamericano. Nueva tierra de acogida para Gilbert.

Mi madre no lo retuvo, al contrario, lo estimuló. La relación estaba mustia, fatigada, lo fue a visitar, convencida de que no habría vuelta atrás. Lo conversamos sin lágrimas de su parte. Se encantó con el pueblo boliviano.

Un par de intentos fallidos por reparar la frágil vasija del amor. Resultado, constatación de lo que ya sabía, los amores nacen, viven y mueren. Sin embargo, en estos viajes, no perdió el tiempo en querellas de desventurados amores. Con sus nuevas canciones, impactó a ese pueblo, "Gracias a la vida", "Volver a los diecisiete", "Maldigo", "Rin del angelito", se oían en las radios. Verdadero contacto con el público boliviano. Partidaria decidida de devolver las costas y el mar. Al contestar el teléfono en la peña "Naira" en lugar de decir: aló, se le oía "mar para Bolivia".

En el mercado de La Paz, en las humildes tiendas, su fotografía estuvo presente durante mucho tiempo. Volvió a Chile con grupos de música folklórica boliviana, que presentaba en la carpa de La Reina. "Estos dos pueblos se necesitan", decía, y los abrazos culturales ella los hacía realidad.

Para Gilbert era demasiado tarde. Su fuente amorosa se había secado. Llegó un día como regalo de cumpleaños y fue el más bienvenido de todos. Se fue quedando. Encontró en mi madre todo lo que le había faltado tanto tiempo. Una mujer fuerte, creativa, enamorada de su trabajo, libre como el viento. Un país a descubrir, una familia. Nosotros.

Al tercer día de su presencia en casa, se acercó a mí, entre cómico y solemne. “Tengo algo que decirte”, dijo en su reciente castellano. Mi madre le explicó que si él quería instalarse con ella en casa, debía pedirle al hijo hombre de la casa, la mano de la madre.

Lo hizo torpe y tiernamente. Accedí a su pedido, agradeciéndole; su presencia me abrió espacios de libertad, complicidad compartida.

En el pueblo donde terminó sus días “Roussin”, nos acordábamos, reímos y lloramos, brindando por lo vivido. Hasta su muerte mantuvimos una relación de amistad y cariño.

Lo recuerdo en el año sesenta y cinco, después de aquella dolorosa y maravillosa aventura, la exposición de mi madre en el Museo del Louvre. De regreso en Chile hicimos un disco de música de inspiración andina, “Ángel Parra y el tocador afuerino”. Mi mamá le puso ese apodo. Ya se vislumbraba la ruptura. Afuerino se les llama a las personas que no pertenecen al lugar.

Al cabo de algunos años de rodar y lidiar con los grupos musicales en Europa, y la verdad hay que decirlo, lo explotaban, Gilbert decidió terminar con la música y sus relaciones altiplánicas. Fatigado de manera definitiva, me confió que destruyó una a una las quenas y flautas andinas, las que dominaba a la perfección.

Decidido a no tocar nunca más ese instrumento, se dedicó a la observación de las estrellas.

Corría el año ochenta y siete cuando le propuse que me acompañara en un tema al cual su instrumento le venía de perillas. Me costó mucho convencerlo de romper su decisión de no volver a tomar en sus manos una quena. Si aceptó, lo hizo solo por cariño a nuestro pasado, a la amistad mantenida. Después de mucho tiempo transcurrido, a veinte años de la muerte de la mujer que un día había amado.

Nos proyectábamos las historias vividas, como una película, en la cual nosotros no habíamos actuado.

Momentos más buenos que malos, Santiago, Buenos Aires, Paris, Ginebra, la primera exposición de mi madre en Argentina. Los bastidores de los cuadros, los hacía Gilbert. Violeta avanzaba, pintaba uno tras otro. Él recordaba esos momentos con nitidez y alegría; también otros, con rabia, borrosos.

Buscaba expresarse artísticamente pero no sabía cómo. El trabajo con mi madre lo hacía posponer indefinidamente su propia búsqueda; eso lo frustraba, pero no era egoísta, aceptaba.

La cámara cinematográfica que le regaló mi madre fue algo muy importante para él, porque era uno de los caminos que quería explorar, aunque jamás hiciera una película.

La más bella aventura que vivieron como pareja fue conquistar el fuerte inexpugnable, el Museo del Louvre. Punto culminante para Violeta.

Rue Monsieur le Prince en Paris, L'escale, "La Candelaria", el número quince de la rue Voltaire en Ginebra, Suiza. Para mí, momentos de privilegios, testigo inconsciente. Dejaba transcurrir la vida, sin darle importancia, recibiendo lo que se me ofrecía. Juventud divino tesoro. Tanto compartido sin saberlo. Bendita inocencia.

Miro hacia atrás sin pasión, no me corresponde. Gilbert con su eterno cigarrillo en los labios, apagado, en la casa de La Reina. En esa época ya tenía dificultades respiratorias. Mi madre le condenaba el cigarrito. Yo, escondido, le pedía uno.

Llegó con un clarinete y sus discos de George Brassens y salió de las manos mágicas de mi madre convertido en el primer intérprete de la quena, de todos los altiplanos.

Gilbert aprendió mucho con ella. A lo humano y a lo divino. Como todos nosotros, el silabario completo. Solo teníamos que ser pacientes y escuchar, sabía perfectamente lo que quería sacar afuera de cada uno de nosotros.

Durante los años que pasaron juntos, recíprocamente se entregaron amor y ternura, celos y dolores. Como todas las parejas, ni más ni menos. Mi madre, en su desmesura genial y brutal, quería todo al instante y, ese todo, era mucho esfuerzo, trabajo, disciplina. Para personas vulgares y silvestres como nosotros, imposible, a pesar del empeño.

Violeta quería a su madre, a su pueblo, a sus hermanos, a sus hijos, a sus amores, en la misma lucha, todos juntos. Unir, juntar fuerzas con el objeto de ganar batallas todos los santos días. Fortalecer a los débiles para protegerse de los ataques de los más fuertes. Y las ganaba.

No debe haber sido fácil para el Gringo. Para Gilbert fueron años de formación, de escuela de crecimiento como ser humano y, como todos los estudiantes, cuando se recibió, con el diploma en la mano, se fue. Al comienzo no

lo lució en la oficina del alma, con el tiempo se enorgulleció. El resto de la historia les pertenece solo a ellos.

Después del viaje Isla Negra-Santiago, nuestra llegada a “la carpa de la reina”, silenciosa y triste, aunque llena de movimiento, de personas que se agitaban demostrando que la vida continuaba. Contrastaba con un día de sol radiante y alegre, como para saludarlo, como le gustaban a mi madre. “Buenos días, día, buenos días, sol”, saludaba con entusiasmo.

Solo en ese momento realicé que la reina, la nuestra, había muerto, de verdad. Pero no había dejado de existir. No como cuando caminábamos por el centro de Santiago y, en jugarretas conmigo, se hacía la desmayada o la muerta, anunciándome antes: “me voy a morir, me voy a morir” y yo debía sostenerla para que no cayera al suelo.

Una tarde, en una de esas caminatas, se le metió en la cabeza que era urgente comprar un pantalón y una chaqueta para mí. Sorpresa y contentamiento. Oteando a lo lejos el anuncio que dijera “facilidades de pago”, fui el primero en distinguirlo.

La decepción llegó al acercarnos, en realidad decía “felicidades”. Era fin de año. Sin dinero, no necesitábamos “felicidades, sino “facilidades”. En momentos como esos, salía con aquello de “me voy a morir, me voy a morir”.

Esta vez era de verdad, ella decidió convocar la muerte. Puedo imaginar el diálogo. “Te he pedido que vengas, porque decidí partir. Todo está dispuesto. Mis hijos, los terminé de criar y ya saben volar. Los amores, tú lo sabes, llegan y se van, como los barcos. Estoy en paz con el mundo, perdón, todo lo contrario... Yo, he tomado la determinación, para este viaje solo pasaje de ida”.

Me dirigí al escenario en donde estaba el féretro, mi madre estaba plácida y creo haber visto una pequeña sonrisa burlona en el costado derecho de su boca, como diciendo “se los dije, les advertí, no me creyeron”. En ese preciso instante, recordé al mirarle la boca, algo que su madre, mi abuela Clara, nos decía: “es la más inteligente de todos mis hijos, no ven que nació con dos dientes”.

El título del disco con sus canciones, aparecido seis meses antes, no nos indicó ningún camino, ninguna luz. “Las últimas composiciones de Violeta Parra” eran un indicio claro y transparente. Tal vez yo esperaba un anuncio del cielo, inocente como soy. Después del suicidio, mi abuela materna se instaló rápidamente en la carpa. Su presencia propiciaba que la situación se observara como precaria, o más modesta, de lo que en verdad era. Sus enormes ojos, su imponente estatura, sus gorros de lana, sus chales y refajos, ponían una nota de

equilibrio caótico.

Defendía los despojos de su hija como una leona herida. Entre los vivos, cada quien expresaba sus propios sentimientos, declaraciones, gritos, lágrimas y lamentos. Olvidando lo esencial. Realizada la terapia personal frente al féretro, se retiraban aliviados. Hace bien llorar.

Mi hermana Carmen Luisa, joven adolescente, en algún momento-oasis, en la difícil relación que mantenían, le hizo descubrir a los Beatles y su canción "Yesterday"; a Violeta le gustaba mucho la melodía.

Carmen Luisa vivió ese último año muy cerca de mi madre. Para bien o para mal. El invierno anterior había sido duro para ambas, en todo sentido. Al punto de que Carmen Luisa, al fragor de alguna discusión, amenazaba: "me voy a matar". Violeta respondía, "esos actos no se anuncian, se realizan."

Mi madre estaba en el cenit de su consecuencia, piso de tierra, habitación grande de adobes rodeada de árboles y flores silvestres, vida sencilla al máximo.

Lo dijo en alguna entrevista, "no quiero pintar ni hacer arpilleras ni componer más canciones, ahora quiero trabajar con el ser humano, estar cerquita de las personas".

Por el contrario, fruto de nuestro trabajo con Marta Orrego, la madre de mis hijos, poseíamos una linda casa con todas las comodidades y un automóvil. Supongo que mi madre me juzgaba *petit bourgeois*. La contradicción debe haber sido enorme para ella, detestaba en lo que yo me había convertido. Pero era su hijo y me quería.

De vez en cuando la visitaba. Con su primer y único nieto hombre, Ángel, de menos de un año, mantenía largos monólogos, demostrando una inmensa ternura. Le costaba comprender que su hijo único ya era padre.

En la "carpa de la reina", sus nuevos dominios, todo lo hacía con sus manos y con auténtico amor por sus semejantes, las comidas, las bebidas, pero el público no siempre llegaba. La lejanía y falta de medios de transporte. La lluvia. La hostilidad vecinal. Los cortes de luz. La persecución de diferentes comisiones, sanitarias, de alcoholes, reclamaba permisos que no existían. En definitiva el hostigamiento de los funcionarios, que la encontraban "rara", la sobrepasó.

Hoy la carpa estaba repleta. Todos aquellos, que no vinieron cuando más los necesitaba, hoy estaban presentes y la lloraban con sincero arrepentimiento.

Mi madre hubiese dicho al verlos, “lágrimas de cocodrilo”. Las interminables lluvias del último invierno y los corazones fríos, se convirtieron en sus peores enemigos.

El agua se acumulaba en los cascos de la carpa hasta hacerlos pedazos y cada temporal era un nuevo dolor que se le metía en el alma.

Carmen Luisa hizo lo posible por tratar de comprender al inmenso ser humano que tenía al frente. Qué tarea más difícil para una chica de quince años. Como en una tragedia griega, pasaban del amor al odio con una facilidad increíble.

La única hija aún en sus manos, a quien le dedicó la hermosa canción, “Paloma ausente”, compuesta en París el sesenta y tres.

Los otros dos, Isabel y yo, volábamos con alas propias. Las que ella nos entregó, pluma a pluma, para que las utilizáramos.

La distancia entre ellas dos, madre e hija, era demasiado grande; distancia injusta con la más pequeña. Violeta era nuestra madre, pero era gigante.

La telepatía hubiese sido el lenguaje ideal para ella, lamentablemente sus hijos no teníamos esas dotes. Digo lo de la telepatía, porque conmigo lo intentó.

Una mañana, escribiendo cartas en cama, me pide: “prepara una taza de té”, cosa que yo creía realizar a la perfección. Vuelvo con la taza servida, la observa y la deja caer. Así una, dos, tres veces, tres tazas quebradas. Al ver que no resultaba la telepatía me dijo: “el agua no alcanzó a hervir y al té le aparece una espuma blanca que no soporto”. Fin de la historia.

A fines del año sesenta y cinco la vi volver de Europa radiante, cargada de “engaños”, así los llamaba, sus presentes. En esos días Isabel y yo transportamos nuestro espectáculo “La Peña de los Parra” a una feria en las afueras de Santiago. Mi madre, teniendo compromisos en Ginebra, decide quedarse un tiempo más en Chile. Es contratada para cantar dentro de la misma feria. Los negocios no anduvieron como se hubiera deseado y es así como, en pago por su trabajo, exige y recibe lo que luego sería “La carpa de la reina”.

Canta en Carmen tres cuarenta, la peña, mientras desarrolla un inmenso y generoso proyecto: Universidad Nacional del Folklore.

Fernando Castillo Velasco le ofrece un espacio donde instalar la carpa. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Parque La Quintrala, en la comuna de La Reina.

Su gigantesca vitalidad le permite ir y venir, pintar, componer, inventar.

Casi como hablando para sí misma oigo su voz, que decía: “esto no es para Uds., es para el pueblo de Chile”, dirigiéndose a nosotros, sus hijos.

Canciones, poemas, pinturas, arpilleras, gredas. Para el pueblo de Chile, el indefenso, el explotado, el tantas veces traicionado. Impotencia y rabia frente a los políticos mentirosos, los detestaba con toda el alma.

Madre fundadora de pueblos, adelantada a su tiempo, en permanente progreso y movimiento. Digo que los hombres temían esa fuerza arrolladora con la que transitó por la vida. Por esa razón la postergaban, la tramitaban y le mentían.

Las abuelas, madres y novias, machis y parteras la sentían una de ellas. Las representaba. Porque era la que se atrevía a decir la verdad mirando a los ojos y sin jamás bajar la vista. Ella era un elemento que venía a romper la tranquila espera de la jubilación del “burócrata”. Los odiaba y denunciaba, y ellos le correspondían. Una vez más en esta ocasión, constataría, al igual que en otras tantas, que no obtendría la ayuda que necesitaba para desarrollar su trabajo en buenas condiciones.

El día de la inauguración de la carpa, estuve presente, no sé si activo, pero muy presente. Mi madre me parece una mujer iluminada, le brillan los ojos preparando delicias que serviría a sus amigos, canta, sonríe, va de la cocina al escenario.

Yo siento que ella está jugando a algo que la entretiene en el momento. Ya está pensando en mañana. Convoca a los numerosos invitados a la puerta de entrada de la carpa, al lanzamiento de los globos de papel. Gilbert está encargado de encender la llama al interior de los globos que se van elevando lentamente. Algo de ella se va en esos globos de papel que se elevan, hasta perderse entre las nubes. La llama se mantiene firmemente encendida mientras se van alejando por encima de los árboles, camino a la cordillera.

La mediocridad ambiente, envidia, el desprecio por la cultura popular no permitían que esta mujer del pueblo avanzara a la velocidad que eligió, sin pedirles permiso.

Le tapaban el camino con dificultades porque era libre, osada, valiente. Insolente, cierto, con aquellos que se lo merecían.

Abrió las pesadas puertas del Museo del Louvre solo con su talento. Abrir caminos en su propia tierra, se revelaba misión imposible.

Las instituciones de su país no le entregarán la ayuda que ella pedía, no para sí, ni para su familia, sino para que su pueblo conociera y amara su música,

sus danzas, su profunda y verdadera historia. Para que su gente aprendiera a reconocerse en ella.

Los funerales serán nacionales, llegarán coronas del gobierno, presencia de autoridades, civiles, eclesiásticas, pésames. Inútil. Demasiado tarde. Para su pueblo no ha muerto. Para mí tampoco. Domingo cinco de febrero de mil novecientos sesenta y siete.

Creo haber escuchado en alguna ocasión a mi madre decir que me alimenté de sus pechos hasta más allá de los tres años. Qué significado puede tener eso. No lo sé. Perezoso, tardío, apegado a sus faldas. No importa.

Ese vital alimento me ayudó a forjar una memoria. En esa memoria está guardado, como un tesoro enterrado en otros tiempos, lo que quiero contar. Simplemente. Vivencias y recuerdos. Momentos de privilegio de la mano de mi madre, en tanto hijo hombre. Único.

La memoria traiciona, confunde pero también restituye situaciones olvidadas. Tal vez el paso del tiempo me haga ver con otras luces y me pierda en lo que creo es la realidad.

Se ruega no tomar nada de lo que aquí se escriba como verdades definitivas. Así serán las historias que encontrarán aquí. Instantáneas. Las declaraciones de amor son válidas en el momento en que se ofrecen. Estas son las mías.

Puede ser el año mil novecientos cuarenta y cinco. Casada aún con mi padre, a quien ella bautizara con el maravilloso sobrenombre de "Sombrero verde". Calle Melipilla, número 1440, barrio Estación Central, cerca del gasómetro. Una casa de dos pisos, lo recuerdo todo en colores cálidos, asoleados.

Gran salón, pisos de madera relucientes. Allí, un espejo. Mi madre reflejada en él, a su lado una dama, casi anciana, pelo ceniciento. Una huincha de medir de sastre entre sus manos, una almohadilla con alfileres en el brazo derecho. La costurera anciana trabaja para una gran tienda de confección de ropas, lo recuerdo con certeza. Vecina y amiga de mi madre le está probando una falda, chaleco y boina. El espejo la refleja de medio cuerpo, veo el pompón de la boina, el conjunto es escocés.

Mi madre gira y gira. Está contenta. Para mí, la falda es redonda. La señora de pelo blanco también está contenta. Las dos ríen satisfechas.

Esa tarde de sol que penetra a través de las cortinas de pitilla, descubro que algún modisto francés ha inventado la falda plato.

Mi padre, "Sombrero verde", es maquinista de los ferrocarriles del Estado. La línea del tren pasa no lejos de casa. El paso nivel a tres cuerdas, desde ahí pitaba

la locomotora, tocaba su campana de bronce. Alguna vez la vi de cerca. El ayudante del maquinista, aparte de preparar la comida, servirla, debe mantener la campana brillante. Veo unas letras y la figura de una gaviota en vuelo grabado. Esa campana era la que anunciaba que mi padre volvía del trabajo.



## Recuerdo número uno

Si no hubiese sido por el volcán que bullía dentro del espíritu y la cabeza de mi madre, pronto a dar sus primeras erupciones, esta situación de hijo con su madre en la casa, esperando al marido, me convenía. Me imagino que a mi padre también.

Equivocados medio a medio, padre e hijo. Era no conocerla. Esta situación doméstica era solo un paréntesis. “Detesto la monotonía”, solía decir.

La relación con mi padre la ahoga, no quiere para nada lo que él le ofrece. Crear familia, una linda casa. Él ganaba un buen salario, estabilidad, hijos. La imagino huyendo despavorida de todo lo que se acercara a convertirla en una dueña de casa candidata a pequeñísima burguesa. Escoba y paño en la cabeza en lugar de guitarra y libertad. Jamás.

Mi padre demostraba su deseo de avanzar, de cambiar las cosas a través de su militancia política. El partido, sindicato y la federación eran para él, como la santísima trinidad para los católicos. Militaba en las tres divisiones. Informado de todo lo que ocurría y, por supuesto, de la llegada al país de los refugiados españoles. Más de dos mil.

El poeta Pablo Neruda, cónsul especialmente nombrado por el Presidente Pedro Aguirre Cerda, había logrado rescatar de los campos de concentración, creados por el gobierno francés, cientos de españoles que buscaban un lugar donde existir.

Mujeres, hombres, niños, se embarcaron en el viejo y recién restaurado *Winnipeg*, buscando una tierra de refugio para curar las heridas de la guerra civil de España, provocadas por el fascismo emergente. Rumbo al sur, al puerto de Valparaíso. República de Chile.

La presencia de esta savia nueva que traían asturianos, catalanes, andaluces, gallegos y vascos, comenzaba a notarse en los ambientes culturales nacionales y ya existían, en la radiotelefonía, algunos programas dedicados a la música española.

Mi madre seguía con gran interés estas emisiones, aprendiendo con mucha facilidad estas canciones. Imperio Argentina, Lola Flores, Angelillo, Lolita Torres, Los churumbeles de España, Carmen Amaya, fueron artistas que mi madre admiró con gran entusiasmo.

Mis recuerdos infantiles me dicen que llegó a interpretar esos cantes con una propiedad asombrosa.

Sospecho que a mi padre le parecería mil veces mejor tener a Violeta cantando, en la casa, coplas de España y no tonadas y cuecas en un boliche de barrio. Jilguerillo prisionero o con las alas cortadas, es igual.

En este momento veo a mi padre, dándole cuerda a la vitrola. Ahora le cambia la aguja; le grita a un amigo desde la ventana que compre agujas nuevas, puesto que va a San Diego, calle conocida por sus comercios y tiendas.

El perro blanco de la propaganda RCA tiende la oreja para escuchar mejor. Lo que podría ayudar a darle un tinte de veracidad a lo que cuento, es que oigo la voz del cantante. Caruso. Antes de iniciar el canto decía con la misma voz de tenor: "discos marca Columbia". En casa teníamos muchos discos. Al Jonson, cantante blanco que se pintaba de negro; Paul Robeson, auténtico cantante negro, comunista, quien me dio la ocasión de enterarme de que Moscú era la capital de la Unión Soviética. En una edad en que aún no sabía limpiarme la nariz. A mi padre sí le importaba que yo supiera que Moscú era la capital de la patria socialista. Hasta los seis años creí a ojos cerrados que José Stalin era mi abuelito.

En el patio al fondo del jardín, de otra de las múltiples casas que nos tocó habitar, en calle Paula Jaraquemada 115, bajo el parrón, mi padre instaló un relieve de yeso con la imagen de Stalin, de la misma manera como otros instalaban una de la virgen de Lourdes.

Mi padre y mi madre amaban la música, no cabe duda. Desde dos puntos de vista totalmente opuestos. Qué manera de ser opuestos. Para mi padre el placer consistía en escucharla, sentirla, incluso bailarla, tango, bolero o corridos. Cierro los ojos y oigo que tararea "Barrilito de cerveza", especie de polka de origen bávaro, se la sabía completa.

El punto de vista de mi madre es ancestral, cultural, libertario, intuitivo, para ella necesario como el pan de cada día. A utilizar como arma de los pobres, para defenderse de los poderosos. El punto de vista de mi padre, ingenuo, candoroso y festivo; en definitiva, sin contenido.

Puedo dar testimonio de haber escuchado cantar a mi padre este modesto repertorio, en el mismo orden: "Barrilito de cerveza", silbado y tarareado; "Canción nacional de Chile". "La internacional". "La joven guardia".

Sin mayores motivos, desarmando una dinamo, arreglando los tapones de

la electricidad, limpiándose las manos con “aguarrás” y con su eterno compañero: el “huaípe”, suerte de trapo para limpiarse las manos, desecho de géneros e hilos. Jamás le faltará en el bolsillo trasero del pantalón de mezclilla, antecesor del *blue jeans*.

Su cultura musical no va más allá del goce existencial. En el momento, en una borrachera entre amigos, da lo mismo qué tipo de música se escuche, lo importante es que haya. Gracias a su precaria sensibilidad musical descubrió a mi madre. Ya es un mérito. La casa de máquinas de la estación Yungay quedaba a pocas cuadras de la avenida Matucana. Entre las calles Santo Domingo y Mapocho, florecían los restaurantes y quintas de recreo. “Por una escuela, cien bares”, decía mi madre. Cerca de la panadería San Camilo y la farmacia Andrade. Ahí se situaba el “Tordo Azul”, nombre del restaurante en donde ocasionalmente cantaban Roberto y Lalo, y las hermanas Parra, Hilda y Violeta.

Al momento del encuentro, Luis Alfonso Cereceda Arenas tiene dieciocho años; Violeta del Carmen Parra Sandoval, diecinueve. Ya se habían observado. Miradas van y vienen. Sin presentarse. Violeta lo ve aparecer y da un codazo cómplice a su hermana quien era testigo de estos “ires y venires” diciéndole: “ahí llegó Sombrero verde”. “Sombrero verde” era él, mi futuro padre.

Luis Alfonso Cereceda Arenas, alias “Pepe almeja” para sus compañeros de trabajo por su desmesurado gusto por esos mariscos. Al “Tordo azul” no llegaba solo, siempre lo acompañaba su compadre Vallejos, quien aparte de ser un compañero de trabajo, tocaba el acordeón.

Conservo una fotografía en buen estado, en la cual mi padre luce el famoso sombrero verde. Están de paseo con mi madre por el centro de Santiago, puede ser a un costado de la catedral. Da la impresión de que está embarazada. Su sonrisa me hace pensar que pasan momentos de alegría y tranquilidad, mi padre la lleva del brazo firmemente, como reafirmando “esta mujer es mía”: equivocada idea. La foto podría llamarse esperando a Isabel.

Ustedes comprenderán, no conozco detalles de la relación que se inicia entre Violeta y “Sombrero verde”. Ni yo, ni nadie. Lo que sí sé, es que estas presentaciones de las hermanas Parra en el “Tordo Azul” eran esporádicas. Como dije antes, mi madre detestaba la rutina.

En la misma época, Marta Sandoval, media hermana de mi madre, se había emparejado con el propietario de un modestísimo circo, don Juan Báez. El hombre oficiaba de ventrílocuo. Además de señor Corales, manipulaba con talento un muñeco de madera de nombre “don Cirilo”, a quien, llegado el momento de su

aparición en el espectáculo, había que vestir con los pantalones y la camisa del trapecista, quien, a su vez, estaba obligado a esperar que el número terminara para recuperar su tenida de escena.

Su hija Margarita Isabel, contorsionista y bailarina de lo que fuera, vendía, junto conmigo, turrónes en el intermedio.

La tía Marta pasaba gran parte de su vida en la cama, no sé si a causa de su gordura o simplemente porque era donde mejor se sentía. Puedo confirmar que, en algunas ocasiones, la vi de pie en torno al madero central que sostenía el camarín, el cual servía de oficina, cocina comedor, fatigando el turrón que ella misma fabricaba y que nosotros debíamos vender durante el intermedio del “fabuloso espectáculo”. Mi madre los quería y admiraba.

Mi prima y yo, con vergüenza y dignidad, vendíamos también fotografías de los artistas, las cuales, según mis recuerdos, eran unas manchas negras impresas en un papel de mala calidad.

Sin embargo, todas estas atracciones no bastaban para atraer público al modesto circo. Entonces las hermanas Parra se transformaban en el número principal, contribuyendo a enriquecer el espectáculo.

Esa era la razón por la cual mi madre desaparecía, a veces por semanas enteras, del estrado del “Tordo Azul” del barrio Matucana.

Este amor por la vida viajera de los maromeros del circo lo heredé y he pasado mi vida viajando.

Una tarde, “Sombrero verde”, mi padre, entró al bar, su corazón latía a buen ritmo. Oyó las voces del dúo, se sentó, pidió un jarro de borgoña, tal vez para darse coraje, dudoso argumento. Él tenía muy buen declive. Al segundo vaso, habiéndose comido la fruta que contiene el borgoña, la miró a los ojos y preguntó: “¿¿dónde se había metido todo este tiempo?!”

Mi madre se dio cuenta del interés que llevaba la pregunta, sonriendo le contesta: “¡por ahí, por ahí!”, poniendo el acento en la a y no en la i, como corresponde; coquetería, seguramente.

“¿Se quedará mucho tiempo?”, insiste él. Respuesta rápida, “actuamos el sábado en Curacaví”. “¿La puedo ir a ver?”, pregunta “Sombrero verde”. “Solo depende de usted. Busque “Gran circo chileno”, ahí me encontrará”. Pensando en que jamás aparecería él por allí.

La historia cuenta que “Sombrero verde” llegó a Curacaví en bicicleta. Son sesenta kilómetros y la historia también retiene que volvieron juntos en la misma

bicicleta. Algo tiene que haber ocurrido. Amor, ¿entusiasmo por la osadía? Vaya uno a saber.

Mis padres amaban la música desde puntos de vista totalmente opuestos, ya lo dije. Normal. Desde arriba del escenario, cambia la cosa.

Mi madre estaba ahí para ganarse el pan. El público para divertirse, beber, bailar y, probablemente, para emborracharse.

Matucana, Mapocho. Barrios bravos, populares. Los hombres se van a las manos, el alcohol les da coraje, por un sí o por un no. Para defenderse, las garzonas llevaban siempre consigo un pequeño cortaplumas entre las ligas.

Una auténtica epopeya, me imagino, volver a Santiago de a dos en la bicicleta. Definitivo. Estaban enamorados.

Mi padre quiere casarse pronto. Está apurado, es trabajador, generoso y, para la novia, su militancia en el Partido Comunista es casi una virtud.

Ella tiene presente los malos momentos vividos con sus hermanos y su madre después de la muerte de mi abuelo. Está convencida de que solo con la conciencia y las luchas de los pobres, se puede pensar en el futuro. El partido, en ese momento, representa eso y mucho más.

El recuerdo doloroso de su padre cesado por la dictadura de Ibáñez. La pendiente en que cayó la familia después de su muerte. Cesantía igual pobreza, hambre, enfermedades y miseria. Lo conocieron de cerca.

Mi padre y sus compromisos políticos entusiasman a mi madre. Sus borracheras, la deprimen. El contentamiento amoroso y las promesas jamás cumplidas la van alejando, antes y después de la ceremonia. Mal presagio. La Violeta vuelca todas sus energías en el trabajo político. Agitación y propaganda.

La campaña electoral del candidato que apoya el Partido Comunista, no permite ver la calaña del mismo. Es un político oportunista, venal. Traicionó a sus partidarios para dar el gusto a la gran burguesía, enviando al Congreso la llamada "ley maldita", que declaraba fuera de la ley a los comunistas. Abrió campos de concentración en el norte. En Europa se estaban cerrando.

El poeta Neruda lo llamó "el traidor". Se le conoce con tal nombre, hasta hoy. Que la historia, las futuras generaciones, así lo sigan llamando. He dicho.

De esa época guardo el recuerdo de mi madre al frente de una manifestación de fervor popular, por el mañana traidor. Va llevando una enorme bandera chilena. La siguen cientos de mujeres morenas, con vestidos floreados. Crean, cantan y ríen; mañana llorarán. Es una imagen casi holográfica. Lo que hace un efecto óptico. Flamea la bandera que yo veo. Mi madre adelante, con su bandera, muchas mujeres, viejas y jóvenes, con ella.

Luego vendrá la persecución, la huida, Pisagua, campo de concentración en el norte de Chile. Tengo cuatro años. Corría el año cuarenta y siete.

La familia de mi padre, madre, hermanos y hermanas, trabajadores ejemplares de la clase obrera, todos militantes. Viven en el mismo barrio Matucana. Calle Andes 3756, glorioso "cité cadena". En torno a mi abuela paterna Luisa Arenas.

Mi madre debe haber soportado mal tanto Cereceda junto. El matrimonio y la abundancia de familia nueva comenzaban a asfixiarla de verdad.

Descubre actividades extramaritales de mi padre. Más aún, en el recuerdo veo un niño pequeño de la mano de su madre al interior de un dormitorio desconocido. En la cama, una mujer pelirroja cubre su cara. Motivo más que suficiente para el rompimiento. Recuerdo el nombre de la mujer.

En este momento quiero borrar lo que escribí, olvidar el recuerdo anterior. Vuelvo atrás, a la casa del primer momento en la memoria, mi madre probándose la falda plato, Melipilla 1440, barrio Estación Central. La vitrola, los discos negros grandes y redondos. La radio, con su ojo mágico verde, transmitía programas musicales españoles. La fascinación que esas canciones ejercían sobre mi madre. "La zarzamora" pertenece al recuerdo de esa casa.

*Que tiene la zarzamora,*

*que a todas horas, llora que llora,*

*por los rincones,*

*ella que siempre reía y presumía,*

*de que rompía los corazones.*

Mi madre se identifica con esos personajes, que viven historias de capa y espada que ella ya no conocería. Culpa de esto a esta unión con el ferroviario. “Trampa mortal” llamó al matrimonio. Compás de espera antes de tomar decisiones.

“Sombrero verde”, mi padre, trata de corregir sus malos pasos y frágil fidelidad. La entusiasma para que se presente al concurso que organiza la colonia refugiada española para elegir a la mejor intérprete de canto español en el teatro Baquedano.

Legítimas españolas cantan y bailan con autoridad. Mas, a medida que el concurso avanza, siempre ella va quedando en primer lugar. Violeta de mayo, con ese nombre se convierte en la ganadora del concurso.

Forjó su vida y le dio forma, como una artesana, moldeándola con los materiales de mejor calidad que iba encontrando por los caminos de Chile.

Por lo mismo, rupturas y encuentros. La ruptura que se anuncia es con mi padre. Seguramente constata que la vida en pareja no era para ella. Primera advertencia.

Las paredes de la casa se convierten en prisión. Violencia doméstica, niños asustados, breves reconciliaciones inútiles. Violeta de mayo, busca su propio camino. Busca a Violeta Parra.

Las canciones españolas que mi madre cantaba las tengo grabadas en lo más profundo de mí, conozco los textos al dedillo. “La zarzamora”, “Pena penita pena”, “La morena de mi copla”, “Bien pagá”. Farrucas, fandangos, sevillanas son parte importantísima de mis recuerdos infantiles.

Más adelante serían otras las canciones que ella me regalaría. El folklore chileno se me meterá en la piel.

El mundo de la canción española la va rodeando. Los textos de esas canciones representaban de manera clara su situación, deseos de libertad, aventureras pasiones, celos, dolores, alegrías.

Ciertos personajes del mundo de la copla española en Santiago que, en

algún momento, fueron sus amigos, me fascinaban y los recuerdo. Pepe Mairena, bailarín. Pepe Lucena, cantante.

El programa radial, donde cada domingo al medio día se escuchaban estas canciones. El "Colmao Llodra". Los refugiados españoles recordaban su tierra lejana. Entonces, entre las manos ensangrentadas del dictador Francisco Franco.

Pepe Lucena, el cantaor, vivía en el barrio Brasil. Era de gran estatura, 1 metro y 95, muy delgado. Los mal hablados del barrio comentaban a sus espaldas: "ahí va el tuberculoso". Pálido y delgado el cantaor. Racismo subyacente en la sociedad chilena. Lo recuerdo con ternura, aunque creo que él jamás se percató de mi existencia. Lo comprendo, yo tenía solo seis años. Se hizo famoso con una bulería que interpretaba maravillosamente bien, recuerdo el texto y la música como si fuera ayer.

*Un castillito de arena*

*que levantadito en la playa*

*con torrecillas y almena*

*y alrededor su muralla.*

Al final de la canción da a entender que por descuido estúpido de su morena, lamentablemente

*Como era solo de arena*

*lo barrió el viento.*

*Lo llevó el agua.*

Pepe Lucena usaba para sus actuaciones en la radio, en un auditorium con público, una camisa negra con vuelos en las mangas, con lunares blancos. Por esa razón las malas lenguas en el barrio a escondidas repetían que el cantante era homosexual. Término extraño para un niño, solo acostumbrado a la palabra infantil mariquita o maricueca.

Así, entre pasodobles, zambras, sevillanas, llegó la separación de mis padres, y entramos en una época de mucho movimiento. Precariedad, cambios de casa intempestivos. Como dice un término popular, “andábamos como bola huacha”.

La ruptura de mi madre con el canto de España se produjo, y lo descubrí una noche de desvelo, en el momento que llegan a Chile grupos españoles como el de Carmen Amaya, con gitanos auténticos. La fuerza de esa música, la interpretación, la guitarra flamenca, le revelan una verdad simple pero brutal. El repertorio de canciones que ella cantaba, no correspondía a la auténtica música flamenca. Era falso, exactamente el equivalente de las tonaditas huasas chilenas urbanas, tan odiadas por ella. En definitiva, era la música representativa del franquismo en el poder. Asistí a su encuentro con la Chunga, bailadora gitana, bailaba con los pies desnudos. La danza era el reflejo de su alma. Su impresión fue grandísima, no podía sacar el habla.

Digamos entonces que la canción española de ciudad la había engañado. Salió de esta experiencia con las cosas más claras que nunca. Así como jamás quiso disfrazarse de mapuche o de pascuense, entendió que para cantar flamenco con propiedad tendría que haber nacido en Granada.

A decir verdad, según mis recuerdos, el rompimiento con mi padre, seguramente para mi madre difícil, no dramático, a mí no me afectaba en absoluto. Le tenía confianza ciega, como todos los niños a sus madres. Cuántas dificultades para una mujer, en esos años, separada, con dos hijos, sin recursos. Eligió el único camino que ella consideraba respetable. La libertad.



## Qué pena siente el alma

La situación económica era difícil, no cabía duda. Había que rebuscársela. Mi madre tuvo noticias de una señora distinguida llamada Sofía Izquierdo, quien vendía ropa usada. Mi madre, compró y vendió, y como siempre que descubría un ser humano interesante, Sofía y ella se hicieron amigas.

Al igual que hoy, siempre habrá otro más pobre para comprar despojos ajenos. *Second hand*, le llaman algunos púdicamente. Así es, fue y será.

Doña Sofía Izquierdo vive en la calle Gay, en el Santiago viejo. Esta distinguida señora vende ropa de segunda mano a diferentes personas. Entre las cuales se contaba doña Amelia Leyton, con quien mi madre se entendió bien, iniciando una amistad ocasional.

Yo asistía de la mano materna a estas operaciones comerciales. A veces, estas ventas de ropa vieja se llevaban a cabo en el Hotel Carrera. Lo recuerdo con precisión y alegría.

Doña Sofía decide distinguirme con un obsequio. Mi primera camisa de nylon, blanca, con pescaditos verdes estampados, cómo no recordarlo. Tampoco olvido a una niñita de pelo rojo que me miraba desde atrás de un arpa que estaba en el descanso de una escalera de mármol.

Fue entonces, por este camino, que aparecerá el amor, y mi madre le dará una segunda oportunidad a su corazón. Luis Arce es su nombre, hijo de Amelia Leyton.

El muchacho, después del primer encuentro, quedaría prendado con mi madre.

Aquí se inicia otra etapa de nuestras cortas y movidas existencias. A Luis Arce en su casa, madre y hermana Flora incluidas, le llamaban "monito". Adecuadísimo apodo. A él, con sus pómulos salientes, ojillos brillantes, le sienta bien ese mote. A pesar de lo desvalorizante y darwiniano. El muchacho tiene su atractivo.

Entre bohemio y niño bien, vicioso del cigarrillo y los billares. Yo, cómplice de mi madre, entraba a esos tugurios pomposamente llamados "academias de pool" a buscarlo, haciéndome pasar por su hijo, provocando risa entre sus

compañeros de juego.

Jamás lo vi borracho, sí bebido. No creo que pasara las noches en los billares tomando agua mineral.

De a poco me fui dando cuenta de que con los Arce éramos parte de la misma familia. Mi madre se había enamorado.

Luis Arce, un hombre encantador pero totalmente dominado por su madre viuda; él mismo desprovisto de capacidad para tomar decisiones. Malcriado, regalón, como único hijo varón. Después de la muerte de su padre, fue peor. Vivía de noche, se levantaba después del medio día. Todo esto lo sé porque lo viví de cerca.

El primer tramo de esta historia comienza en esta casa. Brasil 455, entre Catedral y Compañía. Supongo que la situación se hizo insoportable rápidamente, sobre todo para alguien con el carácter de mi madre, quien ya se había independizado de otros yugos. Esta promiscuidad: suegra, cuñada, hijos, todos en la misma canasta, no le acomodaba en absoluto.

La suegra interventora. Pasa su tiempo encima de nosotros, más bien de ellos, controlando, espionando, intrigando.

Esta desagradable sensación nos obliga a trasladarnos a vivir a unas piezas oscuras en la calle Catedral. No muy lejos de donde se suponía que Luis trabajaba. Con irregularidad disciplinada. Entretanto Luis Arce descubre que la mueblería, heredada al morir su padre, en realidad, era propiedad de su madre. Cosa que lo tenía sin cuidado.

Mi madre, buscando una fórmula para sacarlo de esa esfera, intenta hacerlo ingresar al mundo artístico, tiempo perdido. Nulo.

La sabiduría de mi madre, hará que encontremos los medios para huir prestamente con una sonrisa en los labios. Llevándonos al enamorado de la plaza Brasil.

Aquellos que dicen conocer la historia mejor que los propios protagonistas, lo sitúan como cantante de ópera. No saben nada. Cuando una persona no tenía voz o no era afinado, mi madre lo llamaba "oreja de tarro". Era su caso. En una de las tantas giras en que me tocó participar como observador, mi madre se dio cuenta de su incapacidad para el trabajo artístico. Habría que encontrarle otro puesto.

Mi calidad de mero observador se debía a mi corta edad, falta de prestancia y memoria, condiciones imprescindibles para formar parte de la compañía. Por lo mismo no podía hacerme responsable de ningún número artístico. Mientras tanto,

sobrevolaba en torno a todo lo que le sucedía a mi madre, como la mosca sobre la miel. Sin lugar a dudas, ella era el eje central de mi vida. Mi corta edad y una timidez natural, me hacían huir de los escenarios. Pero, en silenciosa actitud, observar me ayudaba a formarme una opinión acerca de lo que estaba ocurriendo.

Mi hermana Isabel, por el contrario, ya tenía participación y experiencia en las tablas. Mientras mi madre, Violeta de mayo, cantaba sevillanas, farrucas y pasodobles, Isabel bailaba con muchísima gracia como lo atestiguan algunas fotos de la época. Gran complicidad debió haber existido entre ellas para llegar a realizar un dúo de canto y baile. Casi tan difícil como dos trapecistas en el aire, confianza absoluta.

Mi madre encontró la solución para que Luis Arce justificara su presencia. Se convertiría en representante de la compañía, una forma de incorporarlo a nuestro mundo. De esa manera podrían trabajar juntos y seguir con la aventura adelante.

La compañía artística la dirigía un señor de apellido Espíndola. El espectáculo, "Estampas de América", recorrió diversos pueblos mineros entre La Serena y Copiapó, recuerdo sus nombres, El Tofo, Pueblo Hundido. La subida hasta la mina se hacía a lomo de burro.

El trabajo de Luis Arce consistiría en llegar dos días antes que los artistas y conseguir los permisos municipales, luz y agua para realizar las funciones. Creo que fue la primera y única gira en la que participó como representante. Debido a sus incapacidades típicas de niño mimado, sin horarios; caótico, caprichoso, mal carácter y fumador, "para acabar de completarla", repito de memoria lo escuchado.

El trabajo de representante requiere de mucho trabajo psicológico con las autoridades y comerciantes del pueblo visitado. No olvidemos que la compañía anterior o el circo que por ahí pasó, dejó, con seguridad, deudas en la pensión, y más de alguna muchacha enamorada del acróbata.

Según mis recuerdos, una fecha importante para los católicos vino a alterar el desarrollo normal de una gira. Cae semana santa el fin de semana más productivo del mes de abril. Según diversos testimonios, mi madre se hace elegir responsable y directora artística. El señor Espíndola, buen creyente, consideraba que debía suspenderse la función por duelo cristiano. Mi madre sostenía: día no trabajado, día perdido. En menos que canta un gallo introduce un elemento nuevo para poder realizar la función. La improvisación reemplazará los conocidos sainetes. Simplemente revolucionario. Aparecerá su experiencia con el dramaturgo español Doroteo Martí, del cual, si no lo olvido, les contaré más adelante. La pieza dramática en un acto se titula "El azote de Dios", adecuada a la santa fecha. Será

presentada jueves y viernes santo. Y, visto el éxito, sábado de resurrección y domingo de gloria de aquella semana santa. Es una idea de ella. Solía decir “la necesidad tiene cara de hereje”.

El método consistía en que ella, como autora y personaje principal, decía el primer monólogo, donde entregaba la clave del argumento, a partir de esto, se construía la réplica y así hasta el final. “Cristo y las dos mujeres”, se llamaría la misma obra (mi tía Hilda y ella) en el pueblo siguiente. Lleno total. Los artistas y sus hijos comen todos los días, incluida semana santa.

Al final de la representación, justo en el momento en que van a cerrar las cortinas, el personaje que representa a Cristo, aún crucificado y con la cabeza inclinada, habla por primera vez invitando al público: “les recuerdo que mañana estaremos aquí mismo en funciones de matinée, vermouthe y noche, muchas gracias”. Cierre de cortinas.

Los amores de mi madre. No fueron muchos, se conocerían. Siempre les dedicaba una canción y dejaba testimonio. Tormentosos y difíciles para el elegido; terriblemente exigentes, en la vida diaria. Disciplina, trabajo, esfuerzo, rapidez, discreción, lealtad. Disponibilidad total tras el objetivo que comenzaba a definir.

Difícil poder seguir su velocidad. “Si eres mueblista deberás ser el mejor de todos para que yo te respete”, le insistía a Luis Arce, su futuro esposo.

Mensaje totalmente incomprensible para una persona sencilla como él, que estaba más cerca de ser contemplativo y joven galán romántico de la plaza Brasil. Lejos de ser un intelectual, quien podría hacerse hecho cargo inmediatamente de la frase.

Los niños llamamos pololeo a los periodos de acercamiento entre las parejas. Qué lejos estábamos de aquello. Para ella, intensos, inmoderados y festivos, en la conquista del otro. Una vez logrado eso, había que entrar en su ritmo. Ahí venían las dificultades. Jamás conocí un ser humano que haya podido ir a la par con ella.

Mientras tanto en el taller, la mueblería, se acumulaban mesas de arrimo, sillones, mecedoras y sillas para enjuncar, barnizar y tapizar.

Luis Arce, sabía hacer claramente bien dos cosas. Mentirle a las clientas y barnizar las mesas de caoba. Ese trabajo lo hacía a conciencia.

Logré interesarme en el enjuncado de sillas, como fórmula para sentirme más incorporado a esta, mi nueva familia, y tenía dotes, cada vez más, salvo cuando me empleaban en “otras tareas”. Es el drama de ser niño, nadie respeta tu

tiempo, tus deseos, tu trabajo. Las “otras tareas” no me gustaban, era evidente que a los adultos tampoco. Comprar el alcohol y la pezcastilla con que se preparaba el barniz, eran para un niño aventuras no del todo agradables. El viaje me parecía largísimo. La ferretería quedaba en la calle Martínez de Rosas. Ocho o diez cuadras de distancia. Más de una vez, algún adulto con sed, me quitó el dinero, sin violencia física, engañándome pérfidamente. De regreso cumplía con el encargo diario de pasar a buscar al “maestro Arce” al refugio de casi todos los artesanos del sector. Restaurante “El huaso Pepe”, Brasil con calle Rosas, al lado de la panadería “Las rosas chicas”. Boliche en donde se degustaba una excelente chicha de Curacaví, arrollados y similares, así pude comprobar años después.

Por momentos la imagen de mi madre se me pierde en una nebulosa. ¿Dónde estará?

Desde pequeño me gustó la compañía de los adultos, por la mueblería pasaban muchos. Todo trabajo se cobraba por adelantado. Por lo tanto, muchas discusiones al momento de retirarlos, nunca estuvieron listos el día prometido. Mi vocabulario crecía escuchando estos debates. Las ausencias de mi madre no me inquietaban.

Las mujeres de la familia Parra, defienden un pronunciado gusto por mantener y perpetuar una admirable tradición. Esta consiste en que, en la pareja, el hombre debe ser más joven. Sus razones tendrán. Era el caso de Luis Arce. Mi madre tenía exactamente catorce años de diferencia con su futuro esposo. Digo futuro esposo porque habrá casorio. Una vez que llevó a cabo la difícil misión de extirparlo completamente de la casa materna, Brasil 455, entre Catedral y Compañía. Contrajeron matrimonio por el civil, año mil novecientos cincuenta y tres. Así se dice, por el civil. En verdad, casarse por la iglesia tiene algo de uniformado.

Época de grandes desplazamientos para esta pequeña familia, cambios de domicilio. Algunos meses en calle Catedral, con una navidad entremedio, lo recuerdo porque dejé los zapatos en la ventana para la noche del 24 de diciembre, siguiendo una indicación materna. Recibí de regalo dos muñequitos de baquelita, mi madre los bautizó “paquitos”. ¿Españoles chicos o policías?

Después de año nuevo, nos trasladamos a otro sector de la capital. Para mí fue un verdadero viaje al sur. Paradero 22 de la Gran Avenida, comuna de La Cisterna.

Mucho campo, mucho verde. En esos días mi madre conoce a una gitana, entablan una relación amistosa, es aceptada por la familia gitana. Creo que les enseña a ver la suerte a las gitanillas, y no miento. Tomo onces bajo esas carpas en

varias ocasiones. Los niños gitanos me cuentan que ellos tienen rey, yo no creo, me dan el nombre: Spiro California.

Durante la primera campaña presidencial del Doctor Allende, casi me fui de espalda al saber que los gitanos allendistas eran dirigidos por Spiro California. Era verdad lo que me decían los gitanillos.

De esa campaña tengo una imagen única, de mi madre bailando un pie de cueca con el dirigente del Partido Comunista, Elías Laferte.

Seguramente la cercanía de las “quintas de recreo”, restaurantes, fuentes de trabajo para las hermanas Parra, fueron la razón de ese cambio de casa. Quintas de recreo, llamadas así por poseer una verdadera quinta interior con jardines, hortalizas y flores. Un gran parrón. Bajo la sombra, las mesas en verano.

Recuerdo dos de esos lugares de trabajo de las hermanas Parra. “Gran Parque Rosedal” y “Hostería Las Brisas”. Las imágenes que me vuelven a la memoria me dicen que estos lugares recibían un tipo de público diferente. Público familiar.

El de Matucana, el “Tordo Azul”, era distinto. Si bien es cierto no lo conocí personalmente, lo intuyo por haber andado hartos esos barrios en mi adolescencia. Puedo decir que se produjo un cambio de ambiente. Se subió un peldaño en la escala social.

Todos estos movimientos, traslados, mudanzas, querían indicar que el volcán que mi madre llevaba dentro no estaba, ni de lejos, apagado. La relación con Luis Arce pasaba por un buen momento. Lejos de la suegra.

En la “Hostería Las Brisas” cantaba una señora de nombre Norma, pesaba 150 kilos, por lo menos. El nivel del local era, a mis ojos, bastante bueno. El piano y los dos micrófonos le daban categoría. Gran pista de baile embaldosada y guirnalda de decorado. Garzones de pantalón negro, chaqueta blanca y humita.

El repertorio de las hermanas Parra no me gustaba especialmente. Sin embargo, lo aceptaba con paciencia, porque sabía que luego la señora Norma subiría al escenario acompañada de su marido, Willy Oyanedel. Para mí era otra cosa escuchar a la señora Norma. Me la imaginaba como la mujer del genio Aladino. Una mujer maceteada, con una voz maravillosa, según mis recuerdos infantiles, tal vez lo que me maravillaba era que de ese enorme cuerpo saliera esa voz tan delicada. Con seguridad era soprano. Canciones frágiles brotaban como chorritos de agua delicados, de colores diferentes, saliendo de la garganta de esta mujer tan grandiosamente gorda. Sirvan estas pocas letras de homenaje a estos dos músicos. El marido era oficial de la Fuerza Aérea, tocaba trompeta en el Orfeón. Vivían un poco más al sur, por la misma avenida, en una población para militares

del grupo diez de la FACH. Grupo que pude conocer personalmente el año 1973. En otras condiciones. Por otras razones, que no viene al caso recordar aquí.

Habría que deducir entonces que, entre el paradero 18 y el 25 de la Gran Avenida, existía un polo bohemio. Bohemia diferente a la de Matucana, que era dura, violenta y siniestra, según recuerda mi madre en sus décimas autobiográficas. Violencia callejera, asaltos y violaciones, cuchillo en mano.

*También viene a mi cabeza,*

*la Tere ya está gritando*

*se le oyen de cuando en cuando*

*cada vez menos los gritos*

*más tarde se oyen los pitos*

*del vigilante atrasado*

*corriendo desaforado*

*pero después del delito.*

*Como una vista brutal*

*un martes al aclarar*

*se llevan a la Teresa*

*la arrastran Mapocho abajo*

*sacándole los refajos.*

Tengo siete años de vida. Al recordarlos me parecen, extraordinarios y cercanos, ágiles y de una gran intensidad.

Un hecho importante viene a alterar mi pequeño mundo.

Del matrimonio con Luis Arce, nace Carmen Luisa el 26 de agosto de 1950 en esa misma comuna. La Cisterna. Mi madre estuvo embarazada durante nueve meses, hecho que yo ignoré por completo. En realidad fueron solo ocho. Una caída fue lo que desencadenó el parto.

Luis Arce tiene una reacción positiva frente al acontecimiento y decide ejercer su oficio de manera regular, por un tiempo, instalar una tapicería de sillas, sillones y afines. Ya era hora. Reacción encomiable.

La situación económica no permitía instalar un local con todas las de la ley, razón por la cual la tapicería ocupa el patio de la modesta casa. Al aire libre. Desechos de huinchas, géneros para el tapizado, estopa, restos de arpillera circulan por el suelo en completo desorden. Un elemento fundamental para la tapicería son las tachuelas, pequeños clavos azules, cabezones. Sin estas tachuelas no hay tapicería. Al desarmar el tapizado antiguo, botadas por el piso, las usadas tachuelas desaparecían misteriosamente, sin que la mano del hombre interviniera. El misterio se aclaró el día en que mi madre decidió hacer una cazuela de pato, al que amorosamente engordaba. La sorpresa fue grande al momento de abrirlo y limpiarlo, el hígado y resto de interiores guardaban una inmensa colección de tachuelas. Experiencia única con un palmípedo fakir. La reacción de mi madre, una carcajada cristalina y cambio en el menú. Vegetariano.

Estoy seguro de que para ella lo que está viviendo es temporal, debe darse un tiempo de reflexión acerca de lo que piensa hacer más adelante.

La veo muy aplicada en la vida doméstica. Un detalle, por las noches antes de acostarse a dormir dejaba preparado el escenario para el desayuno, las tazas con sus platillos y sus respectivas cucharillas, como jugando a que todo estaba bien.

La intensidad de la vida al lado de mi madre, nos mantuvo siempre apasionados y entretenidos, en tensión positiva, y atentos a todo lo que sucedía en su entorno.

Al poco tiempo de la apertura, la tapicería cerró las puertas que nunca tuvo.

¿Signos de cambios? No todavía. La “Hostería Las Brisas” de la Gran Avenida se muestra generosa con las hermanas Parra. Durante el espectáculo que allí se desarrollaba, el momento romántico lo aseguraba un dúo masculino. La primera voz la llevaba Vicente Molina; la segunda, Bernardo Núñez. Románticos a morir. Con mis siete años a cuestas y no teniendo ninguna preocupación sentimental, luego vendrían, su repertorio me aburría irremediablemente. Siempre fui observador. El punteador y segunda voz le hacía “ojitos” a mi madre, tal vez por eso yo rechazaba sus canciones. Debo reconocer, sin embargo, que fui gran admirador de Leo Marini y mis primeros encuentros con el público, fueron cantando sus boleros, me imagino que con autorización materna. Precisión, en el Circo de los hermanos Millas, arriba de una silla, debido a mi pequeño formato. Supongo que el público reiría de la problemática tratada por este niño en el texto, quien, a pesar de su cortísima edad, lo hacía con bastante propiedad. Título del bolero: “Mi pecado”, *de un pecado me acusan...*

Carmen Luisa, de algunos meses. Mi madre no estaba para coqueteos con el punteador Núñez. Vicente Molina, primera voz del dúo, se hizo íntimo de Luis Arce, quien solo interrumpía sus largas siestas para estar presente en las funciones nocturnas. La tapicería cerró por falta de clientes o el barrio no daba para este tipo de negocio.

¿Qué hago yo en medio de esos adultos? Lo ignoro pero agradezco todos los días de mi vida, el rol de testigo que mi madre me ofrece.

Arce y Molina llegaron a ser tan amigos que el día del bautizo de mi hermana Carmen Luisa, jugó un rol súper importante. Seguramente padrino.

Parece ser que el destino se encarga de ir encadenando las historias. Vicente Molina se enamora de la hermana de Luis Arce, Flora. Muchacha fina y delicada. Salud frágil. Cariñosa conmigo, gestos que yo apreciaba enormemente.

El nacimiento de Carmen Luisa obliga a mi madre a organizar las prioridades de ternuras a repartir. Yo compensaba. Sin dejar pasar ninguna ocasión, todas las ternuras son buenas.

El bautizo se llevó a cabo en la iglesia de los capuchinos, calle Catedral, pasado Cuminngs. La fiesta es en casa de la madre de Luis Arce. En la foto que se me viene a la memoria, yo sostengo amorosamente la cabeza de Carmen Luisa, mientras el cura hace lo suyo en la pila bautismal.

Vicente Molina entretanto cae rendido a los pies de Flora, hermana de Luis; proponiéndole matrimonio de manera inmediata. De esta urgente unión nacen dos hijos, Amelia y Vicente.

La “Hostería Las Brisas” los hizo amigos y cuñados. Arce y Molina se entienden bien; además, beben juntos.

El bautizo de Carmen Luisa nos dio un matrimonio. El matrimonio, dos hijos. La muerte traidora se llevó apresurada a Flora, poco después del nacimiento de Vicente, segundo hijo. Este niño, cabezón como su padre, a los seis meses gateaba, se arrastraba a una velocidad vertiginosa y a su corta edad silbaba maravillosamente bien, el silbido permitía ubicarlo fácilmente debajo de las camas.

La familia de Luis Arce, llega al bautizo: madre, tías y abuelas eran de aspecto duro, riguroso. Como si llevaran luto eterno. Todas sumamente arrugadas, intenso trabajo al sol, o mal carácter. Mediterráneas, todas de negro, coro griego de origen campesino.

La abuela materna de Luis Arce tiene venerable presencia, nacida y criada en el Alto Jahuel, cerca de Buin, pequeñísimos pueblos campesinos, en donde las tradiciones se mantenían intactas gracias a ella. Había cumplido 96 años. Los niños la conocíamos por su apodo, “Pelusita”.

Para mi madre, esta venerable anciana se convertirá en una de las fuentes más abundantes y cristalinas que en sus caminos encontrara. Violeta Parra bebió en ella, apagando la sed de tradición y patrimonio campesino, que saciaría definitivamente el cinco de febrero de 1967.

Recuerdo muy bien a “la Pelusita”. Se levantaba al alba, era ágil, conocía cada rincón de su casa y se desplazaba con rapidez a pesar de estar casi ciega. En verdad, veía a quien quería ver. Su primer gesto, peinar su cabellera blanca, una cascada de nieve hasta la cintura.

La casa dormía, solo yo observaba esta sesión matinal. Luego recogía su cabellera y la dividía en tres, para hacer una trenza. Sin ninguna originalidad yo la veía como una trenza de ajo.

La cocina, a partir de ese momento, era su reino. No salía de ella, sino para acostarse en la noche. La Pelusita era generosa con sus súbditos, finos pastelillos, nata en el pan, en lugar de mantequilla, mate con leche para todos. El día del bautizo de mi hermana Carmen Luisa, en Santiago, le brillaron los ojitos. ¡Que gran día!

Sonrió con complicidad en el instante en que descubrió que en los brazos de mi madre, lo que se veía era una guitarra y no la niña recién bautizada. Mientras tanto, la suegra tenía raptada la pequeña. Era la hija de su hijo. Con esa actitud altanera, típica en ella, quería recordar a quien no lo supiera que ella tenía teléfono en su casa.

Que la primera radio que llegó a la cuadra fue suya. La sacaban a la calle para que los vecinos escucharan canciones y reclames. Este reclame lo repetía y no lo olvidaré jamás:

*Huye amigo pato que viene la cocinera a degollarte.*

*No, no huyo, porque voy a ser guisado*

*con aceite Escudo chileno.*

*Qué honra para mi familia.*

*El gallo cayó muerto de envidia.*

Tal vez quería demostrar algún pasado glorioso, al vestir a la hija de su hijo como una princesa. Mi madre se ve contenta. Lleva un vestido de color claro, sin mangas. Sonrisa diáfana, pelo negro suelto. Su actitud, sencillez y soltura contrastan con el rigor de la familia de Luis Arce.

La Pelusita ha hecho, con su manito arrugada, un gesto, invitando a mi madre a sentarse a su lado, al tiempo que murmura bajito. "Yo también tocaba guitarra en mis tiempos". "Tocará todavía", respondió mi madre. Su cabeza blanca fue de izquierda a derecha en signo de negativa. "Yo canto tonadas que aprendí en el sur". "A ver si es cierto, cántese una", dijo la Pelusita. Sin esperar que lo dijera una segunda vez entonó.

*A donde vai jilguerillo*

*con ese abreviado vuelo*

*anda y llévale un suspiro*

*al amado de mis sueños.*

La Pelusita después de escuchar embelesada a mi madre, lo único que quería era tomar la guitarra en sus brazos. No pudiendo contenerse le dijo, “ahora me toca a mí”.

En una burbuja espacial entraron estas dos almas gemelas, comunicación total y definitiva, doble fascinación, estudiándose con cariño, descubriéndose con asombro, lejos del resto de los invitados. Compases de vals, melodías mágicas. Sabía tocar guitarra.

El momento extraordinario se produjo. Una vocecita pequeña se oyó, al tiempo que llevando la melodía con las dos primeras cuerdas, cantó:

*En la plaza de armas, caracho*

*me ha salido un toro, caracho*

*me ha enterrado un cacho, caracho*

*y no sé qué hacer.*

Mi madre se sentía en la gloria. A su lado estaba la persona que andaba buscando desde siglos. Tal fue el impacto que esta viejecita causó en ella, y gracias a la relación espiritual que desde ese día las uniría, a los pocos días estábamos instalados en su casa, en el campo. Sus nietos eran peones en la viña Santa Rita. Toda la familia vivía en la misma casona.

Mi madre comenzaba a investigar en terreno, primeros pasos de la recopiladora. Casa antigua, de peones de campo por generaciones, largo corredor repleto de maceteros con variados tipos de flores y yerbas medicinales aromáticas.

La hija mayor, de nombre Manuela, salió a recibirnos, comentando: “La Pelusita no ha dejado de reír, desde el día del bautizo”. “Cada vez que recuerda, hay que estar cerca de ella. Le da tos, y se puede ahogar”. Mi madre pregunta

“pero ¿por qué?” “Por la broma que le hizo el otro día, Violeta”. Alusión a la “polka del toro” y su respectivo carajo.

En verdad la Pelusita reía de felicidad por este encuentro.

¿Qué hacía yo ahí? Seguramente ya me ocupaba de Carmen Luisa. Eran tareas muy simples. Buscar agua tibia para lavarle el potito. Mecer la cuna de mimbre para que se durmiera. Espantarle las mosquitas. Recuperar el chupete que se le desaparecía detrás de las orejas. Conozco de memoria el orden de la muda. Después de limpiarla, ombliguero, pañal, mantilla y chal. La mantilla cumplía la función de mantenerle las manitos amarradas a los costados, en actitud firme, para que no se arañara.

Una vez mudada, la pequeña quedaba convertida en un paquete cónico, lo que facilitaba enormemente su transporte. La llevaba conmigo a todos lados sin dificultad. Al atardecer conseguía autorización necesaria, y salía a jugar con otros niños, a condición de que me ocupara de ella. Los adultos al verme pasar comentaban: “ahí va Angelito con su fusil al hombro”. La depositaba finamente detrás de lo que era un improvisado arco de fútbol. Después de cada gol me acercaba a ver cómo estaba. En general dormía. Creo saber que hoy detesta el fútbol.

El encuentro entre la Pelusita y mi madre fue fundamental para el desarrollo del plan que preparaba. Rescatar el alma popular condenada a desaparecer ante el desinterés nacional.

Gran día para mi madre y para la música folklórica y popular chilena.

La Pelusita, buscaba navegando en su memoria hasta encontrar el tesoro que le ofrecería a Violetita; recordaba estrofas sueltas de un vals que cantaba su madre, en las fiestas familiares, el siglo recién pasado, suavemente comenzó a entonar.

*Qué pena siente el alma*

*cuando la suerte impía*

*se opone a los deseos*

*que anhela el corazón.*

Uno de los tantos méritos que le atribuyo a mi madre, es su capacidad brillante e inmediata para “componerle los huesos” a estas canciones, quebradas por el tiempo y la memoria.

A partir de una estrofa abandonada, una palabra olvidada, una melodía fracturada, afloraba la capacidad para convertirla en romance de muchos versos. No es solo la recopiladora. Es, además, la gestora, partera y madre de muchas de las canciones consideradas como tradicionales. Justicia señor justicia.

Esta canción, “Qué pena siente el alma”, se convirtió en el pasaporte que mi madre llevó por años por Chile y por el mundo. Los niños chilenos hoy la cantan en las escuelas.

El viaje al “Alto Jahuel” fue decisivo para ella. Lo que antes tenía claro le pareció evidente. En estos viejos chilenos estaba la memoria, la historia no oficial, la oralidad, la sabiduría. La cultura popular chilena, canciones, bailes, leyendas. Todo lo que aprendió desde niña y tenía guardado, hoy se convertía en su precioso capital.

De un momento a otro con fuerza y urgencia, lo que tenía oculto en el fondo de su memoria, por la desorientación de la búsqueda, remontó a la superficie.

Las primas Aguilera, cantoras generosas, le ofrecieron periodos luminosos de su infancia en el sur de Chile. Aparecen también otros, mezquinos, dolorosos para la pequeña Violeta y sus hermanos. Recuerda con rabia, la primera vez que va con sus hermanos Hilda, Lalo, Roberto a Parral, con autorización materna y la recomendación de no dejar de pasar a visitar al primo Sandoval, si se les hacía noche. El viaje en tren se convierte en una fiesta, los pasajeros encantados con estos pequeños cantores, les dan dinero, tortillas de rescoldo, presitas de pollo, frutas que van organizadamente metiendo en un canasto de mimbre, para llevar a casa.

Al llegar a Parral, admiradores espontáneos, pasajeros, los siguen por las calles. Violeta quiere cumplir con el encargo de su madre, ir en primer lugar a visitar al primo Sandoval. Al llegar delante de la casona del primo, deciden hacerle un esquinazo, anunciar que aquí están los hijos de la Rosa Clara Sandoval Navarrete, su prima. Al cabo de la tercera canción, al fin se abre la mampara, del interior sale una niña delgada y ojerosa, que tiene la misma edad que ellos, se acerca con una moneda de plata de un peso entre sus deditos y se la entrega a Violeta. En el momento de recibirla, descubre que detrás de las cortinas está el

primo Sandoval, escondido, avergonzado de estos chicos que cantan en mercados y trenes y que dejan mal a la familia, pidiendo dinero por las calles. Violeta, al darse cuenta de la cobardía del famoso primo, devuelve la moneda de plata a la niña, mirando en dirección de la ventana, traspasando los visillos de la vergüenza, grita para ser escuchada: “dígame al primo que no queremos de su dinero. Que nada necesitamos”.

Los hermanos reconocen la digna actitud de la Viola. Entonces le preguntan: “Violeta, por Dios ¿dónde vamos a dormir?” Ella, atravesando con sus ojos, siempre fijos, la ventana del cobarde, grita “¡en la estación!”

Una de las pasajeras que se entusiasmó con los niños cantores y los había seguido, les dice, “chiquillos no se preocupen tengo una casa grande, muchas camas, carbón encendido y sopa caliente, vengan conmigo”. “Qué gran lección de dignidad”, comenta el tío Lalo, ochenta años después, al recordar la historia.

El encuentro con la Pelusita la alimenta, la estimula, le da vida. Todo el pasado vuelve a ella. La trilla, la cruz de mayo, los mingacos, ceremonias de comienzo y fin, bautizos y entierros en la vida campesina. Fiestas de la patria, casamientos con sus respectivos “parabienes a los novios”. Las tonadas con cogollo, dedicados a la persona amada, que le cantaba mi abuela, maravillosa cantora campesina. Todo se hace evidente. Solo faltaba el detonante. La Pelusita.

La Pelusita recordó, después de muchos intentos, una estrofa de una canción perdida en su memoria, sin música. De ahí nació “Casamiento de negros”.

Para mí, el viaje también dio resultados positivos. Me quedé en el campo algunos días. Leche al pie de la vaca, porotos con mazamorra, frutas frescas me alegraban la vida. Aprendo a montar en pelo, para mí es lo máximo.

Siempre, y gracias a la costumbre de vivir en perpetuo movimiento, jamás tuve problemas de adaptación. Nunca me sentí triste, ni tuve miedo al quedarme sin la protección materna. Tenía la certeza de que volvería por mí. Mi madre me dejaba, volvía, pasaba a controlar cómo era mi comportamiento, para apreciar si merecía la confianza que ella depositaba en mí.

A pesar de ser un pequeño viajero jamás poseí una maleta, intuyendo que de adulto tendría muchas.

Estos maravillosos viajes, comenzaban y terminaban en la Estación Central. Ese lugar ejerció sobre mí un fuerte atractivo hasta el día de hoy. Vendedores ambulantes. Sopaipillas, empanadas, pescado frito. Dulces chilenos, charqui, todos los productos imaginables, harina tostada, pan amasado, mote ‘e’ mey. Las tiendas

de ropa, de monturas, las sombrererías. Talabarterías especializadas en zapatos de huaso. Mi sueño. Siempre quise tener un par de zapatos de huaso, durante largo tiempo fue mi única utopía. Correas cruzadas, hebillas brillantes, sobre todo sus tacones. Como buen bailarín de cuecas puedo afirmar: es muy distinto zapatear una cueca con unos buenos tacos que con sandalias. Era mi caso.

Eternos problemas presupuestarios hacían que esta compra se aplazara indefinidamente. Hechos a manos por auténticos artesanos, más encima para niños, igual, precios prohibitivos. Esta situación me afligía. Es muy frustrante para un excelente bailarín, al menos eso creía yo, no disponer de esos adminículos esenciales para el baile. Con mi prima María Elena hacíamos una muy buena pareja de bailarines de cueca.

Solo una vez estuve a punto de hacer realidad mi sueño.

Las hermanas Parra fueron contratadas un mes de septiembre para actuar en una tienda que vendía artículos eléctricos, radios, tocadiscos. El nombre de la tienda: "Radio Bandera". Al comienzo de la calle del mismo nombre, por calle General Mackena, cerca del Mapocho, a pasos del Hotel Bristol. Hotel que conocí bien cuando adulto. Los días miércoles esperaba a mi padre, al tren de las once de la mañana, en la estación Mapocho. Traía desde su pueblo esqueletos de bicicletas para remozar y venderlas como nuevas. Lo primero que hacíamos después de saludarnos era pasar al bar del "Bristol". La clave era, "pasemos a tomarnos una gaseosa". Para él un gran vaso de vino blanco y para mí una cerveza. Se me cruzó sin autorización este recuerdo.

"Radio Bandera" durante el mes de septiembre ofrecía a los pasantes música en vivo. Tonadas, valeses y cuecas, ahí interveníamos María Elena y yo. Esto sucedía en un espacio muy reducido, en la vitrina que daba a la calle, bailábamos casi sin movernos del lugar designado, de perfil, con gran despliegue de brazos y pañuelos. A nuestro favor, éramos chicos y flacos.

La utopía del zapato de huaso se esfumó en el momento en que mi madre supo el salario que ganarían. Me conformé con unas botas de goma para la lluvia, marca "Bata".

Mi madre cometía infidelidades al volcán interior y aceptaba, de tarde en tarde, cantar con su hermana. Se entendían de maravilla, les gustaba cantar a dúo; y por qué no decirlo, tenían necesidad.

Hilda Parra: formidable personaje. Estuvo muy presente en mi infancia. Generosa, divertida, jamás se tomó en serio. Madre de numerosos hijos fruto de la relación con su marido, el inolvidable "tío Joaquín". Amantes de las fiestas

prolongadas, dos, tres días. Desordenada como ella solo podía serlo. Excelente cocinera, en su casa se mataban y faenaban los cerdos que criaba con igual ternura que a sus hijos. Segunda voz de oro. Capaz de hacerle segunda voz a la orquesta sinfónica. Corpulenta, sabía dar bofetadas a los hombres insolentes. Se pintaba los labios con forma de corazón, corta de vista, usaba anteojos que le deformaban la mirada y vestidos de colores llamativos que a ella le iban bien.

Cuando la Viola, como la llamaba cariñosamente, dejaba el dúo, se convertía en solista, interpretaba un repertorio romántico de valsos peruanos y boleros. A mí me hacía mucha gracia, a causa de un pequeño defecto de pronunciación. Seseaba.

Mi madre se retiró del dúo, se puede decir, en “plena gloria”. Para algunos. No para ella.

Es verdad que por fin las contrataban en las radioemisoras, en las que se difundía un tipo de música llamada chilena, que mi madre aborrecía. Música de autores que no conocían la auténtica expresión campesina y se atribuían el derecho a inventar algo comercial de gusto fácil, para entretener y acompañar las fiestas y tomateras urbanas. Canciones dulzonas, que hablaban de un país que solo existía en sus mentes, en general de gran servilismo respecto de los patrones y donde la mujer campesina aparece como decorado inútil. Sirviendo solo para avivar la cueca, cerrar un ojo mostrando un pedazo de muslo.

A la mujer, estos individuos la llaman “china”, palabra de connotación peyorativa en el lenguaje urbano, doméstica, lo que revela dos problemas, racismo y machismo. Panderetas y animación, gritos de falsa alegría y banderitas tricolores.

Mi madre sufría y sola se daba coraje sabiendo que en esta lucha no tendría aliados. Nosotros, sus hijos, a pesar de nuestros cortos años e ignorancia, estábamos con ella.

La experiencia con la canción española, le indicaba que se podía cantar y componer de otra manera. Pero ese era otro camino que ya conocía. Ella buscaba, el propio. Violeta del Carmen Parra Sandoval. Buscaba a la Violeta Parra. Comenzaba a encontrarla.

Sabía, con certeza, que lo que se cantaba en las radios, restoranes, en los rodeos, distaba mucho de ser la música campesina que ella tenía grabada en su cabeza, en el corazón, la música que acompañó su infancia.

Tenía la prueba que da la experiencia, las campesinas de nuestro país son dignas, sencillas y discretas, a leguas de distancias de las huasas de cabaret. Disfrazadas como para carnaval.

El hombre de campo, el peón agrícola, aquel que recibe un pan candeal o una galleta al día, con su saco harinero a modo de delantal, su sombrero usado, sus ojotas hechas por sus manos, con restos de neumáticos del tractor o del coche del patrón. Ni aunque trabajara dos vidas enteras, podrían comprarse los chamantos, espuelas y otros atuendos de estos huasos de opereta que animaban la llamada “nocturna santiaguina”.

Frescas estaban en su memoria las tonadas que su madre le cantaba, para hacerla dormir. Antes y después de la terrible epidemia de viruela, peste que la atacara como un gusano maldito ataca la rosa en flor. Mil novecientos dieciocho. Poco tiempo antes de que el dictador Ibáñez decidiera dejar cesantes a cientos de profesores y mi abuelo cayera en sus redes.

Mi abuela afrontó la situación con el coraje que le era característico, un tropel de chiquillos a su cargo, a los que vestir y alimentar, la rueda de la máquina de coser Singer, da vueltas y más vueltas. La Violeta se queda ayudando, hasta muy entrada la noche, hilvanando, haciendo pespuntos, juntando los restos de diferentes géneros, que servirían para confeccionar vestidos para ella y sus hermanas.

Mi abuelo cesante, deprimido o eufórico, enfiestado de manera permanente, hijos con hambre, igual, miseria. El trago, las trasnochadas, la tuberculosis y finalmente la muerte para el músico y poeta.

Lo único que tengo y guardo como un tesoro del abuelo materno, es este texto con su melodía, me lo transmitió mi madre.

*El zorro me ha llevado*

*mi gallo más gentil*

*me lo devuelves pronto*

*o saco mi fusil.*

Hoy soy yo quien lo transmite a mis hijos y nietas.

Recuerdo ahora la escena final, el entierro, contado de manera divertidísima por mi madre y que hacía rabiar a la abuela. A pesar de lo mucho que la abuela sufrió por la catastrófica situación en que dejó la familia, el día del entierro del abuelo, no fue rencorosa. Ya en el cementerio, al ver aparecer un fotógrafo de cajón, entre lágrimas y sollozos, pide a gritos: “¡Sáquenle una vistita al finao, un recuerdo, sáquenle una vistita al finao!”

El año mil novecientos cincuenta, comienza a bajar de la cordillera el portentoso río que fue mi madre. ¿Despertar? Siempre estuvo despierta, solo que los plazos debían cumplirse. Cinco años de altos y bajos, con Luis Arce.

Su hermano Nicanor le propone un desafío, que escriba sus experiencias en décimas, después de contarle que en Argentina existía un libro de poesía campesina: el *Martín Fierro*. Del desafío de “don Javier de la Rosa al mulato Taguada” había escuchado hablar. Esa es la génesis de su autobiografía en décimas, libro fundamental para quien quiera conocer a mi madre.

Escucha, busca, sigue adelante, como ella solo sabe hacerlo, derribando muros que le impiden avanzar. En su trayecto no hay vacíos o tiempos muertos, mucho menos zonas de sombra. Mucha luz.

Acontecimiento de la más grande importancia va a ocurrir en su vida. El primer encuentro con una mujer extraordinaria. Aristócrata del pueblo, alegre, sabia, buena para las fiestas, paganas y religiosas, acompañadas de cerveza negra. Rosa Lorca se llamaba.

Descubrir a doña Rosa Lorca es uno de los grandes momentos de su vida, no solo como investigadora de la música popular, sino como mujer.

Doña Rosa, a su manera, era la Violeta Parra que mi madre buscaba. La Violeta chilena, humilde y orgullosa, trabajadora, digna y dueña de su destino. Sola y entera. Partera-matrona, cantora, reina en la cocina y en la alcoba, decía ella; “arregladora de angelitos”, verdadera maestra para mi madre.

Fue doña Rosa quien trajo al mundo a Rosita Clara, la pequeña hermana fallecida durante los primeros días del viaje que mi madre realizó a Europa el año cincuenta y cuatro. A los veintiocho días de su nacimiento, exactamente. Unos de los grandes dolores de mi madre, nunca pudo superarlo.

Comienzo del quiebre con Luis Arce. Si me olvido por momentos su existencia, es porque él nada hace para recordarme su presencia.

No me equivoco si digo que, en esos años, no conocíamos el mundo de los

hospitales. Nacer y morir en casa, al calor de la dignidad solidaria y la generosidad familiar. La sencillez de llegar, vivir y quitar de este mundo con humildad y pudor. Mucha agua caliente, hervida, seguro; pañales y sábanas blancas, manos sabias y seguras como las de doña Rosa Lorca. Las tijeras brillantes y desinfectadas para cortar el cordón umbilical al nacer o para preparar los ramos que decoran el altar del “angelito” y basta.

Doña Rosa Lorca era amiga de mi abuela. De vida modesta y escasos recursos, puesto que la maravilla de su trabajo ocasional, traer chiquillos al mundo, o despedirlos, no los cobraba, tampoco cuando “arreglaba al angelito”. Los pobres son solidarios y saben compartir, le daban lo que podían.

Doña Rosa arrendaba una pieza en la casa de mi abuela materna, detrás del restaurante de su propiedad y que mi abuela dirigía con mano de hierro, llamado “Bar restauran El Sauce”. Calle Serrano en la comuna de Barrancas, hoy Pudahuel. Local donde las bebidas alcohólicas eran la principal entrada. Se dejaban preparados restos de comida en los platos, para que la comisión de alcoholes aceptara la botella encima de la mesa. Diabluras habituales de los bares.

Un enorme hangar pintado de color azul era el reino de mi abuela. Por dentro y por fuera, yo lo hubiera llamado restaurante “El cielo”.

El marido de mi abuela trabajaba como pintor de letras de una compañía distribuidora de bencinas, petróleos y parafina. Su color símbolo es el azul. E insisto que el color era azul. Este buen hombre, para los niños, solo conocido en la familia con el misterioso nombre de Arena. Traía a casa todos los restos de pintura que le sobraban de su trabajo en la compañía y con los mismos mantenía el impecable azul que recuerdo.

Mi abuela adoraba a este hombre de verdad y él también, a pesar de la notable diferencia de edad. El día que desapareció de la casa, de manera imprevista y definitiva, ella no se limitó a sufrir y llorar. Reaccionó. La acompañé en sus gestiones de búsqueda. No sé porqué me eligió. Tal vez por ser una compañía infantil, que no emite opiniones, no distingue sufrimientos. Error.

Diferentes municipios y regiones fueron testigo de la tenacidad de esta mujer. Pedía, exigía, obligaba, a quien fuera responsable, secar canales y ríos, de manera inmediata y era obedecida, buscando un eventual cadáver que jamás apareció. Doy fe.

Tengo mi propia opinión respecto de la desaparición de este hombre y me la guardo. Fidelidad a mi abuela, quien en su momento no me la pidió.

El carácter de mi abuela, su fuerza, tesón, la llevaron a cumplir las más

diferentes empresas. Sin lugar a dudas, la más productiva fue en el terreno inmobiliario en miniatura. Construía pequeñas casas en el patio, en cualquier muro sólido en el cual pudiera apoyarse. Las arrendaba a gente de escasos recursos. Alquileres mínimos.

Alma de empresaria, aprovecha que el tío Roberto, su hijo más querido por sus flaquezas, talentos, enfermedades, y largos viajes sin dar noticias, dejara de beber.

Dos o tres días de abstinencia eran necesarios para que se repusiera y dejara de tiritar. A la salida del túnel de las borracheras, que podían durar lo que duraba su desaparición, uno, dos o seis meses. Ausencia dolorosa para mi abuela.

Lo recuerdo suplicándole a su madre, por una aspirina, producto al cual él le atribuía cualidades más allá de lo que indicaba el envoltorio. Mágicas.

En estos periodos de abstinencia alcohólica de Roberto, mi abuela hacía aparecer sus talentos de arquitecto y el tío de constructor. Qué inmenso personaje el tío Roberto, gentil, inteligente, generoso. Cuantas guitarra quebradas, cuantas guitarras perdidas.

Siempre a la búsqueda del desgraciado que le robaba su guitarra; jamás lo descubrió. Creía tener la técnica a punto, esta consistía en cruzar la calle, dejar la guitarra apoyada en la pared, volver al punto de partida, sentarse y esperar que el ladrón viniera. Desgraciadamente, este ejercicio lo hacía cuando estaba con sus copas, por lo cual rápidamente se quedaba dormido. Al despertar, la guitarra había desaparecido. Una más.

El desquite o la venganza de tío Roberto sobre aquellos que le robaron sus múltiples guitarras, fue el día que inauguró su fábrica de guitarras marca Roberto Parra, en la calle Serrano de la comuna de Pudahuel. Fui a visitarlo una tarde fría y nublada. Una pequeña estufa calentaba el ambiente del taller. Me mostró una a una las guitarras hechas por sus manos, yo estaba feliz de verlo tan contento. Sin embargo, me pareció extraño que ninguna tuviera puestas las cuerdas, pregunté el porqué. Soltó una carcajada y respondió: “no es necesario, estas guitarras no suenan”. ¿Y se venden? “Claro, me las compran los ‘giles’ solo para decorados”. Así, por un módico precio, todos pueden tener una guitarra hecha por el tío Roberto.

A los niños nos trataba como personas, pedía opiniones, era respetuoso. Su pasión, el vino, la música, las mujeres. Pero no todas, ni de manera indiscriminada; fue de amores largos; a la negra Ester la amó toda la vida.

A mí, como infante, ese mundo que construía el tío Roberto, me gustaba, las piezas eran pequeñas y poco a poco se iba creando una población liliputiense.

Todo era frágil, delicado. Como él.

En una de estas piezas, vivía doña Rosa Lorca. Dos características la hacían destacarse entre las mujeres del sector, su risa estentórea y tabaquera, su diente de oro. Debía acercarse a los sesenta años. Buenamoza, morena, fuerte, de pelo muy negro. Intensa con los muchachotes, seguramente apasionada. Me pregunto cómo se las arreglaría para hacer el amor en estas habitaciones de juguete.

Para mi madre fue como encontrar una enciclopedia en medio de un potrero. El tesoro de “Alí Babá” sin los ladrones. La sabiduría de nuestro pueblo concentrada en esta tremenda mujer.

De ella recuperó diferentes formas de acompañamientos de guitarra, la mano derecha muy ágil, rasgueos, afinaciones, melodías, recetas de cocina, tratamientos para la salud. Soluciones para ahuyentar al diablo, para el mal de ojo, empachos, cómo atrapar luciérnagas, era un verdadero almanaque esta mujer.

Del mundo enigmático, mágico, del “velorio de angelitos” le entregó sus secretos. Sacerdotisa de la ceremonia dedicada a los niños menores de cinco años fallecidos.

Era ella quien “arreglaba al angelito”. Lo instalaba en un altar creado por ella, al medio del comedor de la casa, altar instalado especialmente para la ocasión. Sentaba al “angelito” arriba de una mesa, en una pequeña sillita, rodeado de flores de papel, que iba cortando con sus enormes pero delicadas manos. Cielo y estrellas de papel plateado. El todo consistía en que el niño pereciera vivo. Peinado, perfumado, sonriente y con su mejor ropita.

La sabiduría popular aconsejaba a los padres no llorar. Las lágrimas humedecen las alas del angelito y le impiden elevarse a los cielos. Cuando los padres decidían “arreglar al angelito” la primera en llegar era doña Rosa Lorca, trayendo en su cartera las tijeras mágicas, con las cuales cortaría las flores y guirnaldas de papel. En solo movimiento y tijeretazo para terminar haciendo un magnífico conjunto. Luego avisaba a los cantores de la zona, para que vinieran acompañarla.

Una vez el angelito listo, vendrían los padres y padrinos y luego los invitados a saludarlo. Entre los cantores, dos o tres, hay uno que asume la voz del niño.

*Maire yo le digo adiós*

*y usted por mí no haga duelo*

*espero en Dios que en el cielo*

*nos hemos de ver los dos*

*en el tránsito veloz.*

*Ya se cumplió mi destino*

*purificando al divino*

*a la gloria dentraré*

*y ante de partir diré*

*adiós, adiós mundo indino.*

Los cantores se reparten, los llamados fundamentos. A lo humano o a lo divino. A lo humano puede ser por los elementos, fuego, agua, tierra, ponderación y catástrofes. A lo divino: por la pasión de Cristo, nacimiento, crucifixión.

Los invitados beben vino caliente con azúcar y cáscara de naranja, llamado "gloriado". Imagino que se refiere a la gloria donde el "angelito" descansará definitivamente.

Transcurrida la primera parte de la ceremonia, después de haber saludado a los presentes y ausentes, se puede, con infinita discreción, bailar una cueca sin pañuelo. Ninguna demostración. Ni de alegría ni de tristeza.

Por haber asistido a más de algún velorio de angelito en mi infancia, puedo asegurar que es lo más parecido a lo mágico y fantasmagórico. Luz, sombra, silencios y entendidos. Azúcar quemada en el brasero. El vaivén de la llama de las velas transforma los rostros, agranda las sombras. Mucho más impresionante que

cualquier otra ceremonia y he visto muchas.

Si yo tengo este recuerdo tan presente, cincuenta y cinco años después, puedo imaginar la fuerza con que mi madre lo experimentó. Transformó su vida. Entró en religión. La tarea sería rescatar todo ese inmenso patrimonio para entregarlo a su pueblo. Por su voluntad y nada más que por su voluntad.

La comuna de las Barrancas se convirtió en una riquísima cantera que mi madre trabajó como una orfebre con infinito amor, dedicación y sin medios.

Rosa Lorca se me aparece hoy como la mujer que simbolizó a todas las otras cantoras que mi madre fue encontrando por los caminos de Chile. A partir de este encuentro, para mi madre no hubo quien pudiera torcer su camino.

Ni pasiones, ni dolores, tampoco la insensibilidad de las instituciones que ella pensaba podían ayudarla. Ni la pobreza, que a veces nos mordía los talones, la desviarían de su objetivo. Aquellos que, estando en su entorno, no se interesarán por su proyecto, se hacían merecedores de sus insultos preferidos. “Cero a la izquierda”, mediocres; o si el caso era grave: “bolsas de humo”.

Retomamos la antigua costumbre de cambiarnos de casa. Algo ocurrió con la bohemia en la gran avenida. Crisis, bancarrota, incendio. No lo sé. Este cambio de barrio nos lleva al verdadero centro de interés de mi madre, a la comuna de las Barrancas, calle San Pablo abajo.

Me queda un recuerdo de esta nueva casa. A la entrada, a mano izquierda, una pieza que pertenecía a la compañía de teléfonos, el único aparato del sector. Un solo arrendatario. Un primo lejano de mi madre, de nombre Raúl, fabricaba carteras. Bizco o turno, payaso a sus horas, hace carteras y zapatos en su taller de marroquinería. Su profesión, marroquino, quedó debidamente señalada en el certificado de matrimonio de Violeta y Luis Arce, fue testigo en el Registro Civil. Desaloja su taller para dejarnos espacio. Estos dos elementos, compañía de teléfonos y Raúl desaparecen rápidamente de mi memoria, tomamos posesión de la casa.

De ese lugar guardo una imagen de vida familiar, idílica, con mi hermana Isabel. Una galería vidriada daba al patio, al medio de este intento de jardín, reinaba un arbusto. Puedo sentir su fragancia. Un cedrón. Para mí era como la fuente de los deseos, me sentaba a invocarlos seguro de que algún día se cumplirían, no tenía apuro.

Con Isabel nos instalábamos al lado del cedrón en torno a una pequeña mesita, ve las dos tazas. Por el suelo una tetera que contenía por lo menos dos litros de agua. El inmenso placer consistía en sacar las hojas de la planta, sin pararse de la silla, ponerlas en la taza, echarle el agua caliente y beber. Dejábamos remojar las hojitas, hasta que el agua se volvía verde, luego amarillo otoño. Una, dos, tres, cuatro, cinco tazas. Seguramente conversábamos en torno al cedrón y la tetera.



## La tetera encantada

Esa misma tetera, en otras ocasiones, fue para mí factor de sufrimiento. Sin ser un sueño, a veces me parece, esto sucedía a causa de mi facilidad para dormirme en cualquier parte. De todos modos las historias de niños son en parte sueños.

Mi abuela materna es más importante que la tetera y todas mis historias, ya verán. Seguramente por la increíble complicidad de madre a hija. Solía cambiar de domicilio, con cierta regularidad. ¡Atención! Palabras ligadas al acto que no olvidaré: camión, pioneta y salvoconducto, lo más importante, sin ese papel no había mudanza.

En algún momento fue propietaria de otro restaurante. Calles Blanqueado y Las Rejas. Su nombre, "El Torito". No creo que haya sido en homenaje al famoso Bandido, quien con varios asesinatos a su espalda, cruzó la cordillera para hacerse olvidar, reinsertándose en la sociedad argentina como un modesto y honrado zapatero. Sin contar con que la implacable ley lo buscaría, debajo de las piedras, hasta encontrarlo, diez años después. Arrestado, esposado, trasladado a su país en donde, para tranquilidad de sus habitantes, fue fusilado. El bar en cuestión se llamaba así por otra razón. No conozco detalles de la verdadera historia. El hecho es que por ese bar circulaba una pequeñita llamada María. Los adultos se referían a ella como "María torito". Nunca supe cómo apareció ni de dónde venía. A los niños nadie les da explicaciones sobre los orígenes de las distintas personas. Están ahí y punto. A mí me intrigaba porque ella tenía trato preferencial. Misterios de las familias, los historiadores y biógrafos se quiebran la cabeza tratando de desentrañarlos. A mí me gustan estas zonas de sombra.

Estas vivencias latentes, con calendario en la mano, ocurren entre el año cuarenta y ocho y el cincuenta dos. Sin precisión. A la gente le interesan las fechas, es más, a veces las exigen. Yo prefiero transmitir las así, sin mayores precisiones. ¿Mi edad por esos días? Entre siete y nueve añitos.

Mi madre me enseñó a leer y a escribir, entregándome herramientas fundamentales para enfrentar mi cortísima vida. Comprender el valor real de las palabras y su peso.

En este momento, la oigo cantar una copla popular. Quedó grabada en mí,

para siempre.

*Tanta vanidad, tanta hipocresía*

*cuando el cuerpo después de muerto*

*pertenece a la tumba fría.*

Cuánto me han servido en el camino recorrido esa docena de palabras. Saber esa verdad tan sencilla desde niño me ha hecho ahorrar un tiempo precioso.

Disculpen la distracción, se me cruzan y entrecruzan los tiempos y las imágenes y se pierde el hilo; no se preocupen, ya encontré no solo el hilo, la madeja.

La situación económica había empeorado. La verdad es que desde la separación de mi padre anduvimos apretados de dinero. A pesar de que mi abuela materna siempre nos ayudó.

Mi padre, "Sombrero verde", de común acuerdo con las leyes y la justa presión de mi madre, nos entregaba una cantidad mensual. La mesada. Muchas veces fui hasta la "Oficina de Bienestar" de "Ferrocarriles del Estado" a buscarla, llevando por todo documento una carta firmada por mi madre. Otros tiempos.

Supuestamente ese dinero debía alcanzar para vestuario y alimentación de sus dos hijos, Isabel y Ángel. Dinero que se terminaba antes del día quince del mes.

Por estas razones de precariedad, todos los días, al caer la tarde, iba en busca de una ración de leche. Agarraba la tetera, única vasija disponible, que tantos placeres nos había dado a mi hermana y a mí con el agüita de cedrón. Me dirigía a "El Torito" a buscar dos litros de leche de vaca que mi abuela, generosamente, entregaba a la familia de su hija que estaba en aprietos económicos. El establo quedaba al lado del restaurante.

Tal vez sea inútil que me detenga en detalles, pero lo haré. El hecho de estar obligado a caminar, tomar un microbús y viajar con la bendita tetera, me avergonzaba terriblemente. Independientemente de que tenía que tratarla como a una chiquilla bonita. Las cocinillas a parafina, el brasero con carbón, la dejaban

negra de humo y hollín. El lavado y fregado debía hacerlo solito. Tampoco era normal que un niño tan chico se paseara con una tetera de dos litros. Miraba a los otros chicos, jamás vi uno con ese utensilio. Con botellas, sí. Los adultos esconden su inmoderado gusto por el vino enviándolos a la botillería y sin plata. “Dile a la señora que te lo ponga en la libreta”. Como si encima de hacer la compra debiera pagar la cuenta al final del mes.

Vuelvo a mi tetera. No sé para qué se me infligía este castigo. A mi hermana y a mí nos gustaba el agua de cedrón.

El viaje de vuelta se me hacía más difícil que el de ida. Los trabajadores que regresaban a sus casas y los chóferes comenzaban a conocerme. Algunos se reían sin decir nada; otros, me mortificaban con sus preguntas: ¿qué es lo que llevas ahí?! ¡Saquémosle el viento! en alusión al ruido que produce el sacacorchos cuando abre una botella. Todos los días la misma historia. Vergüenza, tetera y leche. Más de alguna vez me quedé dormido. Al darme cuenta de que llegaba a mi paradero, bajaba precipitadamente olvidando lo esencial. La tetera. Obligado a esperar el próximo microbús que me llevaría al paradero final, la garita, y recuperarla.

Una tarde decidí, para evitar más vergüenzas con las bromas de los pasajeros, chofer y cobrador, en esa época el chofer manejaba y el cobrador cobraba, explicarme a propósito de mi tetera. Buena idea, los di vuelta a mi favor. Rojo como un tomate saqué fuerzas de no sé dónde y les dije: en la tetera llevo dos litros de leche para mi abuelita que está muy enferma, la compro con lo que gano lustrando zapatos. A partir de ese día no solo me dejaron en paz, me ofrecían sus asientos, y me despertaban para que no fuera a pasarme del paradero. Una mentira liviana ayuda más que una verdad pesada.

Otro cambio de casa. Esta vez en el mismo barrio, a dos cuadras. Calle San Luis. Me gustaba el nombre de la calle, tal vez porque mi padre, mi abuela paterna, mis tíos y yo mismo llevamos ese nombre.

Para llegar a la avenida principal, San Pablo, se caminaba aproximadamente trescientos metros. Para mí, un martirio cotidiano. Casi al llegar a la avenida San Pablo estaba el emporio o almacén en donde las gentes del sector hacían sus compras diarias. El hijo del almacenero me molestaba a causa de mi tetera. Más grande que yo, muchacho cruel. Cojeaba de una pierna, los niños del vecindario lo llamaban a sus espaldas “pata de cachimba de turco”. Yo era inocente e ignoraba el significado de la palabra cachimba y, con mayor razón, de turco. Hasta que un día comprendí porqué este muchacho me urgía cada vez que por ahí pasaba con mi tetera delante de su almacén.

Mi abuela, en sus deseos de ayudarnos a levantarnos económicamente, nos instaló un pequeño almacén de víveres para salvarnos de la mala situación que nos llevaba al precipicio.

Ahora que lo pienso, la madre de Luis Arce debe haberle retenido el escaso salario.

Esa era la razón por la cual el “pata de cachimba de turco” me hostilizaba. Ese almacén nos convertía en enemigos. Éramos la competencia.

Veo subir y bajar el aceite en un dispositivo llamado “bomba” aspirándolo de un tambor de doscientos litros. Mi hermana Isabel ejecuta la maniobra con destreza.

Desconozco las razones por las cuales mi madre no estaba durante el día en el almacén, lo que hacía que Isabel fuese la dependienta y yo, su ayudante. La experiencia en el rubro abarrotes duró lo que dura un suspiro.

Barrio muy pobre, el vecindario vivía con lo mínimo, todo se anotaba en una libreta, la frase era: me lo pone en la cuenta hasta el fin del mes. Al fiado. Nosotros, inocentes, no sabíamos que en todos los almacenes del país, a la entrada se podía leer, “hoy no se fía, mañana sí” o “el que fía, salió a cobrar”.

No recuerdo haber visto nunca un billete en el cajón destinado a esa función. Yo pienso hoy que en vez de aplicar el refrán “al ojo del amo engorda el caballo”, nosotros nos íbamos a jugar. La clientela entraba, se servía, sin pasar por caja. Personalmente, yo no entregaría la responsabilidad de la gestión de un almacén a dos niños. Por muy brillantes que fueran.

En la casa de calle San Luis, recuerdo a mi madre muy de madrugada preparando la masa para hacer las “sopaipillas” que vendía a los obreros que partían al trabajo. No veo ni oigo guitarras en esa modesta casita.

Una cancha de fútbol cercana, dos equipos se enfrentan. Día domingo, compré en la feria un saco de naranjas. Caluroso el día, las naranjas se venden maravillosamente bien. Regreso con el saco vacío, entrego lo recaudado a mi madre.

Qué buenos tiempos los de la infancia. Mi madre nos daba mucha libertad pero exigía, a cambio, responsabilidad. Nunca supe cómo evaluaba ella el resultado de ese intercambio.

Las naturales desavenencias entre las parejas van apareciendo entre Luis Arce y mi madre, según se desprende de este texto de la canción “Luis Ingrato”. La suegra había hecho su trabajo y comenzaba a recuperar a su niño regalón.

*Para decirme que te ibas,*

*me dirigiste una carta*

*porque valor falta al cobarde*

*para decirlo cara a cara.*

Canción grabada por el dúo Hermanas Parra en aquellos discos delicados y frágiles; como el amor, se quebraban de mirarlos.

Altos y bajos, incomprensiones. Intromisiones repetidas de la madre de Luis en el matrimonio. Rupturas, reconciliaciones nos sorprenden a comienzos del año cincuenta tres. Seguramente salto de una época a otra y olvido situaciones sumamente importantes, qué le vamos a hacer. La memoria es caprichosa y selectiva.

El trabajo de investigación de mi madre se va ampliando geográficamente. El sector de Puente Alto la está llamando y con su perseverancia en la búsqueda encuentra la versión masculina de doña Rosa Lorca.

Isaías Angulo. El profeta, le llamaban en la región. Pirque, Puente Alto, Casas Viejas, Las Viscachas. Pequeños caseríos de la zona.

Guitarronero, improvisador, todos los oficios del campo, fuerte como un roble viejo, le va abriendo los caminos que Rosa Lorca había señalado.

Es don Isaías quien le presenta a don Emilio Lobos, a don Gabriel Soto, a don Antonio Suárez, perlas fundamentales del collar que fue, paso a paso, enhebrando, una tras otra.

Las veinticinco cuerdas del guitarrón cautivan a mi madre.

Definitivamente independizada, liberada de la “música comercial y mediocre”, según sus decires. En su búsqueda de lo profundo a través del canto a lo divino, don Isaías es la piedra angular.

Sus amigos Gastón Soublette y Sergio Larraín, musicólogo y fotógrafo, la

acompañan más de una vez; yo, detrasito. Juntos íbamos a descubrir ese tesoro oculto.

Gastón y Sergio se apasionaron por la música popular, sellaron esta amistad con el libro *Cantos folklóricos chilenos*, textos, transcripciones musicales y fotos.

Después de diferentes viajes a la casa de don Isaías Angulo, mi madre me entregó otra de las llaves maestras que en la vida me han servido para abrir puertas. Me dio la posibilidad de elegir entre algún siniestro internado y la maravilla de quedarme un tiempo en el campo. Comprendí que era la oportunidad de mi corta vida. Para mi felicidad, me fui a vivir a casa de don Isaías Angulo.

Ustedes comprenderán que ante tal posibilidad de elección no había donde perderse. Me fui a Puente Alto a aprender a tocar guitarrón y sus secretos, con un gran maestro.

Me adoptó como a un nieto más. A partir de ahí pasó a llamarse tata Isaías. A su hija Bertina la recuerdo con especial cariño. Su mujer, la mama Rosa, me llevaba a las cinco de la mañana a la ordeña de vacas para que, junto con los terneros, bebiera la primera leche llamada “apoyo”. No se porqué razón al mismo tiempo me daba de beber una copita de coñac. Esta mujer sigue siendo en la memoria, la bondad y el esfuerzo de la mujer campesina.

Como en un puzzle van apareciendo las piezas hasta llegar a formar la imagen que busco. Mi madre escribiendo la tonada “La lechera” en homenaje a la mama Rosa.

*No porque yo sea lechera*

*y no tenga más amparo*

*que el calorcito e' la leche*

*cuando yo la estoy sacando*

*ni por que suya es la casa*

*todo lo que estoy mirando*

*voy a entregarle la poca*

*vida que me va quedando.*

*Sin embargo la lechera*

*por no perder su trabajo*

*empezó a ordeñar la pinta*

*con los ojos entelados*

*y al manear a la clavela*

*cayó muerta en el establo.*

*Inquilino y patrón dos cosas*

*son con distinción*

*inquilino y patrón, oro y terrón.*

Me atrevería a decir que es una de sus primeras canciones políticas, escritas al calor de la verdad, del contacto con la realidad.

Treinta años han pasado entre su toma de conciencia, consecuencia del duelo paterno y las jugarretas con sus hermanos en el frío invierno sureño. Nada

ha cambiado, los pobres más pobres, los ricos más ricos, la justicia social, no existe.

Los días domingo el tata Isaías se viste elegante con su traje azul con rayas blancas, dejaba las ojotas y calzaba bototos, pañuelo rojo al cuello y me decía: “venga mijo, vamos a Puente Alto. Tengo dos cantores que andan con pretensiones, a los que voy a hacer ver ‘vacas rosillas’”. Quería decir que los derrotaría en todos los terrenos. A lo humano y a lo divino.

La sesión comenzaba con una partida de rayuela con tejos de un kilo. Se bebía borgoña con frutilla.

El tata Isaías inmenso de alto, sus manos fuertes punteando en su guitarrón, con sus dos puñales en la caja de resonancia, que dejan en claro quien es él. Lo conservo hasta hoy, “como hueso santo” diría mi madre. El profeta va respondiendo a todos los versos que le dirigen, con otro más sabio y más profundo.

Al final de la tarde, cuando volvíamos a casa me decía: “¿vio mijo? Los fui a dejar al puente Los Morros”, a mucha distancia quería decir. Era la pura verdad, los otros cantores no estaban a su altura.

Muchos años después de esta escena, lo vi en el hospital Salvador, accidentado. El camino que pasaba delante de su casa era de tierra y jamás, ni con unas copitas demás, tuvo problemas al transitarlo. El día que pavimentaron la calle, comenzaron a circular los camiones y lo atropellaron. Lo mató el maldito progreso.

Don Emilio Lobos y las décimas del rey Asuero, don Gabriel Soto de Las Vizcachas y sus cuequitas punteadas. Mi madre se transformaba totalmente en estas ocasiones, escuchaba, apuntaba, preguntaba. Si había luz eléctrica grababa. Cuántas veces arrastré como pude la pesada grabadora polaca, y al llegar al lugar no había electricidad.

Jamás compitió ni mostraba sus propias habilidades. Creo que esto, a los viejos les gustaba mucho. Se sentían valorados, respetados y escuchados. Recibían de esta pequeña mujer, el cariño y el reconocimiento de quien se había empeñado en esa enorme tarea, rescatar ese noble patrimonio.

Hoy nadie recuerda que fue mi madre quien dio a conocer el guitarrón y sus maravillosas décimas. ¿Por qué somos desmemoriados? Hoy nadie recuerda, a estos viejos. Mi madre diría, pueblo que olvida el camino, tropieza con la misma piedra.

Como si toda la vida hubiese estado presente ese instrumento en el paisaje musical chileno: sin pasado, sin origen ni historia. No es así, la Violeta lo redescubrió, lo revaloró y difundió. Definitivamente, no tenemos memoria.

¿Cuánto tiempo habrá durado esta experiencia? Seguramente poco, pero caramba qué importante para este chiquillo de pantalón corto y sandalias. Solo sé que me marcó para toda la vida.

En esa época estos versos campesinos eran rechazados por los folkloristas entre comillas, mi madre estuvo obligada a soportar las risotadas de sus antiguos compañeros radiales.

Si lo recuerdo es porque estuve presente entre bambalinas, y a mí también me dolía.

Lugar, Teatro Santiago, cine de la capital que solo exhibía películas mexicanas, a una cuadra de la Plaza de Armas y que ese día fue cedido para un beneficio. Seguramente alguna catástrofe natural o enfermedad grave de algún artista que ayer, al igual que hoy, agonizaba en la miseria.

La cantante risueña, usaba un seudónimo, en verdad se llamaba Marta Yupanqui, y sus acompañantes huasitos santiaguinos, reían, como todos los ignorantes.

Mi madre nunca pudo entender este absurdo cambio de nombre de la cantante. Tal vez el Yupanqui tenía demasiado olor a aborigen, a original de nuestros pueblos. ¿Arribismo, ignorancia? Las dos cosas mezcladas.

Huasos y huasas de pacotilla se preguntaban durante la función, riendo, si lo que cantaba esta mujer sentada en una silla con su guitarra frente al público eran cantos cómicos. No se descorazonó, pero recuerdo que sufrió la estupidez e ignorancia de sus pares.

Ese año fue muy importante para ella y, por ende, para sus hijos. La canción que le había enseñado "la Pelusita" fue un suceso: hasta hoy lo es. "Qué pena siente el alma".

"Casamiento de negros" es solo una estrofa sin música, ella hace el resto del texto y la musicaliza para convertirlo en otro éxito. Algún editor de la época la descubre y la hace llegar a manos del director norteamericano Less Baxter y su orquesta, quien la graba en Estados Unidos con el nombre de *Crazy melody*, Melodía loca. Bendición del cielo, para nuestro futuro.

En ese mismo año, descubre que existe la Sociedad Chilena de autores y compositores, semilla de la salvaguardia y unión de los artistas populares, en defensa de sus escualidos derechos. En la Quinta Normal se realizaba cada año una

Feria agrícola y ganadera, ramadas y rodeos ayudan a animar esta fiesta. Una de estas ramadas pertenece a esta incipiente organización llamada SOCHAYCO. Lo veo claramente puesto que estaba ahí: mi madre pidió humildemente mostrar algunas de sus canciones: ya había compuesto “La Jardinera”, “La Juana Rosa”, “La Lechera”, primera tonada de contenido social dedicada a la mama Rosa.

Fue en Quinta Normal, durante esa feria, que se produjo el primer encuentro entre mi madre y Margot Loyola. Respeto y admiración fueron recíprocos al escucharse cantar y tocar la guitarra, luego serían comadres, Margot, madrina de Rosita Clara. Se le bautizó en la modesta iglesia Santa Rita, calle Larraín con Pérez Rosales.

Mi obsesión infantil por los zapatos de huaso me pide volver atrás, a la ramada de la sociedad de autores y compositores.

En mis recuerdos tengo en primer plano una cueca cantada por mi madre y bailada por Margot Loyola y un hombre joven, vestido de huaso, con zapatos con tacones de verdad, poncho doñihuano generoso, y sombrero que no olvidaré jamás. Puede ser que todos los asistentes a esa ramada hayan olvidado a ese bailarín que zapateaba como Dios, si Dios bailara cueca naturalmente, sin embargo yo recuerdo su nombre, Juan Querot. ¿Por qué lo recuerdo? Porque creo haber escuchado a Margot y a las otras muchachas bailarinas, fruto del entusiasmo, después de la segunda vuelta, insinuaran o musitaran algo que sonaba parecido. Mi fértil imaginación va muy lejos, en cuyo caso el nombre sería, “Juan, Quiero”. No puedo agregar nada más, pero es un recuerdo imborrable.



**Manzana catorce,  
sitio veintidós**

Con los derechos de autor llegados de Estados Unidos gracias a la *Crazy melody* o *Casamiento de negros*, lo primero que hizo mi madre fue dar el pie para la compra de una casa prefabricada. Durante años esa casa fue nuestro refugio en la chacra San Carlos. Manzana 14, sitio 22.

Hacía tiempo que vivíamos ahí, puesto que mi madre, el día del encuentro con Margot cantó una especie de guaracha llamada *Tranquilo el perro*, donde sitúa con precisión la dirección de su sitio:

*Yo vivo en chacra san Carlos*

*más arriba del canal.*

*Si alguno quiere buscarme,*

*allí me puede encontrar.*

*Tranquilo estaba mi perro*

*la casa cuidándome*

*cuando pasó la perrera*

*y el perro lleváronse.*

Fue un éxito inmediato entre ese público que repletaba la ramada, razón por la cual pienso que jamás quiso grabarla. El juego consistía en que los presentes debían responderle ladrando cada vez que venía el estribillo.

*Donde está el perro,*

*guau guau.*

*Quiero a mi perro,*

*guau guau.*

Manzana 14, sitio 22 en la chacra San Carlos en La Reina: tres cuadras más arriba del canal del mismo nombre. Las dimensiones del sitio, 14 por 32, pequeñísimo. Para mí era una inmensidad, aún no existían las panderetas que vendrían a demarcar cada modesto sitio, desarrollando el sentido de propiedad.

Verano, atardecer, un saco de cemento, un chuzo y una pala. Mi tío, Juan Cereceda, maestro de maestros, a quien le dediqué la canción, “La suerte de mi compadre”, en los años setenta. Carpintero, enfierrador, albañil y panadero.

Todos los oficios de la construcción los conocía en profundidad: sabía leer un plano de arquitecto como quien lee el diario.

Llegamos en un destartado auto de arriendo. En esos tiempos estábamos años luz de contar con amigos o parientes con vehículo, teléfono o radio. Con excepción de Nicanor, quien llevaba la delantera. Nosotros, lejos, lejos de la tecnología.

Mi madre nos dejó instalados, si se puede decir, y se fue de nuestra reciente propiedad. “Vuelvo mañana tempranito”. Recuerdo, había mucha zarzamora y maleza. Nosotros debíamos limpiar el terreno para comenzar la construcción.

El tío Juan Cereceda como constructor y yo, su asistente. Nuestra misión consistiría en hacer un radier de cemento de 4 por 4, para ahí encima instalar “la mediagua”, llamada así porque cuando llueve el agua cae solo de un lado: el de adelante.

Mi tío, viejo conocedor de estas aventuras, lo primero que empezó a hacer fue el pozo séptico. Las calles ya estaban urbanizadas, nosotros no teníamos agua potable. A más de trescientos metros se encontraba el primer grifo, desde donde recuperábamos el agua en un tambor de doscientos litros. Una vez que estaba lleno, había que botarlo al suelo para hacerlo rodar. Entonces, yo me subía en él y con mis dos pequeños pies comenzaba a hacerlo rodar. Jugando y trabajando.

Mi madre regresó al día siguiente, en una carretela con dos caballos, cargada de materiales de construcción: planchas de zinc para el techo. La experiencia aconsejaba no poner fonolas, cartón corrugado empapado en brea, de corta duración e irreparable.

Me interesé en el tema de la madera, habían llegado las tablas con las cuales se harían los muros de la media agua. Mi tío Juan las llamaba *machambradas*, connotación masculina y femenina. Le pregunté qué quería decir ese término, su respuesta fue la siguiente:

*“Mire hijo, estas tablas están cortadas a la medida para que una entre en la otra, es decir, ensamblen, sin dejar un espacio entre ellas, como los enamorados, ¿me entiende?”*

A lo que yo respondí, ya que algo sabía del tema: “déjeme hasta ahí no más”. El tío Juan Cereceda siempre estuvo con nosotros en los grandes momentos, como enviado del cielo.

A Luis Arce, marido de mi madre, comenzaba a fatigarlo esta vida lejos de la plaza Brasil y sus “academias de pool”, de “El huaso Pepe” y de sus amigos. Seguía como podía, según sus medios, a la vertiginosa Violeta. Discusiones, gritos, insultos. Especialmente uno que mi madre apreciaba enormemente: *bolsas de humo, incapaz, cero a la izquierda*. Me repito, no importa.

En beneficio de la verdad hay que decir que Luis Arce jamás le levantó la mano, ella sí.

Con mi padre la cosa había sido diferente: con el alcohol se ponía violento. Dándose cuenta tardíamente de que su Violeta, la Viola, se le escapaba de las manos, como el agua hace desaparecer la sal. Pero eso “es harina de otro costal”.

Todos estos proverbios, o decires, forman parte del lenguaje diario de mi abuela y de mi madre. Si mi padre se propasaba ella se defendía, con lo que tuviera a mano: platos, jarrones, zapatos, escoba y hasta con la plancha a carbón.

El comentario que viene no lo tomen en cuenta.

La plancha a carbón: hoy la he redescubierto en casas de amigos, utilizadas como maceteros, desde donde caen lánguidas enredaderas. Tal vez mañana los computadores servirán para plantar almácigos. Me di el gusto, continuo.

Siempre fui hurguete e intrusillo, es por eso que ahora recuerdo un instante: estoy observando con atención un cuaderno de dibujo de mi hermana Isabel. Dibujaba bien: bellos rostros y muchachitas muy estilizadas. Doy vuelta las páginas de la memoria, ahora diría que son vestidos de refinado y bonito diseño.

El hecho de que Isabel fuera niña, y participara activamente en la vida artística de mi madre, nos separaba. Seguramente yo era considerado el “cabro chico”. En mis recuerdos de esos años su imagen aparece diluida.

Un momento especial de mi infancia en la comuna de Barrancas, necesito contarlo. Ya he dicho que aprendí a leer y a escribir en casa, con la Violeta como maestra, es mi máximo orgullo.

No iba a la escuela formalmente, como todos los niños, puesto que la instrucción la recibía en casa, hasta el día en que a mi madre se le ocurrió que ese raro privilegio ya no lo merecía. Nunca supe porqué. “Mañana saldremos temprano”, me advirtió.

Al día siguiente nos levantamos al alba. Bien peinado, pero con un eterno remolino en el centro del cuero cabelludo. Revisión meticulosa de uñas y rodillas. Me lleva de la mano y va entregándome consejos que no quiero escuchar. Intuyo lo peor.

Como me lo temía, entramos a una modesta escuelita a las ocho de la mañana: quedé inmediatamente matriculado en segundo año de preparatoria. Mi madre no quedó conforme con la calificación y a la salida me estaba esperando.

Subimos a un microbús que nos llevó a la calle San Pablo, en Quinta Normal, cerca del restaurante “El Torito”. Mi sorpresa fue enorme: otra escuela. Fui llevado a una sala de clases, mientras esperaba, otros niños me hacían gestos obscenos por la ventana. Nunca me gustaron los niños en banda, son bravucones en grupo. Una señora profesora me hizo algunas preguntas y quedé aceptado en tercer año de preparatorias.

Pasé algunas semanas aparentemente disléxico, en la mañana contestaba las preguntas de la tarde y a la inversa. En la mañana protegía a los más chicos y en la tarde me pegaban los más grandes. Me sentía muy raro.

Este descubrimiento educacional, dos años en uno, aunque interesante como método, duró muy poco. Encontré mi propia solución.

Mis dos abuelas, materna y paterna, vivían a menos de dos kilómetros una de otra, lo que me facilitaba enormemente la vida. Cuando no quería ir a ninguna de las clases, y según mi estado de ánimo visitaba a una o a la otra. La abuela materna admiraba mis aptitudes de matemático: yo sabía sumar y restar. Cuando me veía llegar, instalaba un taburete y me dejaba frente a la caja registradora. Yo era el cajero. Esto le permitía a ella una cierta movilidad: terminar de cocinar, ocuparse de la "María torito", despertar a sus clientes borrachos, haciéndoles oler un producto insoportable, amoniaco, los borrachos salían disparados; yo pensaba que mi abuela tenía poderes.

Desde mi posición de cajero, la veía acercarse y pasarle una mano delante de la nariz y el borracho levantarse con cara de haber vuelto del otro mundo, asqueado.

Pero todas las historias tienen un fin, hasta las más bellas: un día que mis labores de cajero habían terminado, al bajarme del taburete se me cayeron algunas monedas, las que despertaron sospechas sobre la honestidad del cajero. A decir verdad, pese a mi corta edad, yo consideraba que todo trabajo debía ser remunerado.

Mi abuela paterna era todo lo contrario de la recién descrita: no hacía preguntas ni le extrañaba que yo llegara en horas de clases con mis dos cuadernos inútiles. Tengo una visión de ella como de una abuela de cuento. Había vivido, sufrido, gozado y hoy estaba en paz.

Sentada en un piso de totora con un brasero a sus pies, tomaba mate, fumaba, me veía entrar, sonreía y me ofrecía un mate de leche con cáscaras de naranjas (los niños no toman mate amargo). Luego yo ponía mi cabeza en su regazo, ella acariciaba mi pelo desordenado y yo entraba en un mundo de paz, lejos del bullicio del patio del recreo y de la maldad natural de los niños. La campana de la escuela se escuchaba desde la casa, en ese momento me despertaba, le daba un beso en su frente arrugada y ahí dejaba a mi abuela zen.

Entre ellas, mis dos abuelas y sus dos casas, no había más de dos kilómetros, había un mundo de distancia.

Se producen nuevos movimientos, agitación en torno a algo, no sé de qué, pero se producen. Un viaje, un contrato, un cambio de casa, algo debe haber sucedido, porque nadie se inquietó ni me interrogó para saber cuál había sido el resultado de mis dispares estudios y la ausencia total de certificados.

Mi madre era pura voluntad: una vez que decidía algo, lo daba por hecho. Deliciosos tiempos para mí. A mi padre dejé de verlo durante varios calendarios. Tiempo que me pareció muy largo. Por iniciativa propia, tomé contacto con una hermana de él, Yolanda Cereceda, querida y notable mujer. Vivía en el barrio Carrascal y mi padre solía ir a verla. Ella fue un personaje fundamental en el reencuentro, gracias a ella volví a ver, sentir y amar a mi padre.

Todas estas actividades eran estrictamente personales, nadie más que yo estaba al tanto. Sin comunicarle a nadie, de manera espontánea y silenciosa, construía mis relaciones, mi madre si lo sabía, me dejaba actuar sin entrometerse. Era la contraparte de la libertad que ella entregaba. Aprender a rascarse con sus propias uñas.

La mediagua de cuatro por cuatro estuvo terminada en poco tiempo, para mí fue una gloria. Mi relación con el hermano de mi padre, provechosa desde aprender a tomar el martillo hasta hacer la mezcla para la albañilería.

El tío Juan volvería pronto a sus propios trabajos, que falta le harían, ya que todas esas actividades eran pagadas modesta, pero justamente por mi madre.

Por esos días en Chile los trabajadores habían logrado obtener, gracias a sus luchas, el llamado sábado inglés: se trabajaba solo hasta el mediodía y el domingo libre, naturalmente. El sábado era día de pago. Otra conquista social: la semana corrida. Se trabajaban cinco días y medio y se pagaban siete.

Mi madre sabía que el gran Juan, como ella lo bautizó por sus conocimientos y calidad de mano de obra, se iría esa misma tarde. Preparó con dedicación una puesta en escena de despedida: encima de la única ventana de la casa, dibujó la réplica de una caja pagadora, antes de pasar al asado con que se celebra cualquier levantamiento de una casa, con bandera chilena flameando. Eso es *el tijeral*.

Veo la bandera, bandera personal de mi tío Juan Cereceda, la llevaba de pueblo en pueblo, de construcción en construcción. Esa misma bandera la guardó hasta el final de nuestras construcciones comunes. Se la llevó hace poco, al otro mundo.

La puesta en escena de mi madre consistía en la entrega de un sobre blanco con el salario y aplausos. Acto seguido, la entrega de otro sobre, azul, símbolo de despido y pésame. Fin de los trabajos.

Momentos únicos para mí ver a estos adultos representando una comedia.

Para mí, y solo para mí, así lo sentía, aunque allí había muchas otras personas, seguramente mis hermanas. Es por eso que digo que yo tuve una infancia feliz al lado de mi madre, porque siempre pensé que lo que los grandes hacían, lo hacían por y para mí.

Debo reconocer que, en más de una ocasión, fui duramente castigado, sobre todo por mis incursiones en su cartera y la consecuente y misteriosa desaparición de unos billetitos de diferentes colores. A mí me parecía injusto el castigo, yo hacía exactamente lo que ella, lo repartía entre los niños del barrio que tenían menos que yo. Especialmente las niñas.

Todos los períodos de fundación, de creación, de descubrimiento son felices. Con la entrega del sobre azul al “gran Juan”, aunque fuera en broma, se terminaba una etapa y comenzaba otra.

Tengo un mal recuerdo de ese invierno, se pasaba mucho frío sin estufa, caían heladas y todo aparecía cubierto con una fina capa de hielo, hasta el estuche de la guitarra me lo echaba encima para cubrir los pies. Recuerdo mis manos escarchadas. Una forma de calentarlas era mojándolas con la orina matinal. Calentita.

Nunca pasamos hambre, siempre hubo algo de comer. La madre de Luis Arce, llamada también en los buenos momentos “abuelita Amelia”, por ejemplo este, aportó un saco de porotos que ayudó a pasar los momentos difíciles de ese invierno.

Algún día escribiré un libro de recetas a propósito de los porotos. Conozco muchas. Porotos con papas, porotos con arroz, porotos con riendas, porotos con acelgas, porotos con mote, ensalada de porotos, porotos con aceite, etc., etc. Todas las formas de prepararlos.

No tengo recuerdos de mi hermana Carmen Luisa, tampoco de Isabel. Esto debe mostrar un egoísmo desmesurado de mi parte, pero es la verdad, no las recuerdo.

De todas maneras esta forma de reinventar el pasado, puede ser arbitraria y antojadiza. Pero, sobre todo, es personal e intransferible.

Sin embargo, puedo oír la voz de un locutor de radio, que decía al finalizar el radioteatro del domingo: “la comedia ha terminado, perdonad sus muchas faltas”.

Me parece raro no recordar a Carmen Luisa. Como era la más pequeña, cuando estaba en casa, yo me ocupaba de ella.

Mi madre iba construyendo su camino piedra a piedra con dificultades, pero avanzaba. Lo construyó como lo hicieron los incas, una piedra debe calzar en la otra, sin cemento, con exactitud geométrica. La prueba es que ese camino, dura y durará, mientras el pueblo así lo decida. Sólido como el material que utilizó. Sabiduría atesorada a través de los tiempos, enriqueciendo nuestro patrimonio.

Aparecían el jamón y otras exquisiteces, para volver a desaparecer. De tarde en tarde. Cuando había plata, se notaba.

Mi madre era generosa, no le importaba dar lo que tenía puesto a la persona que lo necesitara, pero ¡ay! de él o la ingrata que no se lo mereciera. Se lo quitaba en la calle si la falta era grave. Más tarde comprendí la repentina aparición del jamón. Parte de los festejos por la llegada de algún chequecito.

Se puede decir que vivíamos bien. Casa (mediagua) propia y comíamos con regularidad, si bien es cierto no conocí el postre, ni la palabra como tal, hasta bien crecído. Tampoco me hizo falta, solo había frutas de la estación en los árboles de los jardines cercanos. Cuando faltaba la comida, los vecinos, de la misma condición social, se mostraban muy generosos y solidarios.

Otros tiempos, todas las casas con sus puertas abiertas de par en par.

En esos tiempos vivir en la chacra San Carlos era vivir al fin del mundo. Los pequeños autobuses para doce personas sentadas, llamados "liebres", tenían el paradero diurno más arriba del canal San Carlos y nocturno en la plaza Egaña, lo mismo el bus. El resto del camino había que hacerlo a pie, más o menos cuatro kilómetros.

Adolescente, enamorado de niñas que vivían en el sector central de Santiago y por aprovechar la oscuridad de la noche en algún portal, se me hacía tarde y debí hacer ese camino a pie, cientos de veces.

No recuerdo visitas de la familia Parra a la casa, con excepción del tío Roberto. Cuando salía de sus borrascosas borracheras y terminaba de construir las piezas de juguete que mi abuela diseñaba. La convalecencia, si se puede llamar así, se realizaba en la parcela del tío Nicanor, en donde diseñaba unos caminitos de piedras en terrenos escarpados, como si hubiese hecho solo eso durante toda su vida. Pequeñas terrazas incaicas.

Me impresionaba oírlo y verlo cantar, se entregaba de tal manera, poseído, se le ponían los ojos blancos. ¿Éxtasis? Nirvana, los dos, y mucho más.

Vivíamos a mitad de camino de la parcela de Nicanor. El tío Roberto pasaba a vernos. Distinguió particularmente con su gentileza a Isabel, desde

pequeña.

Aprendí mucho con él, solo observándolo, se entusiasmaba con sus sobrinos. Nosotros lo tomábamos en serio y para él eso significaba una responsabilidad.

La canción que cantó hasta antes de desaparecer entre las nubes, me gustaba, porque ahí sí se le ponían los ojos en blanco. Recuerdo unas estrofas.

*A la orilla del Huasco, donde surge la calma*

*donde está la más bella, la mujer oriental*

*ella tiene por gracia la quietud de su alma*

*es romántica y pura como una vestal.*

*Al Huasco no más me voy*

*aunque no quiera mama*

*si mama no da el permiso*

*aunque no quiera mama*

*contigo me he de casar*

*aunque no quiera mama.*

A estas alturas, estaba totalmente poseído, levantaba la guitarra y se la ponía detrás de la cabeza, en los hombros. Lo imagino en sus prostíbulos queridos;

las putitas, sus amigas y confidentes, se volvían locas. Y con razón.

Hoy puedo decir con certeza, qué era lo que mi madre esperaba, antes de desatar su extraordinaria energía a lo largo de Chile. Esperaba tener su propia casa, levantada por su esfuerzo, símbolo de su libertad e independencia. Desde ahí, poder entrar y salir sin complicaciones, sin que eso significara un desastre familiar.

Su punto de referencia, “la casa” donde sus hijos quedaban protegidos, al abrigo de las mudanzas y problemas. De vivir de allegados, digámoslo claramente.

En el ambiente radial, que era muy limitado en la época, mi madre tuvo la suerte de encontrar a Raúl Aicardi, periodista, director de programación de Radio Chilena. Tremendamente sensible al trabajo que ella realizaba. Confiando en mi madre le entregó un espacio cotidiano en la radio que dirigía. Este buen momento y decisivo para la difusión masiva de sus trabajos, sucede el año mil novecientos cincuenta y cuatro, el mismo año del viaje a Europa.

Todos los días a las 19 horas Violeta le hablaba a su patria. Meses y meses de programas que eran esperados con alegría y emoción por su público. Emisión tras emisión, quienes la escuchaban descubrían que Chile tenía una gama variadísima de músicas, canciones, instrumentos, danzas, leyendas. Revelación substancial para mí, esta mujer postergada por las autoridades, era amada y distinguida por su pueblo.

El sitio veintidós de la manzana catorce, se va transformando con el paso del tiempo y el progreso en calle Segovia 7366, La Reina. Los pocos vecinos que teníamos se unían a nosotros contagiados por el entusiasmo de mi madre y les servían de extras para los programas de Radio Chilena. Agasajados con cariño, mote con huesillos, sopaipillas, empanaditas y mistelas. Segovia siete, tres, seis, seis, se convierte en nuestra catedral.

Todo lo que ocurría mi madre lo consignaba en unos cuadernos grandes, personales, hechos especialmente para ella por el tío Joaquín Báez, marido de la tía Hilda. Él trabajaba en la papelera, y con restos de resmas de papel le fabricaba estos cuadernos de gruesas tapas color de papel de envolver. Mi tía y sus parientes cercanos lo llamaban *Cara de chaucha*. Apodo ganado en los combates de box amateur que realizaba para ayudarse y alimentar a su numerosa familia. En ocasiones se sacrificaba cuando el público no llegaba al circo, en donde su padre hacía hablar al muñeco don Cirilo. Para que esto ocurriera, el representante del circo se iba al bar más cercano del pueblo en busca del huaso que pegara más fuerte en la región, y se pactaba una pelea a doce vueltas.

Según mis recuerdos, era una persona tierna. Y adoraba a los niños. En estos combates boxeriles del circo se dejaba ganar, así el próximo circo que estuviera escaso de público, volvería a tener un lleno total.

Los primeros enormes cartones que mi madre pintó también eran provistos por este mismo personaje. Por otra parte músico de la orquesta del circo, tocaba pistón y saxo. Recuerdo veranos llenos de alegría y colores en estos circos, en donde todo el mundo tenía un puesto. Yo, el mío. Mi rol en la banda era tocar la caja, durante la operación llamada “convite”, salir por las calles del pueblo, tres horas antes de la función, a entusiasmar al público.

Si mi madre formaba parte del elenco artístico, era seguro que al final de la función yo bailarían cueca con la señorita más bonita de la “platea con los pies colgando”, según anunciaba el tony “canarito”, el más joven de los hermanos Parra, simpático y querido tío Nene.

Las funciones familiares eran para no tener que pagar salarios a otros circenses y así en familia, ayudarse. Solidarios.

Cuando mi madre volvía de sus viajes por Chile yo tenía sentimientos contradictorios. Por una parte contento de volver a verla, pero lamentando que se me terminara el periodo de libertad total que lograba durante su ausencia, en el circo o en la casa de La Reina. En sus regresos, los hijos éramos los primeros en escuchar las riquezas encontradas, que traía del sur o del norte. Nos entregaba sus tesoros como el mejor de los regalos que pudiera haber obtenido para volver a encantarnos.

La vida para mí no se detenía cuando ella se iba en busca de su música, o como ella decía: a desenterrar folklore a punta de papel y lápiz, para nada.

Siempre en busca de pequeños trabajitos que me permitieran ir mejorando el cotidiano, regar algún jardín, ayudar a las señoras en la feria a llevar las compras, siempre cositas livianas, adecuadas a mi pequeña estatura y peso.

En nuestra casa no teníamos biblioteca, no era necesario, no existían los libros. Mi madre los escribiría más tarde. Solo sus cuadernos llenos de poesía, de canciones. La música constituía parte esencial de nuestras vidas, arpas y guitarras no faltaban. No necesitábamos nada, ni radios ni tocadiscos.

Me pregunto, ¿cómo pudo hacer el trabajo de gigantes que llevó a cabo “contra vientos y mareas”, sin ayudas oficiales? Cuántas veces la acompañé a hacer antesala ante el único organismo que consideraba adecuado, creado para eso, la

Facultad de Música de la Universidad de Chile. Cuántas veces esperamos dos, tres horas que un burócrata la recibiera, para decirle por toda respuesta que volviera en quince días.

No es por rencor, pero hay que decirlo. Todo lo que realizó con amor por su pueblo, lo hizo con los organismos oficiales en contra. Lo curioso es que hasta el día de hoy le rinden homenaje. “Tanta vanidad, tanta hipocresía”, puedo oír su voz.

Para ellos era más importante, dentro de sus cabezas de alfiler, recibir a un intelectual, a un científico o a un político. No a esta mujer humilde, sin títulos ni diplomas y que, además, utilizaba ese lenguaje desconocido para ellos: patria, cultura, pueblo, dignidad, amor, tierra, justicia. No había que darle audiencia. La misma palabra que se usaba durante la Colonia. Audiencia. Real Audiencia.

Por algo decía mi madre, “en las venas les corre sangre de horchata” o “pellín para calentarse del frío de los gobiernos, llorando estoy”, cuando se refería al pueblo chilote.

Jugaba en contra suya, la manera franca y espontánea de ser. “Estudiosos” del folklore desde las oficinas, gente que no conocía el terreno. Le temían por su lenguaje directo, sin hipocresías, escapaban de ella o preferían ignorarla.

Estos recuerdos no son un arreglo de cuentas ni mucho menos. La otra cara de la moneda existía, felizmente: en primer lugar su madre, su hermano Nicanor, guía y consejero, Enrique Bello, Santiago Aguirre, Pablo Neruda, Isaías Angulo y Rosa Lorca, Teresa Vicuña.

Y sus tres hijos, Isabel, Ángel y Carmen Luisa, quienes, aunque sin conciencia, intuitivamente sabíamos que estaba en lo justo.

Me permito en este punto, ya que la maravilla de escribir nos da licencia, volver a mi infancia.

Más atrás en el recuerdo, calle Patricio Lynch. Barrio llamado Los Guindos, “La Michoacana”, residencia de Delia del Carril (Hormiga) y el poeta Pablo Neruda, en donde Violeta Parra, ya con su nombre ganado a punta de ñeque, realiza su primer recital ante un grupo de invitados que celebraban el cumpleaños del vate. Debe haber sido un gran momento para ella, yo guardo una memoria luminosa de esa noche.

Puede ser una coincidencia, lo veo como el comienzo del despegue de mi madre hasta las galaxias lejanas en donde se encuentra hoy. Es cierto que el

recuerdo es vago, era muy niño, pero es importante.

En algunas ocasiones el fenómeno de recopilación de las canciones, se producía ante nuestros ojos. Sus encuentros con las maravillosas mujeres de Las Barrancas: Rosa, Lastenia, Eduviges, Mercedes, le entregaban su sabiduría acumulada en siglos, simplemente, con la generosidad que tiene el pueblo, en el patio de sus casas, al lado de la artesa de lavar, alrededor del brasero. Para convencerlas solo algunas palabras de mi madre hacían falta. Que yo recuerde eran siempre las mismas: Chile, cultura, pueblo, dignidad, orgullo, tierra, amor y justicia. Palabras mágicas que poseían un gran poder de convicción. Las mismas que las autoridades se negaban a escuchar. Estas mujeres de vida dura, la comprendían y se unían a su trabajo. El acto de entregarle a ella ese patrimonio tenía la fuerza de, al mismo tiempo, devolverles una forma de dignidad perdida.

Cada una de las canciones entregadas a mi madre era como una sábana o un mantel limpiísimo que flameaba en el patio, un pan saliendo del horno, con el mismo amor lo hacían.

Y entonces Violeta Parra crecía, se multiplicaba por tres, por diez o por mil.

El primer encuentro entre mi madre y un isleño originario de la isla de Pascua, integrante de la familia Riroroco. Se produjo en nuestra casa. Diversión y deleite me produjo el día que lo vi y escuché por primera vez en mi vida. Cantaba en ese extraño idioma para un niño. Le enseñó una bella canción que mi madre grabó posteriormente el año 1955 para *Chants du monde*, en París. La canción se llamaba "Pai Mi Ti".

Todas estas experiencias, estos encuentros, mi madre los incluía en sus programas radiales. Desde el lugar en donde encontró a la cantora o el cantor, cuál era su entorno, qué se comía, con qué afinación acompañaba tal o cual melodía, qué fiesta religiosa celebraban. Sociología pura.

"Canta Violeta Parra" se llamaba el programa radial. Raúl Aicardi se dio cuenta de inmediato del éxito de público, por los millares de cartas que mi madre recibía. Nunca nadie en esa radio, ni el propio Cardenal José María Caro, ni la iglesia católica de Santiago y propietarios de la emisora, recibiría tantas cartas de agradecimiento de su pueblo.

Raúl Aicardi le recomendó a un joven hombre de radio, de nombre Ricardo García, para la redacción de los llamados libretos del programa. Fue una

colaboración fructífera. Luego trabajó siempre en la redacción de los libretos con el poeta Enrique Lihn, quien se dio cuenta rápidamente de que ella no lo necesitaba. Se juntaban en la plaza Egaña, sentados en un banco, donde transcurrían largas conversaciones sobre lo humano y lo divino. Los libretos radiales pasaban a pérdida. Recuerdo con fascinación su belleza caballuna y sus labios morados. Esto lo puedo asegurar, yo fui testigo.

Durante las ausencias de mi madre, yo volaba con mis propias alas por sobre el mundo que me armaba. Me permitía sacarle el jugo a esos espacios de libertad infantil, como ya ha quedado en claro. Solía sumarme a un grupo pequeño de niños, cuatro o cinco pelusitas como yo, mechales de clavos. Mi madre los llamaba “los cantaritos”, morenos, gorditos y muy despiertos. Hijos del dueño de la carretela con dos caballos de color azul colonial, razón por la cual a él lo llamábamos Azulino. Con estos “cantaritos” nos íbamos hacia el barrio Tobalaba que estaba mucho más poblado y era más elegante que el nuestro.

Pequeños chalets con hermosos antejardines sin rejas, preciosas flores crecían allí, las mismas que nosotros íbamos cortando para, amorosamente, convertirlas en ramilletes. Luego, subidos y colgados en los parachoques de los microbuses, vendíamos el producto de nuestra cosecha a la entrada del Cementerio General.

Para ganarnos unas monedas inventábamos oficios rápidos, eficaces; los poníamos en práctica durante nuestras visitas al Cementerio. El “pasar el trapito” consistía en esperar que el cortejo que había acompañado al muerto, regresara, antes de pasar al “Quitapenas” a ahogar la tristeza en unas cuantas botellas de tinto. Las avenidas del cementerio eran verdaderos tierraes, entonces, ahí estábamos nosotros, por una monedita le limpiábamos superficialmente la punta del zapato al grito de “¡le pasamos el trapito!”

Cuando mi madre regresaba de sus viajes, me costaba “entrar en vereda”, acostumbrado a la libertad callejera. Así decía ella. Poco a poco volvía a asumir mis pequeñas tareas.

En casa no teníamos electricidad, pagada quiero decir. Durante años, como todos los vecinos, nos colgábamos directamente de los tendidos eléctricos en la calle. Un cable eléctrico, o pedazos diferentes, unidos uno con otro, una caña de mimbre más otro trozo de madera, en la punta una forma de garfio que permitía engancharse en el cable oficial. De esa manera quedábamos “colgados” a la luz. Muy conscientes de no malgastar la electricidad nacional, solamente lo hacíamos al

atardecer, para descolgarnos al aclarar, antes de que pasara la camioneta inspeccionando.

En esa casa teníamos un perro pequeño. Tal vez la propietaria era mi hermana Isabel. Lo llamábamos Lucero. Este pobre animal, pagó en carne propia nuestra osadía de instalar este mediocre e inseguro sistema eléctrico. No teníamos otra alternativa. Manteníamos realmente una instalación precaria y, por lo tanto, peligrosa. El perro murió electrocutado.

Más escribo y más se aclaran o se confunden las ideas y los recuerdos, no lo sé con exactitud.

En el curso de esos últimos años, gracias al esfuerzo y a la claridad en los objetivos, mi madre avanzaba y al mismo tiempo nos arrastraba a nosotros, mejorándonos la calidad de vida.

Al fin tenemos el codiciado “arranque de luz eléctrica” y agua potable, también hay veredas, mi hermana Isabel las mantiene limpias.

Pasan por el barrio diferentes tipos de comerciantes, el vendedor de cloro: grita ¡va a querer el cloro, más cloro! Un señor de baja estatura casi redondo, ofrece ¡peinetas para peinarse y para el pelo! Ese es turco dijo el vecino. Su canasto lleno de pinches horquillas, agujas, dedales; otro afila cuchillos y el infaltable ¡estirooo sommieres!

Mi madre se ríe de mí y con justa razón. Mis deseos de avanzar en la vida, influenciado por Isabel y sus amigos que estudian teatro, danza, música, me llevan a inscribirme en el Conservatorio Nacional de Música para estudiar oboe, nada más y nada menos que ese instrumento difícilísimo. Mi maestro el profesor Romero, es además de instrumentista, solista en la Orquesta Sinfónica de Chile. También campeón de box amateur, así lo atestigua su chata y quebrada nariz.

Encuentra en mí un excelente y novel escucha para narrarme sus aventuras boxeriles con sus respectivos rivales. El maestro Romero detuvo mi fulgurante carrera de futuro oboísta al descubrir que me aprendía las tareas de memoria, rechazando la riqueza de la teoría y el solfeo, probado sistema de gran eficacia, durante siglos.

La Violeta al escucharme preparar las clases, me llamaba el encantador de lombrices, ni siquiera de serpientes. La calidad del sonido no estaba a la altura y yo tratando de sacar adelante el concierto para oboe de Jean Baptiste Lully. Por eso reía de buena gana. Como todos mis estudios, mi paso por el Conservatorio Nacional de Música, fue eso, lo que dura en el espacio una estrella fugaz.



## Segovia siete, tres, seis, seis

En nuestra casa de madera de la chacra San Carlos reinaba olor a aceite de linaza. Nada desagradable. A medio siglo de distancia, aún lo huelo.

Una vez por mes teníamos que darle una mano de aceite a la casa para que la madera no se secase y quebrara con el calor que nos entregaba el amigo Sol, a quien mi madre saludaba todas las mañanas.

Le agradezco a ella haberme entregado responsabilidades. Seguramente, como niño que era, no podía realizarlas a cabalidad, pero le ponía todo el empeño.

El techo se protegía con un líquido que se compraba en la misma ferretería de la plaza Egaña, donde también adquiríamos el aceite de linaza: eran galones de cinco litros y tenían un asa de grueso alambre para poder transportarlos. El encargado de estas compras era yo.

El regreso a casa, a partir de plaza Egaña, podía demorar hasta tres horas. El producto para el techo se llamaba Azalcon, de color rojo.

Volvía caminado lentamente, contemplando todo lo que sucedía a mi alrededor. Debe ser por lo lento del regreso que mi madre me apodaba "tortuguita".

En estas idas y vueltas por la avenida Larraín, ¿en qué demoraba tanto, qué hacía? Nada o más bien casi nada. Me sentaba largo rato literalmente a "pajarear" bajo los frondosos árboles, los miraba volar. ¿Llevaba solo un tarro en las manos y la cabeza vacía? No, en absoluto, usaba ese tiempo precioso para pensar.

Algo recurrente, hacía sonar las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón y me decía: el individuo que es multimillonario nunca lo será completamente, le faltan estas pocas que yo poseo. Este pensamiento me acompaña hasta hoy. No saben cuánto me reconforta.

Si me demoraba tres horas en volver a casa, era porque regresaba caminando. Mi madre me daba dinero para el pasaje del microbús. Yo prefería

guardarlo para mis gastos personales, mínimos, pero personales.

La casa prefabricada con olor a aceite de linaza se componía de tres piezas grandes; la primera, con dos ventanas a la calle, era el dormitorio de mi madre. Un salón comedor, puertas y ventanas mirando hacia la cordillera, que ella abría todas las mañanas saludando al día: “buenos días día, buenos días sol”, saliendo al jardín. Después, y con regularidad, me reclamaba por la falta de agua para regar las pocas plantas. Esta situación yo sabía cómo remediarla y me sentía muy importante. Con la pala al hombro me dirigía hasta la calle Vicente Pérez Rosales, en donde se encontraba el famoso “Café Mattern” y desviaba clandestinamente las aguas que abundantemente regaban las hermosas parcelas que rodeaban este local. Unos gangochos, sacos de yute; la calle Segovia y su declive hacían el resto. A mi madre le gustaba esta acción de justicia que su hijo realizaba. El justo reparto de las aguas.

Entrando, a mano derecha, se situaba la pieza de Isabel. Cocina, baño, y una última habitación que tenía una puerta independiente hacia el patio. Esa era mi pieza. Demostración clara, ella me iba soltando las riendas. Para después retomarlas.

La prueba de que el aceite de linaza es bueno para preservar la madera, es que la casa sigue allí. Protegiendo a otros miembros de la familia, bajo la mirada luminosa de la Violeta.

Una mañana vi salir a mi madre con una inmensa maleta. Pregunté: “mamita, ¿qué lleva ahí?”. “Ropa”, me contestó, “ropa para los mapuches. Me ausentaré algunos días, cuida la casa”. En verdad, la casa era el tesoro máspreciado que poseíamos.

Pensé en los ramos de flores expropiadas en los jardines del barrio y que vendía en el cementerio y las “pasadas de trapito”. Ante este aviso de libertad, se me alegró el día.

Iría en las mañanas a comprar “pan frío” a la panadería de la calle Los Maitenes. Así llamábamos al pan añejo a mitad de precio, el que luego devoraríamos con mis amigos los “cantaritos”. Me lo comía en redondo, con pequeñísimos mordiscos circulares, lo que hacía que me durara una eternidad. Esta especie de puesta en escena, que no era tal, con la cara de dios, como suelen llamar al pan, tenía la propiedad de molestar sobremanera a Isabel. Cuando ella terminaba el suyo, a mí me quedaba más de la mitad. “El que guarda siempre tiene.”

Algunos días después, un taxi, así se llama hoy, antes coche de arriendo, se detuvo en la puerta. Escuché su silbido característico, herencia de “Sombrero

verde”, mi padre.

Bajó mi mamá del auto con su guitarra y una extraña caja gris. No me di cuenta en qué momento había obtenido, después de enormes luchas, lo que traía en sus manos: era una máquina grabadora nueva. La vi feliz.

Una vez dentro de casa conectó el aparato mágico y me dijo: “escucha”. De esta máquina maravillosa salió la voz de una anciana que repetía y repetía lo que yo recuerdo como *puyu puyu peti ré puyu puyu puyu peti ré*, muchas veces. Sentí primero sopor, luego mareo.

La voz acompañada de un kultrún era de María Painén Cotaro. Nunca olvidé su nombre. Meica, curandera, machi, chamana, araucana. Rogativas, oraciones, no sé lo que contenían esos cantos. Acto seguido se puso de pie y me mostró los pasos de danza ritual con los que se acompañaba la invocación. Fue ese primer contacto con el pueblo mapuche, de manera profunda, en el terreno mismo, el que la llevó a comprender que, detrás de María Painén Cotaro, existía otro mundo, otra cultura, otro idioma, otra religión, otra tradición y que, si alguien debía dar a conocer esos cantos rituales, con el necesario respeto, tenía que ser un representante de ese pueblo. No tergiversar, no imitar ni mentir, mantener la autenticidad.

Muy cerca de nuestra casa vivía una pareja de mapuches. Mi madre conversaba mucho con la mujer, de qué, lo ignoro. Ella se llamaba Luisa y era muy inteligente. Discutía de igual a igual con mi madre. El marido se llamaba Juan, era panadero, fue quien me inició en las artes del “pan frío”. Bastante feo: ñato, labio leporino y en la mano derecha solo tenía tres dedos. Apodo “Juan tres dedos”. Hablaba mucho, pero no se le entendía nada. Con una sensibilidad y simpatía que solo demostraba cuando no estaba borracho.

Luisa venía a casa a ayudar en labores domésticas, lavar y planchar ropa. Vivían en la miseria, y sin ninguna posibilidad de salir de ella. Mi madre los ayudaba como podía. La Luisa está embarazada.

Una noche, muy tarde, escuché a “Juan tres dedos” pidiendo ayuda con su voz chueca. Le entendí clarito “mamita Violeta, ven a ayudar a la Lucha”. Aquella noche nació una niña, entre las manos de mi madre y el sufrimiento de Luisa. El recuerdo de la partera Rosa Lorca, estoy seguro, la llevó a asumir su responsabilidad. En medio de la rabia y el dolor, ella, dio a luz la canción “Yo canto a la diferencia”.

*Yo canto a la chillaneja*

*si tengo que decir algo*

*y no tomo la guitarra*

*por conseguir un aplauso*

*yo canto la diferencia*

*que hay de lo cierto a lo falso*

*de lo contrario no canto.*

*Les voy a hablar enseguida*

*de un caso muy alarmante*

*atención al auditorio*

*que va a tragarse el purgante*

*ahora que celebramos*

*el diez y ocho más galante*

*la bandera es un calmante.*

*Yo paso el mes de septiembre*

*con el corazón crecido*

*de pena y de sufrimiento*

*de ver mi pueblo afligido*

*el pueblo amando la patria*

*y tan mal correspondido*

*la bandera por testigo.*

*En comandos importantes*

*juramento a la bandera*

*sus palabras me repican*

*de tricolor las cadenas*

*con vigilantes armados*

*en plazas y en alamedas*

*y al frente de las iglesias.*

*Afirmo señor ministro*

*que se murió la verdad*

*hoy día se jura en falso*

*por puro gusto no más*

*engañan al inocente*

*sin ni una necesidad*

*y me hablan de libertad.*

*Por eso su señoría*

*dice el sabio Salomón*

*hay descontento en el cielo*

*en Chuqui y en Concepción*

*ya no florece el copihue*

*ya no cantó el picaflor*

*centenario de dolor.*

*De arriba alumbra la luna*

*con tan amarga verdad*

*la vivienda de la Luisa*

*que espera maternidad,*

*sus gritos llegan al cielo*

*nadie la puede escuchar*

*en la fiesta nacional.*

*No tiene fuego la Luisa*

*ni una vela ni un pañal*

*el niño nació en las manos*

*de la que cantando está*

*por un reguero de sangre*

*va marchando el cadillac*

*cueca amarga nacional.*

*La fecha más resaltante*

*la bandera va a flamear*

*la Luisa no tiene casa*

*la parada militar*

*y si va al parque la Luisa*

*adónde va a regresar*

*cueca larga militar.*

*Yo soy a la chillaneja*

*señores para cantar*

*si yo levanto mi grito*

*no es tan solo por gritar*

*perdóneme el auditorio*

*si ofende mi claridad*

*cueca larga militar.*

Con el nacimiento de esa niña, esa noche vino al mundo, la inmensa compositora Violeta Parra, abriendo las compuertas de su talento, al servicio del pueblo.

Durante ese tiempo trabajé brevemente en la mueblería de Luis Arce, marido aún de mi madre. Él, cada día más transparente, casi no se veía, fumador melancólico. La muerte de su querida hermana Flora, que desapareció de nuestras vidas muy joven, lo sumergió en ese estado. Su madre seguía ejerciendo fuerte influencia en él.

Mi madre cada día más entregada a su cruzada. Mientras menos ayuda recibía más crecía. Viajes al Norte chico, la fiesta de la Candelaria, la fiesta de Andacollo, Salamanca. Recorre Chile, buscando el alma del pueblo.

Me cambié de trabajo. Paso a ser niño de los mandados en una tapicería de automóviles, vecina a la mueblería, calle Brasil 453. Recibo mi primer salario de manos de un empleador. Frente a la tapicería se instaló una peluquería para damas. Viven en el segundo piso, tres mujeres de distintas edades.

En Concepción conocí la leyenda de las tres Pascualas. Tres mujeres se enamoran del mismo hombre que llega a la casa. La situación no es nada comparable, no soy aún un hombre; además, estoy de paso en la casa del frente.

Mi madre, como la aurora boreal, aparece y desaparece. De las tres mujeres, una es mi preferida.

A mí me gusta la más niña de las tres. Creo que yo no le disgusto, deber ser un poquito mayor que yo. Nos hacemos señas de sordomudos, desde las ventanas del segundo piso. La cita será en la plaza Brasil. Ella, nerviosa, mirando siempre por encima del hombro. “Voy a la novena del Niño”, me dijo, “en la iglesia de los Capuchinos”, y salió corriendo. Es el mes de noviembre, la novena dura hasta el 8 de diciembre. Mi corazón late aceleradamente.

Por esos días, y no sé por qué razón, yo dormía en la mueblería y mis posibilidades de verla todas las tardes aumentaban. Es así como me hice el más ferviente de los pequeños feligreses de la novena del niño Jesús. Todas las tardes, a

las seis en punto, entraba a la iglesia y me sentaba a su lado. Me acercaba lo más que podía. Ella, iba controlando mis movimientos, hasta que la cara externa de nuestras rodillas, al fin, se juntaba. Qué orgasmo ni qué ocho cuartos, ese era el goce máximo. Casi no cruzábamos palabra, nunca supe su nombre ni ella el mío.

En otra ocasión me dijo “voy a la misa de siete”. Yo había adquirido una corta experiencia como sacristán, y aunque forme parte de otra historia, merece que lo cuente.

No se distraigan.

Solemnemente vamos entrando con mi madre en una casa de tres patios, muy antigua, en calle Maruri, por Independencia al norte. A mi mano derecha está mi primo Alberto. Era el hijo menor del Nicanor Parra y de Ana Troncoso. A mi izquierda, otro primo, Roberto, apodado “el ratón”, hijo de la tía Hilda y del tío “cara de chaucha”. Es un colegio-internado para jóvenes descarriados, o me da esa impresión. Un ligero aire de prisión. Colegio del Espíritu Santo es el nombre.

Profunda vocación mística me descubrí al darme cuenta, a los nueve años, que este tipo de establecimiento, era lo más sensato. Vocación que me ayudaría a salir adelante en esta nueva prueba a la que me sometía el “todopoderoso”. En este caso preciso era la presencia de mis primos. Una carga para mí.

Esta repentina vocación me sirvió para hacer un rápido aprendizaje en la sacristía.

Recuerdo todos estos días como una experiencia demasiado pesada, de mucha responsabilidad para mis delicadas espaldas. Yo me ocupaba de estas dos “joyitas” que me confiaron. Me convertí en nodriza “nana”. El primero no sabía vestirse ni hacer su cama, el otro se meaba todas las noches. Por lo tanto, yo estaba obligado a realizar actividades extra matinales: sacar el colchón del “ratón” a secar al techo y hacer la cama y vestir a Alberto. Los dormitorios estaban en el segundo piso, lo que facilitaba el secado del colchón.

Esta situación me dejaba como el más lento: el último en bajar al desayuno y, por esa razón, obligado a limpiar los baños cotidianamente. No me oponía a la higiene pero, todos los días, era mucho.

Al Alberto, fino y delicado como un tulipán, necesitaba hacerle terapia, después que ingeríamos ese brebaje horrible, espeso y sin gusto definido que nos daban al desayuno. Alberto, llamado en familia “capurro”, con su cara de querubín y sus ojos verdes, pedía con voz muy suave: “a mí me sirve un techito simplechito”.

La campana llamaba a clases, todos revueltos, grandes y chicos en una misma sala: el caos mismo. A veces pienso que la orden era “que nadie aprenda nada”. Algo de diabólico presentía.

El Colegio del Espíritu Santo contaba con una espléndida capilla, con un altar de verdad. Un auténtico sacerdote venido de no sé dónde nos traía la comunión, a mi modo de ver de manera escandalosa.

El cura, con gran sentido teatral, lo hacía magistralmente. Solo su nariz, que goteaba intermitentemente, echaba a perder la obra. Dos acólitos en la vanguardia tocando campanillas desde la puerta de entrada. El cura al medio. En la retaguardia otros dos llevando el estandarte del colegio. Sagrario, cáliz, vestimentas y los implementos del cura, los colores según el domingo que tocara. Todo lo aprendí. Con esta actitud de vocación cristiana revelada, en muy poco tiempo logré hacerme notar ante los ojos de la directora, doña María Carrasco, viuda de Parada.

Descubrió ella, o la profesora era una busca talentos, que yo leía estupendamente bien y con excelente dicción. Fui entonces elegido para leerle, cada noche, a esta señorona, la preparación para la muerte. Sentado en una silla alta, los pies colgando. Su mesa de noche convertida en altar. Ella, en su cama. Una caja de chocolates, que mantenía controlada con su mano derecha, me daba ánimos, cada cierto tiempo la abría con los ojos cerrados y se comía uno. Me imagino que no me convidaba porque no se puede leer con la boca llena, mucho menos, la preparación para la muerte. ¿Por qué me tenía que tocar a mí?

Todas las noches, terminada mi sagrada misión, debía atravesar interminables pasillos, oscuros y aterradores. En otras palabras, “penaban” los fantasmas; eran amos y señores, según la directora.

Estaba muy consciente de que no me convenía quejarme ya que, por las tardes, mientras los otros alumnos estaban en el caos de la sala de clases, yo leía diversos y escogidos párrafos de la Biblia a doña María Carrasco, viuda de Parada y a sus invitadas: una colección de monjitas pálidas y cortas de vista, invitadas a tomar “onces” abundantes, con pastelillos, picarones, calzones rotos y otras delicias preparadas por el personal de cocina. Las provisiones que los padres enviaban a sus hijos internos, dulces, mermeladas y otros, eran devoradas por las monjitas, sin asco.

Mis vocaciones o aptitudes clericales nos abrieron muchas puertas, incluso las del internado. Cuando la noticia se conoció, que un nuevo cristianito venía a engrosar las filas, y que lo hacía con propiedad, fui designado para ayudar en la

misa de la tarde en la iglesia de La Estampa, situada en plena avenida Independencia. Además, podía elegir mi segundo, raro privilegio. Escogía indistintamente a mis dos primos. Cada deceso en el barrio era una oportunidad de salir del internado, nos “pedían prestados” o nos seleccionaban para rezar el rosario, como quien elige la fruta en el mercado.

La rápida pérdida de peso de los tres niños fue argumento más que convincente para retirarnos del Colegio del Espíritu Santo al cuarto mes.

De tal manera que, cuando la vecinita dijo “voy a la misa de siete”, me fui a ofrecer al cura de la iglesia de los Capuchinos. Era un franciscano, hasta hoy son ellos los que offician en la iglesia. Después de dos o tres preguntas básicas fui aceptado.

Me acordé de los exámenes, en las escuelas primarias, donde mi madre creía que yo algo aprendería. Alguna autoridad religiosa poseía. Fui yo quien eligió la iglesia donde bautizamos a Carmen Luisa. En la foto se ve que me muevo con soltura junto a la pila bautismal.

Seguramente, el prestigio me subió ante los ojos de la más pequeña de las tres mujeres de la peluquería de enfrente, desgraciadamente se había terminado el maravilloso contacto físico.

No más encuentro de rodillas en los fríos bancos de la iglesia. Concentrado en mi actividad, a la que me entregaba de manera casi místico-profesional, llegué a olvidar que esto lo hacía por ella, para impresionarla. La perfección de los gestos y las respuestas en latín, me hicieron perder de vista lo esencial: la muchacha. Mi madre, no tenía ni la menor idea de que yo era un beato sacristán.

¿Cuánto duraban estos ciclos? No hay registros, nadie se preocupaba de llevarme un diario de vida. Yo no sabía que existían. Llevaba una vida intensa, plena de actividades.

Debe haber sido por estas fechas que un día me presenté en la puerta del taller de reparaciones de bicicletas “El rápido” donde mi padre ejercía sus talentos de fino mecánico, en la calle Varas, en el pueblo de Llay-Llay. Me pregunto si fueron mis primeros arrestos libertarios y los llevé a cabo de manera independiente o si fue mi madre que me puso en el tren en la estación Mapocho. Muchas veces creemos que somos independientes, y no vemos la fina cadena que nos ata.

Buenos recuerdos guardo de esos días. La mujer de mi padre, Maria Cabello, me tenía simpatía, yo le correspondía. Al desayuno huevos revueltos, pan con mantequilla y mermelada. Los huevos eran caseros. Con mi padre hablábamos

de política. De bicicletas. Siempre me interesaron ambas. ¿O el que hablaba era mi padre y yo escuchaba?

Mi madre me dijo alguna vez que, desde muy pequeño, a los tres años, improvisaba discursos políticos. Tengo entendido que estas improvisaciones divertían a porfía al tío Tito, sobrenombre familiar de Nicanor Parra. Bastaba que me subieran a una mesa para que yo comenzara de inmediato. Nunca le pregunté si eran discursos coherentes.

La culminación de ese viaje de reencuentro con mi padre fue un 18 de septiembre feliz. Frente a la estación ferroviaria, donde aún está, en medio de la plaza, el busto de Manuel Rodríguez. Discursos patrióticos, desfile de bomberos y estudiantes, concursos de cueca. Mi padre me pregunta si sé bailar. Demostración clara de lo lejos que habíamos estado. “Por supuesto que sé bailar”. “Entonces, invite a esa niñita, es hija de la vecina y baila como una reina”. Acostumbrado a asumir, la saqué a bailar. Mi padre me pasó un pañuelo blanco inmaculado, ella aceptó. Otras parejitas salieron a la pista. Se fue haciendo la selección natural y fue así como nos convertimos en campeones de cueca de Llay-Llay.

El trofeo, dos botellas de vino. Mi padre dio buena cuenta de ellas, yo aún no tomaba ni fumaba. Y el padre, orgulloso, orgulloso, de su hijo. Bonito, ¿no? Con ese diploma regresé a Santiago.



## Una lágrima escondida

Me confundo en imágenes, momentos, grandes dichas, dolorosas pérdidas. Por instantes me divierto, como si estas historias me las contara una voz que, a su vez, quiere divertirse a costa mía. He dejado más de una lágrima escondida en estas páginas, un sentimiento de no estar haciendo bien las cosas, busco justificarme y no sirve.

Mi vida al lado de mi madre fue un largo romance, infinitas décimas, cientos de canciones, ropa limpia, ensaladas de colores, despertares dificultosos, hermanas distintas y cariñosas, tíos juguetones, abuela severa y justa.

Nunca supe porqué a ella le gustaba celebrar su santo, el dieciséis de julio, las cármenes se dice, sin más; quiere decir que son muchas. La virgen de La Tirana, fiesta paganorreligiosa que mi madre descubrió con asombro gozoso. Se celebra el día del Carmen, a noventa kilómetros de Iquique. Se reconocía como Violeta del Carmen entonces, descubrirlo me alegra.

“Qué impotencia”, decía; “no tener una cámara cinematográfica para poder filmar esas imágenes únicas”, descubiertas en el norte grande. Las cofradías con sus bailes desmesurados en coreografías, en duración, en consumo de alcohol; alucinógenos de todo tipo, para poder resistir los siete días de fiesta en homenaje a la virgen del Carmen, llamada Tirana. Y continuar los días que siguen con la Tirana chica. La imagen, el sonido, hubiese querido plasmarlo todo y lo hubiera hecho. Como se dice hoy, no tuvo la infraestructura.

Por esa razón se me juntan y separan las imágenes y los recuerdos y no me importa el tiempo ni el orden en que ocurrieron. Ocurrieron y punto.

A mi madre le gustaba el cine, me llevó en más de una ocasión. Las películas *Mon oncle*, *Monsieur Hulot*, *Si todos los hombres del mundo*, *El globo rojo*, las vimos juntos, sin preparación previa, pasábamos delante del cine, miraba los afiches y me preguntaba: “¿quieres ver esta película?” Y sin esperar respuesta entrábamos y veíamos el film.

Otra “experiencia” con mi madre, cercana al cine, fue la participación en una sección del noticiario de Emelco. Debo retroceder en el tiempo.

Tendría seis o siete años. Mi rol era salir bailando entre cientos de huasos. Bailando cueca solo. Breve, pero no deja de ser. El director argentino se llamaba

Boris Hardy, seguramente las cuecas las cantaban las hermanas Parra.

Antes del ejercicio cinematográfico, viví uno teatral, debo volver mucho tiempo atrás. Visita Chile una compañía española. El éxito de sus obras es muy grande; se instalaron en el país "con camas y petacas". Mi madre estaba en plena época "Violeta de mayo" sintiendo las canciones españolas. Dramáticas, como las obras que presentaba la compañía. El director, Doroteo Marti hizo llorar a todo Chile con sus comedias. Me marcó este recuerdo, tengo presente hoy, el nombre de la obra, *Mi santa madre*. Se presentaba en el Teatro Politeama, cercano a avenida Matta. Estoy seguro de que mi hermana Isabel participaba, ciertamente en un rol adecuado a su corta edad. Yo aparecía al final de la pieza, en los brazos de la actriz, es decir Violeta. Guardo un recuerdo preciso de un disparo que debía sonar en determinado momento de la obra. Esperaba mi turno observando lo que sucedía entre bambalinas. Un tramoya debía dejar caer un largo trozo de madera de dos por dos, era el disparo, caída que jamás coincidía con lo que ocurría sobre el escenario. El tramoyista, no veía la escena. Hoy en Madrid se puede visitar el museo Doroteo Marti.

Mi madre no le tenía miedo a nada ni a nadie. Todos los trabajos eran dignos, todas las empresas posibles. No olvidemos que llegó a ser la mejor cantante de coplas españolas en Chile. A riesgo de repetirme, su modo de interpretar venía de profundo. Mucho tiempo después supe que a esa gracia al interpretar, los amantes del cante jondo, le llaman duende. Me detengo un momento en esta etapa. Personalmente pienso que fue de gran importancia para ella.

Estas canciones, a pesar de lo dicho antes, criticándolas por no ser una auténtica expresión del flamenco más puro, a mí me encantaban. Para mi alegría y goce las ensayaba en casa. De otro modo no me explico cómo conozco, al dedillo, todas las letras. Algunos títulos: "La bien pagá", "Si vas a Calatayud", "El Baturro", "Julio Romero de Torres", "La morena de mi copla", "La Parrala", etc.

Su carrera fue exitosa, no olvidemos. No cualquiera actuaba en las confiterías elegantes del centro de Santiago, "El Goyesca", "El Casanova". Isabel bailaba con muchísima gracia y talento.

En esta experiencia no se le iba la vida, sabía que la carrera estaba ganada de antemano. Cantaba las canciones españolas con el alma, pero no eran las suyas.

Generosa con sus hijos, cada vez que podía nos entregaba una nueva herramienta para enfrentarnos en el difícil camino de la vida. Desgraciadamente, conmigo no siempre resultó. No logró que aprendiera a bailar farruca. Nunca pude incorporarme al cuadro musical ibérico, pero fui testigo.

Los recuerdos aparecen y desaparecen, son estrellas fugaces. Una frase magnífica atribuida a Einstein: *el conocimiento es limitado, la imaginación es infinita*.

Los recuerdos rescatados de tan lejos son nada más que eso, imaginación única e irrepetible. Aun haciéndolos míos, no puedo responder de su autenticidad, y es eso lo que más gusta.

Nuestra vida podía ser lenta, jamás monótona. Un día cualquiera Violeta nos dijo, “el Partido me invita al Festival de las Juventudes del Mundo, a realizarse en Varsovia, Polonia”. No sé si nos alegramos o entristecemos. Ella era feliz, en ese estado daba la impresión de que no tocara el suelo. El golpe debe haber sido para Luis Arce, al mismo tiempo le comunicaba que debía hacerse cargo de su pequeña hija Rosita Clara, hasta su regreso. Luego no recuerdo nada, ni despedida ni aeropuerto, solo una que otra carta en una primera etapa. Sentí frío, eso sí.

Una violenta imagen me vuelve a la cabeza, una noche muy helada, estoy golpeando la puerta de una mujer de la vecindad. Enfermera, conocida de mi madre de juventud. Felizmente olvidé su nombre. Grito: “por favor, fulana, ¿puede venir a casa conmigo? Rosita Clara está enferma”. Respuesta negativa. Regreso a casa. Luis Arce arropó a la niña y salimos en busca de un taxi. Segunda imagen precisa: Luis y su hermana Flora en un enorme ascensor del hospital Arriarán, en una camilla demasiado grande para su pequeño cuerpo, el cadáver de Rosita Clara.

Desde Paris mi madre escribe “Versos para la niña muerta”:

*Cuando yo salí de ahí*

*dejé mi guagua en la cuna*

*creí que la mamita luna*

*me la iba a cuidar a mí*

*pero como no fue así*

*me lo dijo en una carta*

*pa' que el alma se me parta*

*por no tenerla conmigo*

*el mundo será testigo*

*que he de pagar esta falta.*

*La bauticé en la capilla pa'*

*que no quedara mora*

*cuando llegaba la aurora*

*le enaguaba las mejillas*

*con agua de candelillas*

*que dicen que es milagrosa*

*mas se deshojó la rosa*

*muy triste quedó la planta*

*así quedó la que canta*

*su pena más dolorosa.*

*Llorando de noche y día*

*se terminarán mis horas*

*perdóname gran señora*

*digo a la virgen María*

*no ha sido por culpa mía*

*yo me declaro inocente*

*lo sabe toda la gente*

*de que no soy mala madre*

*nunca pa' ella faltó el aire*

*ni el agua de la vertiente.*

*Ahora no tengo consuelo*

*vivo en pecado mortal*

*y amargas como la sal*

*mis noches son un desvelo*

*es contar y no crerlo*

*parece que la estoy viendo*

*y más cuando estoy durmiendo*

*se me viene a la memoria*

*ha de quedar en la historia*

*mi pena y mi sufrimiento.*

Del regreso de mi madre de Europa, tampoco guardo imágenes. Me acostumbré a su ausencia, sabía que volvería. A Isabel le trajo unos vestidos, me llama la atención uno en particular, es de papel. A mí, un reloj.

Su casa está ocupada, no, poblada, por mi abuela materna. Vivo por esos días con mi hermana Isabel. El regreso de mi madre nos abre un mundo nuevo. Sus compañeros de viaje y otros comienzan a venir asiduamente. Periodo de fiestas entretenidas en casa. Para mí todo es un regalo, observo, retiro vasos a medio llenar, en la cocina doy buena cuenta de ellos. Feliz.

Violeta pinta y pinta, óleos que reproducen estas fiestas. Todos aparecemos en sus cuadros, Carmen Luisa, Tita, Isabel, el perro, yo, en diferentes actitudes. Solo yo me reconozco. La separación con Luis Arce se consumó hace rato.

Mucha vida de café, a la parisina. Libre como el viento. Usa un abrigo blanco de cuero, medias de colores, una roja, otra verde. Las mujeres se ríen, los hombres se espantan. Imposible ser original en un pueblo chico. Se junta con los amigos todos los días, entre las doce y las catorce en el café Sao Pablo, calle

Huérfanos. Muy pocos de ellos tenían teléfono. A mi madre le conectaron ese servicio tres años después de su muerte. La gente se veía y conversaba mirándose a los ojos. Nadie de mi edad, circulaba por ahí, en ese lugar no había más niños.

El café Sao Paulo era también el punto de reunión de refugiados españoles, intelectuales. Jugaban ajedrez. Víctor Jara, joven estudiante de teatro, aparece tímidamente e inicia cariñosa amistad con Isabel. La escuela de teatro se situaba a media cuadra, en Huérfanos 1117. Miguel Littin también daba sus primeros pasos en el oficio en la misma escuela. Raul Ruiz estrenaba su primera obra de teatro, siendo estudiante de leyes.

Para mí, esos años son plenos, estudios abandonados definitivamente, mucha vida social y uno que otro amor juvenil. Durante este tiempo fui secretario, jardinero, cocinero y cartero. Todos estos oficios los realizaba para facilitarle la vida a mi madre, quien pasaba su tiempo escribiendo, componiendo y mandando cartas.

Para mí era un juego serio cada una de las actividades que realizaba para ella, las hacía con la convicción de que servían a su diseño. “Ya verán” decía, “se acordarán de mí”.

Desde La Reina bajaba trotando hasta el Correo Central; muchas veces, sin zapatos y otras, con unas finas zapatillas que usaba mi madre, en pleno invierno. Era lo que más me gustaba hacer. Me sentía importante, cumpliendo una misión, era libre corriendo por las calles, poco tráfico de vehículos. A veces, llovía y el calor del cuerpo se juntaba con el frío de la lluvia, creando en torno a mí un aura de vapor. Como los caballos después de galopar.

¿A quién le escribía mi madre? No lo sé. Tal vez a sus pocos amigos en Paris, a algún secretario general de la universidad que la rechazaba, por enrostrarle su estupidez. Al burócrata de pacotilla. A mí me parecía que recibía poca respuesta para tanto esfuerzo.

Desde las seis de la mañana ya estaba en actividad. A las ocho la comida lista, le quedaba el día entero para lo suyo.

Pulsaba la guitarra con las yemas de los dedos, era un sonido suave. Yo dormía escuchando su música. Treinta años después reconstituí dos piezas para guitarra sumergidas en la memoria. Compuso más de veinte piezas para este instrumento.

Me tomaba muy en serio mis oficios. Para servir correctamente a mi madre a veces me sorprendía pensando: qué voy a cocinar mañana.

Isabel y yo la acompañamos en distintas batallas. De casi todas salimos

airosos, fotos de época dan testimonio. Recitales en Santiago, en el Salón de Honor de la Universidad, en la Biblioteca Nacional. Después de esas presentaciones que respaldaban su trabajo como una expresión de la cultura popular, fuera del marco, restaurante, fonda, rodeo, quinta de recreo, y todas esas manifestaciones llamadas huasas. Muy cerca de la frontera, por qué no decirlo, de las borracheras. Situaciones que mi madre más detestaba en la vida. Las experiencias, paterna y matrimonial, la dejaron traumatizada con sus borracheras de pesadillas.

Mi padre mucho aportó con sus excesos para que la Violeta odiara el alcohol. A mi madre jamás la vi en estado de ebriedad. Aborrecía el cigarrillo. Su único vicio era el trabajo.

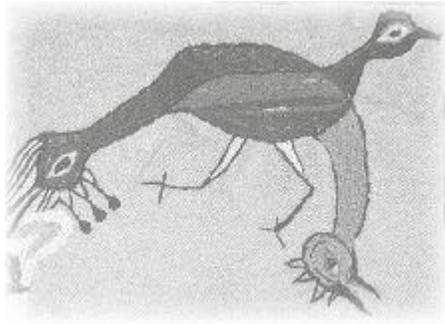
¿Qué quiso enseñarnos? A ser autónomos, independientes, honestos y solidarios. Aprender a estar solos. Sin darse cuenta, o tal vez consciente, sus exigencias diarias, desde el aseo personal, hasta saber apreciar la naturaleza, nos fue sacando progresivamente de la ignorancia. “El peor enemigo del hombre”, según sus palabras.

La ignorancia es lo que mantiene a los pobres fuera de la posibilidad de ver que hay otro mundo. Cambiar de situación en la vida, acceder a la educación, si no tienes los medios económicos y un entorno familiar que te ayude es absolutamente imposible.

La pobreza con su carruaje cargado de mugres, hambre, analfabetismo, incestos, se va enredando en el cuerpo, como una serpiente, que solo busca derribarte. Una vez en el suelo, no te levanta ni Cristo. Nosotros salimos inmaculados de la ignorancia, no así de la necesidad, con un sentimiento de clase más diáfano que nunca.

Mi madre no nos daba consejos, nos daba ejemplos. Sin un peso, pero con su ejemplo salimos adelante, rompiendo ese círculo infernal que es nacer pobre y sin educación. Puedo decir que fuimos hechos a mano. Gracias Violeta.

Para ella, la soledad no existía. Habitada por sus propios fantasmas, certezas y talentos.



## **Concepción, Museo de arte popular**

Los recitales organizados por ella, en lugares donde habitualmente no se acostumbraba escuchar música chilena, fueron la mágica llave que le abriera las puertas de la Universidad de Concepción como invitada, para que creara el primer Museo de arte popular y folklórico. No sé cómo pudo lograrlo en tan corto plazo. Con qué recursos. Solo con el sueldo mensual, al cabo de tres meses de trabajo de terreno, Hualqui, Santa Juana, Florida, los alrededores de Concepción, inauguró el museo.

En esa época yo no estuve muy presente. Mis hermanas Carmen Luisa e Isabel pasaban más tiempo con ella. Aquí va el porqué.

El imponente edificio del “Liceo Enrique Molina” se levantaba justo al frente de la Escuela de Bellas Artes, donde vivíamos. Tiene que haberla inspirado, dándole la idea de que yo tenía la oportunidad de mi vida gracias a esa vecindad y de que era el momento de reanudar mis alterados estudios.

Vuelvo a cruzar el umbral de una casa de estudios. Otra vez estoy dando examen de “madurez”. Lo esencial: leer, escribir, sumar, restar y las famosas tablas de multiplicar. Fui aceptado sin haber pasado por la educación primaria, en Primero de Humanidades.

Creo haber sido un estudiante mediano, no mediocre. Nunca más allá de un cuatro y fracciones en las notas máximas. Con una gran llegada con los profesores, con quienes podía conversar de otras cosas que no fueran “las materias”. Eso lo valoraban.

No vi la vertiginosa progresión del museo. Como todo lo que hacía. Ubicado en la calle Caupolicán número 7. Inmueble de la Escuela de Bellas Artes en la ciudad de Concepción.

Las dos enormes piezas donde se instaló el museo, recibieron a mi madre con generosidad. Grandes ventanales, maderas. Protegidos en vitrina, documentos, letras de canciones, una vitrola, ponchos y calabazas labradas, estribos y artesanías locales van, poco a poco, llenando las dos salas.

Envuelto en las brumas, pierdo de vista a mi padre, “Sombrero verde”, Luis

Cereceda. Me gusta mucho ese sobrenombre que le puso mi madre. Me imagino un personaje inspirado de una pintura de Magritte. Sé que nuestro encuentro está pendiente. Creo tener nostalgia de él.

Mi madre compone música para el poema de Gonzalo Rojas, "Los Burgueses": despliega su energía y talento generosamente, en Concepción.

*He comido con los burgueses,*

*he bailado con los burgueses,*

*con los más feroces burgueses,*

*en la casa de los burgueses.*

En el internado del Liceo Enrique Molina, establezco una relación amistosa con Rodrigo, hijo de Gonzalo Rojas. Él era medio pupilo, pernocta en su casa. Hasta el día de hoy lamento haberlo perdido de vista.

Los muchachos compañeros de internado no tardaron en enterarse quién era mi madre, me apodaron "Violetón". Me gusta el sobrenombre. Lo asumo.

Un inspector del internado, con el cual simpatizaba, llamado "el señor Eguiluz", era apenas seis años mayor que yo y muy pronto hicimos contacto. Normal, él cantaba en el coro de la Universidad de Concepción. Por la forma del bigote pienso que era barítono.

Gracias a esta nueva etapa en el camino de mi madre conocí a personas maravillosas: Pablo de Rohka. Llegó una mañana con una maleta con sus libros y unas telas pintadas por su mujer, Winnet. Este gigante de la literatura chilena, jamás reconocido, vendía sus libros y los cuadros de su mujer, puerta a puerta, a lo largo del país. Qué maravilla, abrir la puerta de casa y encontrarse con un hombre como él. Un hombre que ha escrito ese poema llamado "Epopéya de las comidas chilenas" tiene que ser extraordinario.

En esta oportunidad lo acompañaba otro señor de su edad, creo recordar que su nombre era Daniel Belmar, escritor también. Una voz de trueno se hizo escuchar desde la entrada del gran corredor. “¡Quiero ver a Violeta Parra!”

Mi madre salió a recibirlos. Abrazos y saludos cariñosos. “Necesito urgente una chupilca”, dijo don Pablo; “¡serán dos!”, repitió Daniel.

Veo la escena bajo ese magnolio gigante. Mi madre cocinó para ellos una cazuela a la chilena. Comían de manera desordenada, ensaladas de tomates y cebollas. Se discutía de política, poesía, terremotos, pasiones, y naufragios.

Don Pablo era, para un niño como yo, un gigante glotón, que discutía y amenazaba literariamente a su querido amigo. Desacuerdo total, luego de haber estado en completo acuerdo estos dos gigantes.

Don Pablo se pone de pie, don Daniel lo sigue. Dos boxeadores peso pesado van a enfrentarse, bajo el bello y fragante magnolio. Se estudian un momento, atacan al mismo tiempo, caen al suelo y ríen a carcajadas como dos niños que han hecho algo prohibido.

Mi madre saca su guitarra y canta. Los colosos están embelesados.

Pablo de Rokha dirá en su poema “Ira”:

*Por eso es pueblo y dolor popular,*

*complejo ecuménico en su sencillez,*

*porque el pueblo es complejo y sencillo,*

*tremendo e inmortal,*

*como sus héroes, criados con leche de sangre.*

*Saludo a Violeta como a una cantora americana de todo lo chileno,*

*chilenísimo, entrañablemente popular,*

*sudado y ensangrado*

*y su gran enigma,*

*y como a una heroica mujer chilena.*

Vivía en la Escuela de Bellas Artes, un joven artista plástico de origen mapuche. Él no estaba conforme con los dones que el cielo le había dado y se sentía disminuido ante los otros artistas. Tenía una sed de vino que no se aplacaba con nada. Julio Escámez, pintor y muralista. Misterioso, tímido, oriental. Con mi madre mantenía una relación intelectual intensa. ¿Tal vez algo más? Los curiosos se quedarán con las ganas, no sé nada más. A pesar de que últimamente han aparecido cronistas que cuentan historias de tercera mano. Como los implicados ya no son de este mundo es muy fácil inventarles historias.

El inolvidable amigo Humberto Alfonso, talentosísimo escultor en alabastro, músico y dibujante. Tengo grabada en la memoria la figura de un busto femenino en alabastro, que trabajaba con sus pequeños dedos. Años después, en París, en el museo Rodin, descubrí las mismas figurillas hecha por el maestro francés. “Damas de la aristocracia chilena”, estoy convencido de que las hizo el chico Alfonso en otra vida. Gran sensibilidad y exquisito humor.

Alfonso llevó un día a casa de mi madre a Olguita Muñoz, soprano del coro de la Universidad de Concepción y ferviente admiradora del trabajo de mi madre. Él, en el mismo coro, era bajo. Yo me sentía muy bien con ellos, eran todos de mi estatura, creo que el primer escote que miré con atención fue el de Olguita.

Mi madre, al escucharla cantar, llena de admiración por la joven soprano le dijo “ven mañana y tendré una melodía para que la aprendas”. La melodía la compuso sobre la marcha. Era un homenaje a Nemesio Antúnez, a uno de sus cuadros y se llamaba “Los manteles de Nemesio”. Olguita Muñoz llegó a cantarla maravillosamente bien.

La amistad de Violeta con los artistas plásticos la plasmó en las portadas de sus discos: “La cueca”, realizada por Julio Escámez y “La tonada”, por Nemesio Antúnez.

Mi amistad con el señor Eguiluz se ha desarrollado ampliamente y a esta altura puedo llamarlo Eguiluz.

Estas relaciones hacen que milagrosamente las puertas del internado se abran a menudo para mí. Yo paso casi la mayor parte del tiempo con estos muchachos, todos muy jóvenes, en los bares cercanos al internado, bebiendo cervezas y fumando. Me sentía de la misma edad, estudiantes universitarios de primer año.

Ellos venían de lejos, de más al sur, probablemente era la primera vez que dejaban sus casas y familias. El coro universitario dirigido por un señor de pelo blanco, de apellido Jünge, se convertía en una familia de substitución.

El rector de la Universidad de Concepción, David Stichkin, fue quien tuvo la sensibilidad de intuir que Violeta Parra necesitaba ese trabajo. Desgraciadamente, algunas manos negras desvalijaron al poco tiempo el museo.

Como dije antes no estoy arreglando cuentas atrasadas, conozco el nombre del desvalijador y si sus herederos lo saben como yo lo sé, deberían devolver ese patrimonio a la Universidad de Concepción. Si así no fuera, “corramos un tupido velo”. Caso cerrado.

A mi madre se le terminó el contrato. Me quedé solo en Concepción. Solo, es una manera de decir, ya tenía una familia de reemplazo, primas lejanas de mi madre: tía Blanca y tía Olga, propietarias del bar “La Playa”, a dos pasos del antiguo mercado, en calle Caupolicán. En el bar “La Playa” recuerdo dos personajes pintorescos con los cuales la Violeta tuvo que ver.

Mi madre no perdía ocasión de buscar y encontrar algún anciano o anciana para sacarle todo lo que supiera en materia de canciones, leyendas, danzas. No paraba nunca de trabajar. En las afueras de este bar descubrió una viejecita que vendía solo cilantro y perejil, verduras livianitas de llevar. Verduritas adecuadas para ella, que era flaca y chica, arrugadísima y sin dientes. La viejita se instalaba en la puerta del negocio a vender sus precarios productos. Cada vez que vendía algo entraba y mi tía Olga le servía un vasito pequeño, como un dedal, de vino pipeño. Violeta estaba convencida de que esta anciana le transmitiría tesoros literarios y musicales. Sin apurarla, la empezó a cortejar, que un vinito, otro día un caldito, y cuando la viejita estuvo en confianza, mi madre le preguntó si recordaba alguna canción.

La anciana se hizo la desentendida y al momento de partir le dijo “mañana

nos vemos de nuevo". Al día siguiente la misma historia, pero al irse le prometió algo para el día siguiente. Yo miraba a la anciana y pensaba "esta señora va a tomar y a comer, pero no va a entregar nada".

Mientras tanto en el bar la vida seguía su curso, entraban grupos de trabajadores que pedían cerveza por metro cuadrado, curaderas tristes. Eran bienvenidos al llegar, recién pagados, y expulsados al final, sin un peso. Bebían una, dos, tres cervezas y al baño, ritual que seguían religiosamente hasta estar completamente borrachos.

Al tercer día apareció la vieja del cilantro y dice; "ya Violetita, le voy a cantar algo". Mi mamá preparó la grabadora y la viejita cantó:

*Por la puta puta la puta de tu madre*

*Por la puta puta la puta de tu madre, con ritmo de cueca y tañando en la mesa.*

La vieja reventó en pequeñas carcajadas que la hacían zangolotearse, al tiempo que se golpeaba lo que le quedaría de muslo. La tía Olga, que era tentada, y conocía muy bien a la viejita se llegó a mear de la risa, le sirvió un dedal de pipeño a la vieja y este cuento se acabó.

El otro personaje era cocinero en el restaurante de "La Playa". Homosexual y muy dado a las confidencias con mi madre. Pretendía filosofar haciendo comentarios sobre sus historias, mi madre escuchaba con santa paciencia. Regularmente, después de agregar un comentario sabroso con relación a lo que acababa de contar, le golpeaba la espalda diciéndole: "así es la vida, Violeta Pérez, me voy a depilar".

Mi madre fue una persona moderna, totalmente tolerante, y entre sus amigos hubo homosexuales y lesbianas en una época de Chile en que la sociedad hipócrita bien pensante ocultaba y condenaba todo lo que se saliera de la regla.

A causa de la hipocresía de la mal llamada alta sociedad chilena, por ser quien dirige decide e influye, católica apostólica, hemos sido uno de los últimos países en el mundo de obtener ley de divorcio. El aborto es ilegal. No hay que olvidar que durante el gobierno "del traidor", fines de los cuarenta, "se fondeaban" (tiraban al mar) a comunistas y homosexuales.

Mi madre, no sacrificó su vida privada para llevar a cabo su labor. Vivió de la manera más intensa que un ser humano puede vivir. Transformó en un todo lo público, lo íntimo. Transparente como una copa de cristal

El estar en permanente movimiento tenía su razón de ser, sabía perfectamente donde quería llegar. Sus hijos, independientes, fuimos y somos lo que ella quiso que fuésemos.

Como ella, me considero autodidacta, con la ventaja de haber estado con las antenas puestas a su lado. Si no me hubiera formado como lo hizo, a su manera, tal vez no estuviera en este instante reconstruyendo su figura a través de mis recuerdos de infancia.

Adelantada a su tiempo, con visión de futuro, auténtica revolucionaria.

No sé cómo regresa de Concepción a Santiago la familia. Sí recuerdo claramente mi viaje de vuelta.

Al restaurante de la tía Olga llegaban a comer los camioneros que llevaban y traían productos al mercado de Concepción. Uno de ellos, don Manuel, enamorado de mi tía Olga, como casi todos los clientes. Hombres rudos, toscos y solitarios para quienes el camión era su casa, me trajo de vuelta a la capital. Más de catorce horas arriba del camión. Don Manuel, para no dormirse, cantaba y hablaba con una persona que había muerto años antes, su mujer.

Tal vez pensaba que yo dormía, le contaba lo que le pasaba en ese momento, qué productos traía, los que traería de vuelta. “No te preocupes viejita, llegaré antes de las seis de la mañana”, decía. Llegamos a Santiago con lluvia. En la radio se escuchaba “Hay humo en tus ojos”. Me dejó en avenida Matta con Vicuña, me fui caminando hasta el barrio La Reina. Venía muy seguro de mí mismo, con un certificado de estudios que me autorizaba a entrar al liceo a segundo año de humanidades.

Conocimientos cero, no aprendí nada en el liceo de hombres número uno de Concepción. Miento, aprendí algo fundamental para el desarrollo de un joven adolescente, y me lo enseñó la profesora reemplazante de inglés. Felicidad total. Gracias querida x.



## Viaje al epicentro

Mil novecientos sesenta, mes de mayo, gira al sur de Chile. En torno a Violeta, Isabel y Ángel, y el conjunto “Cuncumén”. Cantos y danzas de norte y sur como introducción a la presentación de mi madre.

Viajamos en el tren nocturno. Después de mucho tiempo estoy de vuelta en la querida Estación Central. La llegada a la ciudad de Chillán es a las seis de la mañana.

La misma noche, concierto. El público le demuestra mucho cariño, considerada como chillaneja, aunque nació en San Carlos. De regreso al hotel, a media noche, me despierto al sentir un remezón fuerte pero acompasado.

Chile es un país de temblores y terremotos y estamos acostumbrados. Me quedé dormido profundamente, solo fue un temblor. Al día siguiente continuamos viaje con destino a la ciudad de Valdivia, en donde actuaríamos esa misma noche.

El viaje para mí era muy entretenido, gracias a las chicas del conjunto “Cuncumén”, coquetas y graciosas. Mi madre hizo un comentario a propósito del temblor de la noche anterior. “Por si no lo saben, nos vamos acercando al epicentro del temblorcito”. Todo el mundo rió con ganas, sin tomar en serio sus palabras.

La gira estaba bien organizada, buenos hoteles, cariñosa recepción del público. Todo bien. En cada lugar mi madre cantaba canciones recopiladas en la zona, lo que alegraba a su público.

Isabel cantaba tonadas de mi madre maravillosamente, voz cristalina, afinada y segura. Mis zapateos en el baile nacional, la cueca, despertaban entusiasmo.

Terminado el concierto, nos esperaba la autoridad local con magníficas comidas y buenos vinos de la zona. Mi madre se retiraba temprano. Yo me iba a acostar vestido, para levantarme raudo cuando ella se dormía. Pequeñas pillerías, nada del otro mundo.

Doce de la noche, ya la delegación cultural dormía profundamente. A las tres de la madrugada, un ruido subterráneo, sordo y el anunciado temblor nos pone a todos de pie. Los vidrios de la galería del segundo piso donde dormíamos fueron despedazados por el movimiento telúrico.

En esta ocasión los comentarios quisieron ser divertidos pero no lo lograron del todo. Una vez los espíritus en calma, volvimos a nuestros respectivos dormitorios, yo aún dormía solo. La mañana siguiente, el café, el pan amasado y delicias variadas, nos logran poner de muy buen humor.

Formaban parte de esta delegación cultural, dos personajes importantes. Julio Alegría, como jefe director de la gira, y don Enrique Moller, este último elegante y refinado, bigotes blancos engominados hacia el cielo, chaquetas de *tweed*, le otorgaban un aire totalmente *british*. Su presencia como presentador del espectáculo era importante, su aspecto inspiraba respeto y credulidad.

Don Julio Alegría tenía su propio estilo. Gordo simpático, inteligente y rápido, amante de la buena mesa y los buenos vinos, apasionado defensor de la música chilena.

Durante el almuerzo del medio día, mi madre sugiere la posibilidad de regresar a Santiago puesto que, según ella, nos vamos acercando al epicentro. Medio en broma y medio en serio. “Les advierto que el próximo temblor no va a dejar títere con cabeza”. Felices de estar todos juntos en la gira, nadie aceptó su proposición.

El viaje continuó en bus, dirigiéndonos a la ciudad de Puerto Montt, donde llegaríamos entrada la noche. Cansados del viaje y las emociones nos fuimos de inmediato a dormir.

A las ocho de la mañana nos encontramos en el comedor y el jefe de la delegación, después de un opíparo desayuno, nos comunica: la Ilustre Municipalidad de Puerto Montt nos invita a visitar la isla de Tenglo, con degustación incluida de plato regional, llamado “curanto”.

Vivas y aplausos de aprobación. Mi madre se desmarca rápidamente, nos comunica que ella se quedará en Puerto Montt. Aprovechará su tiempo interrogando a los pescadores acerca de sus fiestas y cantos.

La delegación se encontrará a las doce en punto en el embarcadero. Sentíamos el aire fresco, tonificante, de los mares del sur. El día amaneció cubierto, pero sin lluvias, ideal para un paseo.

A la hora fijada subimos al bote de un pescador, atravesamos el canal de Chacao sin ningún inconveniente. En la isla nos esperaban las autoridades, todos amigos de Julio Alegría, brindis de bienvenida, breve visita por los jardines; y pasamos a lo que veníamos: a degustar el “curanto”.

A partir de ese momento todo es jolgorio, estamos enfiestados, tragos van y vienen. Vamos probando el chapalele, pan de papas con pebre, y yo, lamentado

“hipócritamente” la ausencia de mi madre, brindo por ella. Llega el curanto a la mesa, desde ese instante y después de haberlo probado, le pierdo el hilo a la historia, mucho vino.

A las tres de la tarde en punto, cuando Julio Alegría, muy inspirado, lanzaba al viento su propio brindis, comenzó el más terrible terremoto que haya ocurrido en el planeta. Nueve y medio grados en la escala de Richter. Se produce una auténtica situación de pánico generalizado, hombres y mujeres, carreras, gritos que de nada servían. No olvidar que estamos en la isla de Tenglo. El susto hizo un milagro, se me pasó el efecto del alcohol. Julio se impone como jefe y recuerda que el pescador debe estar en el embarcadero esperando. Las autoridades locales desaparecen y se acaban los brindis, comienzan los llantos.

Entre tanto mi madre llega a interrogar a un pescador en el embarcadero en Angelmó, me contará después, preguntando por la delegación. La respuesta del hombre de mar: “se dieron vuelta en el bote a la salida de la isla”. No sé si puedo imaginar en el estado en que la dejaría la respuesta lacónica. El pescador tenía razón. En parte era verdad. Al salir de la isla, una ola poderosa hizo que el bote diera vuelta de campana y los pasajeros cayeran al agua. Felizmente esto sucedía cerca de la orilla y todos salieron con sus propios pies hasta la playa.

Al momento de reembarcarse, recuerdo el encargo de mi madre: “tráeme ramas de eucaliptos”, hojas que se usan como medicina popular. Expongo la situación a los integrantes del grupo, nadie me escucha, solo Enrique Moller. Con su flema y distinción me dice “no te preocupes yo te acompañaré”. La pequeña barcaza se fue sin nosotros. Recogimos un gran ramo de eucaliptos para mi madre.

Desde este instante no me hago responsable de la veracidad de mis dichos. Al bajar a la playa Enrique Moller y yo nos encontramos con mi madre que había obligado, con toda su simpatía enérgica, a otro pescador a transportarla hasta la isla para recuperarme. Tal vez solo sea un íntimo deseo, que así haya sido. Otra alternativa, que la he barajado como posible, después del inmenso terremoto la mar se retiró, lejos, lejos. Aseguran los científicos que la ola llegó hasta las costas de Japón, convertida en tsunami. Ese fenómeno permitió que Enrique y yo atravesáramos de la mano y a pie el canal de Chacao. Mi madre, con los ojos brillantes de emoción contenida, nos observa llegar con el magnífico ramo de eucaliptos y nos grita “ustedes sí que son bien mandados”. Qué terrible remezón.

A veces pienso que fue una pesadilla y no existió más que en mi imaginación. Sin embargo, sabemos que el terremoto del veintidós de mayo de mil novecientos sesenta ha sido el más asesino y devastador en la historia del universo.

La historia verdadera o el mito han querido que se cuenten diferentes versiones a propósito de un telegrama que mi madre habría enviado la mañana del cataclismo. Después que la delegación se fuera de paseo, en estado de euforia, a la degustación de platos y alcoholes regionales, un telegrama redactado por mi madre y dirigido al señor Dios, dirección, el cielo. El contenido era más o menos el siguiente, “querido Dios hasta cuándo amenazas con tus temblorcitos, porque no mandas un buen terremoto”. La encargada de la oficina de correos de Puerto Montt, decide no aceptar tal envío.

Mi madre solicita la presencia del jefe, la funcionaria accede. El jefe la reconoce de inmediato y antes que nada le pide un autógrafo de recuerdo. “En qué puedo tener el gusto de ayudarla Violetita”. “Muy sencillo solo quiero que acepte este telegrama”. El inteligente funcionario lo leyó y respondió, “ningún problema. Cuál es el remitente”, mi madre entregó su dirección: “Segovia siete, tres, seis, seis, comuna de La Reina”. “Cuánto le debo”, pregunta mi madre. “Nada”, responde el funcionario, “esto lo paga el destinatario”. Lo importante de este telegrama es que fue escrito dos horas antes del cataclismo.

El regreso a Puerto Montt, a solo algunos kilómetros, se produce de manera caótica, yo me sentía excitado por la experiencia vivida. “El miedo es cosa viva”, comenta mi madre.

La situación de catástrofe nacional me parece apasionante, inconciencia pura. Fuimos destinados a una escuela pública en donde recibían damnificados, sin comer, sin bañarse y una cierta promiscuidad que me gustaba. Dormíamos directamente en el suelo. Esta situación de emergencia permitía simpáticos contactos con una muchacha del grupo “Cuncumén”. En estas ocasiones de grandes catástrofes, la aprovechan los delincuentes para esquilmar a los pobres damnificados sin ninguna piedad. Los comerciantes, no lo hacen tampoco mal: los precios suben a las nubes.

Debíamos respetar el toque de queda, cuando lo levantaban, con Enrique Moller, íbamos en busca de comidas, lo que fuera. Encontramos un modesto almacén de víveres y Enrique, con la voz y talento ya descritos, se presenta ante la propietaria. Una viejecita, hasta aquí simpática. “Distinguida señora, permítame que me presente, a nombre de la delegación cultural de difusión folklórica, y al mismo tiempo me permito preguntarle, si nos puede vender algunos artículos comestibles”. La señora, de edad avanzada, nos muestra una escoba y nos conmina a retirarnos de su establecimiento. Luego de haber soltado una seguidilla de espontáneos insultos, grita, “salgan de mi casa degenerados, la culpa es de ustedes, si dios nos manda este castigo. Cómo se atreven a venir con mujeres desnudas a

corromper a este pueblo cristiano". Desgraciadamente para nosotros esta dama nos confundía con una compañía de revistas frívolas de *strip-tease*, que también tenían derecho a hacer una gira por el sur.

Regresamos a la escuela con las manos vacías.

El viaje de retorno a la capital fue desordenado, en los aviones de la compañía los asientos estaban reservados para ancianos, mujeres y niños. Yo no calzaba en ninguna de las categorías. No sé cómo se las arregló mi madre, pero viajé con ellas en ese vuelo.

*Puerto Montt está temblando*

*con un encono profundo*

*es un acabo de mundo*

*lo que estoy presenciando-*

*A Dios le voy preguntando*

*con voz que es como un bramido*

*por qué manda este castigo-*

*Responde con elocuencia*

*se me acabó la paciencia*

*y hay que limpiar este trigo*

*y hay que limpiar este trigo.*

A los dos días de estar de vuelta en casa, protegido de las furias cataclísmicas del sur de Chile, mi madre se da cuenta de algo grave. Ha olvidado su cuaderno con las canciones recopiladas y otras compuestas por ella. Felizmente para mí, las olvidó en la ciudad de Chillán, a seiscientos kilómetros de Santiago y no más al sur; en ese momento, epicentro de las inundaciones y maremotos que arrasaron pueblos enteros y dejaron miles de víctimas sepultadas bajo toneladas de tierra.

Mi trabajo consistiría en recuperar el libro perdido.

Heme aquí de vuelta al sur, sentado en un banco de tercera clase, en el tren nocturno. Después de terminar con el cocaví preparado para el viaje, me dejo acunar por el traqueteo del tren.

Aprovecho la situación de catástrofe nacional y profito del cariño desmesurado e inmerecido que me prodigan dos maduras y cariñosas amigas de mi madre. Todo esto ocurre en la ciudad de Chillán y sus alrededores, ya que también hubo tiempo para pequeños paseos a María Pinto. Maravillosa Plaza de Armas, centenaria, aguardiente de calidad excepcional.

Convertido, según lo que yo pensaba, en un héroe, una semana después, me presenté ante mi madre con su libro de canciones. No fui felicitado como lo esperaba, al contrario exigió que le diera explicaciones respecto de mi larga estadía entre sus amigas. Mentí. No sería la primera vez ni la última. Me mandó a la cama, dormí como un ángel. Nunca comprendí ese castigo, para mí era un premio.

Mi madre es solicitada por la Universidad Santa María de Valparaíso para realizar cursos de verano de folklore. Isabel y yo, más Isabel, en verdad, somos sus ayudantes. Estos cursos consisten en enseñar a los alumnos latinoamericanos nociones de danzas y cantos populares chilenos.

Yo aprovecho de profundizar en las relaciones internacionales con las alumnas uruguayas y argentinas. No solo jóvenes participan de estos cursos, también adultos.

Conocí a una personalidad uruguaya. La señora Reina Reyes, me tomó simpatía y me invitó a ir a Uruguay. Tomé la invitación en serio. Ella era una destacada intelectual, dirigente del magisterio y diputada.

Diecisiete años me separan del día de mi nacimiento y unos deseos enormes de ser libre. En otras palabras, liberarme de la presión materna.

Desde la Estación Mapocho salen los taxis O'Higgins-San Martín que me trasladan hasta Mendoza. Muchas veces me he preguntado cómo las policías de inmigración de tres países me dejaban pasar con solo un carné de identidad, sin preguntarme adónde iba, con quién y porqué.

Luego de un interminable viaje en tren, de Mendoza a Buenos Aires, y una travesía en barco, llego al pequeño puerto de Colonia, ya en territorio uruguayo.



## Prófugo en Montevideo

No me detendré para contarles mis propias aventuras uruguayas, seré breve ya que se trata de la memoria que tengo con mi madre.

Después de algunos meses de estar viviendo en Montevideo, una mañana temprano golpeó la puerta el representante cultural de Chile diciéndome: “usted joven es menor de edad, su madre está enferma y lo necesita, será repatriado mañana en la mañana”.

Fue la primera vez que viajé en avión. La presión materna me había seguido la pista y me hacía volver al redil.

En efecto, mi madre estaba en cama, se puso contenta al verme llegar. Pensé que era bueno estar de nuevo en casa y que mis pequeñas rencillas con ella se terminarían. Después de haber viajado por tres países me sentía adulto y buscaba de su parte más que reconocimiento, respeto.

Comenzaba a tener mi pequeño repertorio de canciones argentinas y uruguayas, cosa que molestaba, con justa razón, a mi madre. Era la única manera que tenía de decirle: “mamá, yo también existo”.

La sangre no llegó al río, las bellas canciones de Atahualpa Yupanqui y Alfredo Zitarrosa, a quien conocí antes de que grabara su primer disco, trabajaba como locutor de radio “Espectador”, apaciguaron sus iras.

El diagnóstico médico dijo hepatitis. En cama, desesperada por la falta de actividad, una tarde atrapó una cortina, recuerdo el color, verde. Comenzó a bordarla de manera frenética, sin diseño ni plan previo, con gran rapidez.

Antes nuestros ignorantes ojos nacía la Violeta Parra arpillerista. Luego serían los enormes cartones que proveía el tío Joaquín y que ella iría llenando de colores y contenido.

“La huelga”, “El dos de abril”, “El fusilamiento”. Todas las artes al servicio de la denuncia. La consecuencia absoluta.

Yo observaba todo esto de manera imparcial y serena. Si bien es cierto el trazo de la pintora no me convencía del todo, el contenido y el color me atraían fuertemente.

Pasé por momentos de nostálgica depresión pensando en mis amigas y amigos uruguayos, los baños de mar a la luz de la luna en la playa de Pocitos en Montevideo, mi trabajo como niño del aseo, antes de escalar puestos en el canal 4, "las llamadas", encuentro de tamborileros en las esquinas, antes del carnaval y todo lo mucho que me vi obligado a dejar por ser menor de edad y estar obligado acompañar a mi madre.

A cambio de lo perdido en tierras uruguayas, mi madre me instó con vehemencia a concentrarme en el estudio del arpa para acompañarla en sus cuecas y tonadas. Pero yo había crecido con ese viaje a Uruguay. Ella no se daba cuenta o prefería ignorarlo.

Para no desagradarla del todo, logré aprenderme dos o tres introducciones en la bendita arpa. No sirvieron de nada, nunca hubo ocasión para lucir mis habilidades de arpista.

Ella quería demostrarme que yo debía hacer lo que a ella le parecía correcto y anular mis iniciativas por el momento.

La situación se anduvo envenenando un día que, sin razón aparente, se levantó de la cama con la clarísima intención de propinarme un correctivo. Alrededor de la mesa de comedor, antigua, con bellas patas de león talladas y único testimonio de la relación con Luis Arce, comenzó a perseguirme, a la décima vuelta me detuve de improviso, con la mano derecha en alto. Creo que la atemoriqué, se produjo un gran silencio solo se oían nuestras respiraciones agitadas después de la persecución, me tomó la mano y me invitó a bailar un vals. Santo remedio, nunca más violencia, creo que fue el comienzo del armisticio entre los dos. El resto, solo pequeñas guerrillas urbanas, a las cuales estaba acostumbrado y de las que sabía defenderme.

Era un poco el juego del gato con el ratón; de más esta decirlo, el ratón era yo. De día hijo obediente pero, de noche, buscando la vida, comienzo a frecuentar lugares de la bohemia santiaguina, los primeros cigarrillos y el temido pisco solo.

Mis primeros amoríos la contrariaban, peligroso para mí ya que podía dejarme en ridículo en cualquier momento. En público.

Me queda la impresión de que la libertad otorgada en mi infancia, comenzaba a quitármela. Labor principal para el adolescente que era: rebelarme de a poco, con infinita paciencia, con respeto y ternura. Rebelarse era la orden.

Durante la época del café Sao Paulo, tuve la suerte de encontrar amistad

entre gente más grande que yo, parejas instaladas. El Beco y la Eliana, amigos de mi madre, supieron hacer la diferencia entre ella y nosotros, sus hijos, y nos abrieron, a Isabel y a mí, sus puertas como a tantos otros amigos.

Para mí fueron importantes, mi primer y entusiasta público; amistosas y regadas trasnochadas. Ese mundo me encantaba, me hacía olvidar que yo era una pieza más del equipo que mi madre preparaba para el futuro.

Los organizadores de la Primera Feria de Artes Plásticas en la orilla del río Mapocho, aceptan a mi madre como artista plástica en el Parque Forestal. Pintores, escultores, artesanos reunidos. Cada exponente tiene derecho a un espacio para mostrar sus obras. Mi madre quiere exponer pero también trabajar delante del público, por lo que el espacio otorgado no sirve. Quiere tener su propio stand, y lo consigue. Quiere que se oiga su música, los vecinos se oponen.

Pasan ante su puesto artistas académicos; sonrisas condescendientes miran de reojo y se van alejando. No saben lo que les espera.

Trabaja la greda, realiza ante el público maravillosos retablos, un señor muy elegante compra uno de ellos. Armando Uribe y su bella mujer, Cecilia.

La gente se agrupa entorno a ella. Curiosa, admirativa. Creo que es intensamente feliz. ¿En qué año estamos viviendo? Tal vez es el año mil novecientos sesenta y uno. No tiene importancia.

La tarea que me ha sido asignada es importante durante la Feria de Artes Plásticas. Guardián del templo. Duermo en una silla de playa cuidando durante la noche su obra. Junto a otros adolescentes pasamos noches magníficas, me saltaré los detalles. Recupero mi libertad perdida en esas noches de verano.

Conozco a una maravillosa muchacha panameña. El sector materno no está de acuerdo. No importa, sigo delante. La panameña me hace turumba, en el buen sentido, se entiende.

Mi madre está entregada a su nueva pasión, la pintura, sin abandonar jamás la música. Su amistad con el documentalista Sergio Bravo la hace llegar a la música incidental. Canta, compone para los documentales "Día de organillo", "La trilla", "Mimbre". No se detiene ni un minuto.

Le proponen que realice la banda original para la película *Manuel Rodríguez*, de Pedro Sienna, pionero del cine mudo chileno.

Compra un piano pero no sabe tocar, no importa. Compone y mis recuerdos

son que esa música es la genialidad misma. Una disputa estética con el cineasta hará que la banda musical se pierda en el olvido. El documentalista deberá arrepentirse, hasta el último de sus días.

Me agobia la gigantesca capacidad de trabajo de mi madre. Además, duermo poco, resultado de la bohemia santiaguina.

El viejo amigo, Raúl Aicardi, ahora nos da una mano a Isabel y a mí. Director del departamento audiovisual de la U de Chile, comienza a crear de cero la TV chilena. Nos ofrece incorporarnos al primer equipo.

Durante mi permanencia en Uruguay trabajé en Montecarlo TV, Canal cuatro, creo ser el único de los jóvenes que acompañamos a Raúl Aicardi que tiene una experiencia de verdad. Empecé en Uruguay barriendo los estudios, terminé como sonidista. Otra vez la mano de la madre pasó por ahí. Su amistad con Raúl facilitó las cosas.

Llegan malas noticias del tío Lalo. Vive desde hace muchos años en Argentina, está enfermo. Mi abuela y ella, dos fuerzas de la naturaleza, se van a buscarlo. El término que más se acerca es rescatarlo. No sería la primera vez.

En una ocasión anterior, mi madre logró liberar al tío Lalo de otra cadena que lo ataba y que él ya no podía soportar. Nicanor, hermano mayor, preocupado de que sus hermanos menores se educaran y gracias al modesto cargo de inspector del internado Barros Arana, logró conseguirle una beca a Eduardo Emeterio (Lalo). Es aceptado y comienza su sufrimiento. Los Parra son pájaros cantores, pero nunca en jaulas.

El pobre vivía una terrible contradicción, su mayor anhelo era poder reunirse, noche a noche, en el "Tordo Azul" con sus hermanos Violeta, Hilda y Roberto para cantar, pero sus excelentes notas en el internado se lo impedían. Una tarde de visita narra esta situación a su hermana Violeta, ella luego de reflexionar le dijo: "Lalo, tengo la solución, debes comenzar a obtener las peores notas del curso, es la única forma de que te quiten la beca". Fue así como al fin del año escolar, el tío Lalo perdió la beca, pero recuperó su libertad.

Cada vez que una situación difícil se presentaba en la familia mi abuela se apoyaba en su hija. La sabía fuerte y amante de los desafíos. La solidaridad familiar en su máxima expresión. Lo femenino asumiendo. Cuando lo masculino no existe, no queda otra alternativa.

## Madre e hija en Argentina

Una vez resuelto el problema, se va a Buenos Aires, ignoro de esa época casi todo. Lo que sí está claro es que Violeta Parra representa a su país mejor que sus embajadores. Conciertos, exposiciones, da clases de todo lo que sabe en la TV, Canal trece. Graba discos y prepara su gran salto. ¿Europa? Ni ella lo sabe. Pero algo prepara. Si no, como explicarse tanta energía canalizada a preparar el futuro.

Seguramente su corazón intuitivo se lo decía, ya viene la buena noticia. Buenos Aires se le hacía chico.

El Partido, a través de la voz de la inolvidable Gladys Marín, nos invita al Festival de las Juventudes del Mundo a realizarse en Helsinki, Finlandia. Violeta, Isabel, Tita, su nieta de cinco años. Y Ángel, su único hijo hombre.

Encuentro en Buenos Aires, nos embarcamos en el barco *Yapeyú*. Durante la travesía trabaja en sus arpilleras. Cuando trabaja abandona este mundo. Todo es sencillez, humildad, estado purificador.

Es la fuerza de saber que está en la razón. Juntos recorrimos Europa, nos fuimos solo con pasaje de ida. Con mi hermana respondimos con esfuerzo, entusiasmo y trabajo para ganarnos el pasaje de regreso. Bajo su dirección naturalmente.

Por las calles de Berlín oriental, voy a ciegas preguntando, *wolle kaufen, wolle kaufen* (compro lanas). Mi madre me echaba a los toros. Necesita lanas de colores para bordar sus arpilleras y mi deber era conseguirlas. A como diera lugar. Vuelvo al hotel Adlon, lleno de lanas de todos los colores.

Se ven muchos obreros construyendo un interminable muro. Agosto de mil novecientos sesenta y dos. La calidad de la mano de obra debe haber sido mediocre, lo echaron abajo.

En los momentos de creación nadie podía importunarla, para ella era un estado sagrado, místico. Lo anunciaba como "la nubecita". Viene "la nubecita, aquí está la nubecita". Esa nubecita desata temporales de emoción, de alegría, de rebeldía en quienes escuchan sus canciones hasta el día de hoy.

La fuerza al transmitir el mensaje es personal e intransferible. Es ella quien lo logra. En el viaje se dio tiempo para organizar un grupo de cantos y bailes chilenos. Los puertos se suceden unos y otros. Hoy llegamos a Vigo, el barco se detendrá veinticuatro horas. Nos convoca a Isabel y a mí para decirnos que, como no tenemos ni un peso, debemos aprovechar y bajar a cantar al puerto.

Pregunta estúpida la mía. ¿Dónde? Respuesta: en la calle. Me guardé lo que pensaba en torno a su iniciativa. Donde manda capitán no manda marinero. Esa fue mi primera e inolvidable presentación en tierras europeas.

Anoche me desvelé. Desde que comencé a escribir sobre mi relación con mi madre la siento presente y el pensamiento trabaja, recuerda, recompone.

Supongo que es ella quien me dicta. Quiere que hable de su madre.

Al morir mi abuelo, Rosa Clara Sandoval Navarrete, viuda con siete chiquillos, se agigantó, obligada por las circunstancias, se tragó la rabia que le dejó el abuelo como herencia.

El abuelo de mi madre, José Calixto, fue presionado por su hijo para que dividiera las tierras, repartiera las casas, lo que daba una pequeña fortuna. Hubiese podido educar a todos sus hijos, pero el abuelo se dio al trago y al juego; poco a poco firmando recibos de deudas inexistentes, completamente borracho, sin saber lo que firmaba, lo perdió todo. "Amigos" de la noche, la jarana, lo dejaron en la miseria, miseria que a su muerte heredan mi abuela y sus hijos.

La máquina de coser, que le quemaba las pestañas, no era suficiente para mantener al familión, los hijos totalmente dependientes de ella. Mil novecientos veinticinco. Mi madre tiene siete años de edad, recurre a la guitarra que mi abuela había encerrado en un armario, condenándola a perpetua. Considerando que el instrumento había sido uno de las culpables del desastre al cual los condujo mi abuelo.

Mi madre sabía donde escondía la llave. Eduardo, Hilda, Roberto la siguen, comprendiendo que tendrán que trabajar para ayudar en la casa.

Mercados, trenes, bares, plazas se convierten en escenarios para estos niños, que se agarran a la vida asumiendo que el que no trabaja no come.

La viruela contagió a mi madre, mi abuela fue su medicina. ¿Cómo la salvó? Mucho amor, tenacidad para rescatar a "su hija más donosita". Coraje, madres corajes. Tenía a quien salir la Violeta.

De alguna manera su recorrido se parece al de la abuela. Desde una situación holgada a la proletarización. A vivir en carne propia las penas del pobre.

Observando viejas fotos del matrimonio Cereceda Parra, me queda claro que mi madre no quiso aceptar las reglas del juego que le ofrecía “Sombrero verde”, mi padre. Se ven incluso elegantes, los dos niños impecables. La foto fue tomada en la Quinta Normal, en Santiago. Veo las manos de mi madre como las manos de un pianista.

Mi madre recordaba la historia de su madre y sus hermanos a cada instante. Sabía que podía salir adelante sin la ayuda que le ofrecía mi padre. Ayuda que comprometía su libertad.

Decir que fue autónoma, independiente, libertaria, es lo menos que se puede decir. La pareja, en general, para mi madre, tenía algo esencialmente burgués, de acomodo. Me lo hizo sentir más de una vez. “Dormirse en los laureles”, lo llamaba.

Pocas veces la vi enferma, una hepatitis, una operación equivocada en Bakú, le sacaron el apéndice, problema de traductor en el momento de definir los síntomas. Secuelas de la hepatitis que la persiguieron hasta el final. Jamás supe que fuera al médico. Recurría siempre a recetas campesinas, yerbas y, sobre todo, higiene en la vida cotidiana.

Espartana. Quillay, orina, huevos para que el pelo quedara limpio y brillante, ajo, limón y cebollas, diferentes cataplasmas. Hacía desaparecer lunares grandes amarrándolos con un pelo de su abundante trenza. Al día siguiente, desaparecían. De tal palo tal astilla, mi abuela era igual.

Ruda, paico, matico, hierba buena, tilo, sal de mar y muchas otras combinaciones para los males pasajeros. En mi casa nunca se compraban remedios, ni la aspirina a la que el tío Roberto le atribuía virtudes mágicas y con las cuales mi abuela lo chantajeaba humorísticamente.

Hurgueteando en la memoria, hoy, mientras me cortaban el pelo, me sumerjo en el tiempo. Bajo el parrón, el mismo en donde admiraba el relieve de Stalin, Paula Jara Quemada 115, mi madre me sienta en una sillita y me observa, exclama, “qué niño más cabezón”. El peso de la cabeza me va inclinando el cuerpo a mano derecha, no logro mantener la cabeza en los hombros y me estoy cayendo. Se acerca mi mamá, me ata con un cinturón al poste para evitar las caídas de su hijo cabezón.

Segunda operación, debo tener las orejas más grandes que lo normal, quiere solucionar el problema, debe pensar en mi futuro, corta dos pedazos de tela

emplástica y trata de pegarme las orejas al cuero cabelludo. No sirvió de nada, basta mirármelas. De todos modos le agradezco sus preocupaciones estéticas para mejorar el aspecto de su único hijo hombre. Ahora que esta imagen se me vino de pronto me hago una pregunta. ¿A quién se le habrá ocurrido crear esa comunidad entre Nicanor Parra, su mujer, sus hijos y nosotros? No lo sé. Nicanor, destacado intelectual y matemático. Mi madre que buscaba su destino. Mi padre maquinista militante, mis tíos más jóvenes, cesantes, bohemios. Vista la situación desde la distancia me parece pertinente decir que los adultos de esa casa no tenían nada en común. Solo los apellidos. En calle Paula Jara Quemada, los hermanos de mi madre, Eduardo y Lautaro Parra, vivían con nosotros en la misma casa o venían a vernos a menudo.

Los recuerdo con precisión, dividían a los sobrinos en dos bandos, capitaneado por cada uno de ellos y jugábamos a que estábamos en guerra. La casa era una parcela con árboles frutales y hortalizas, detrás del jardín de entrada. Ese era el campo de combate; las armas, frutas y terrones.

Mi prima Catalina Parra dirime pleitos familiares con mi hermana Isabel. Literalmente agarradas de las mechas, como dos gladiadoras, transpirando, rojas por el esfuerzo realizado y sin quejarse, silencio absoluto.

Mi madre se las arregló para encontrar en el barrio un lugar para cantar. El bar "No me olvides". Para mí ese nombre, premonitorio, jamás lo olvidé.

Ni con la mejor voluntad del mundo este grupo humano podría llegar a entenderse.

Así como mi madre encontró que en el "cité cadena" vivían muchos Cereceda juntos; a mi padre debe haberle parecido que acá había demasiados Parra.

Durante el tiempo que estuvimos en esa casa mi padre trata desesperadamente de lograr que mi pelo sea domesticado y que, al fin, me "peine para atrás". El limón parece ser una excelente gomina para lograrlo. A mí me hace sufrir, me pica, arde. Me desagrada tener el pelo tieso. En el grifo del jardín, apago el incendio provocado por mi padre en mi cabeza.

En fin, todo esto debí contarlo antes. No hay caso, caprichos de la memoria.

En la mejor época del café Sao Paulo, yo andaba pegado a mi madre, a las dos de la tarde se despedían los amigos, unos de otros. Nosotros, seguramente con Isabel, mi hermana, nos íbamos caminando por la calle Huérfanos hasta llegar a

Santa Lucía. Falda del cerro en dirección de la Escuela de Bellas Artes. Ahí, en el casino de los estudiantes, podíamos almorzar por muy poco dinero.

En más de una ocasión nos acompañó Víctor Jara, luego la reunión continuaba en casa. Mi madre quería convencernos, a Víctor y a mí, de que juntos podíamos conquistar el mundo cantando “El desafío del mulato Taguada y don Javier de la Rosa”, versos de la tradición colonial en cuartetos, comúnmente llamadas, payas.

*Mi don Javier de la Rosa*

*tiempo que lo ando buscando*

*traigo aquí doscientos pesos*

*si quiere vamos payando.*

Yo era un poco agrandado, adelantado, pero nunca tanto, más de diez años nos separaban a Víctor y a mí, y cada uno tenía sus prioridades. Sin embargo, recuerdo que alcanzamos a ensayar unos villancicos a dos voces.

Pasaba mucha gente por la casa, ¿mil novecientos cincuenta y nueve? No tomen las fechas como seguras, son aproximadas.



## Dieciocho chico gozoso

Algo me sucede mientras avanzo en el relato. Quiero volver atrás, no seguir hacia adelante. Me parecen más puros y cristalinos los recuerdos de la infancia. Recuerdos de una “fonda” familiar. Gozoso.

Los “fonderos”, agentes culturales improvisados, comerciantes clandestinos, no quedan jamás conformes con el resultado económico de las celebraciones de las fiestas patrias, llamadas dieciocheras. Exigen dieciocho chico, prolongar las fiestas, un mes después. Las autoridades cómplices consienten, pensando en la próxima elección.

Mi madre entra sonriendo a la casa; “conseguí los permisos para la fonda”. Dieciocho chico en El Monte.

Palabras mágicas para mí. Su significado, la libertad que trae consigo la “fonda”. Serán por lo menos cinco días de regocijo, sobre todo si cae un miércoles feriado. Así nos iremos deslizándose hasta el lunes siguiente entre cuecas, chicha dulce, papelitos de colores recortados para decorar y establecer una separación entre el techo y el cielo estrellado del Valle Central. Ramas de palmeras para la entrada, como si por ella debiera pasar la virgen María y su hijo.

Los materiales fundamentales, mesas, sillas, el gran mesón, prestados por mi abuela, quien nos alababa cada vez que entrábamos en alguna empresa que podía entregar resultados económicos positivos.

Don Manuel nos surtiría de lo esencial; chicha, vino, bebidas gaseosas. Las empanadas y anticuchos se harán en la trastienda.

El pequeño pueblo de El Monte, cerca de Santiago, mediados de octubre, la primavera se perfila.

La salida de casa, en un camión vetusto que mi madre negociaba con el chofer a la salida de la barraca Villanueva. Paradero habitual de carretelas con caballos famélicos y tristes, cumplidores como pocos, carretones de mano y desvencijados camiones.

En general trata con el propietario, con la mitad de su cuerpo, ya que la otra mitad está bajo el camión, solo se le ven las piernas.

Al llegar al lugar en que se instalarán las “fondas,” el Estadio Municipal, observo maravillado la descarga. Sommieres, colchones que muestran intimidades. Artesa, para el lavado de los vasos y de la ropa que iremos ensuciando día a día. Tabla de amasar, uslero, piedra o callana para el pebre cuchareado. Fondos para el consomé, con su respectivo cucharón; platos de greda que se irán quebrando uno a uno y desaparecerán como hojas de calendario, señalándonos que los días se van y con ellos las fiestas.

Vestidos de colores, ponchos, refajos, frazadas. Se acordaron de mí, vi pasar mi chaqueta de cuero. Regalo de mi padre, su chaqueta de maquinista.

Las fotos no mienten, mudos e inmóviles testigos de un instante. Mi madre y yo, el paseo de la cueca, para allá para acá, tomados del brazo, comienza el baile, visto de huaso, sin chaquetilla ni espuelas, las tres de la tarde.

Mi madre tenía su fórmula para entusiasmar y lograr atraer público a la “fonda”. Lo tentaba, atraía, embrujaba.

La llamada familia “Miranda” (mirones) dibuja una línea imaginaria ante la entrada, no la traspasan por ningún motivo. Ni las insistentes invitaciones del hombre del micrófono, ni los garzones, cual diablillos, incitan, imitando el gesto, empujando el codo, a beber chicha fresquita, consiguen hacerlos entrar.

En el momento en que el semicírculo sagrado se forma delante de la entrada; ella, da la orden, cuecas, tres pies de cuecas. Estoy preparado en la pista, a su señal comienza el paseo.

Al medio de la segunda cueca, se produce movimiento en la entrada, al fragor del zapateo, cuando paseo el pañuelo por entre mis piernas, cuatro mesas, seis mesas, ya están ocupadas por entusiastas parejas que van llevando el rito con las palmas, se ha roto el hielo. Termina la tercera danza y aparecen milagrosamente dos vasos de chicha.

Es un ritual, ella la sacerdotisa, logra que los feligreses entren en su catedral.

Isabel y Víctor Jara cantan con entusiasmo, el hermano del negro Pavez termina la instalación eléctrica.

Es el mismo equipo de la fonda anterior, en el Parque Cousiño. La familia Pavez y Víctor Jara viven en el barrio. Rolando Alarcón y Silvia Urbina reemplazan a los cantores que van quedando afónicos, todos en torno a mi madre. Contagiosa alegría, tiempos de amor compartido.

Soy inmensamente feliz, tengo de todo, este es mi reino, de noche mi madre vuelve a casa. Yo me quedo con dos o tres mocetones amigos para cuidar el castillo

que la reina madre me ha confiado.

Para evitar desplazamientos nocturnos, mis amores de adolescente encuentran cobijo en la fonda de la Violeta Parra. Cinco días con sus noches, la fiesta llega a su fin, como todos los carnavales.

Se termina la euforia del dieciocho chico en El Monte, tenemos que desarmar las "fondas". Pasa la comisión de alcoholes, vigilando que se cumplan los horarios, "pase por aquí mi cabo, una copita no más", mañana será otro día.

Al día siguiente, se cumple otro ritual, tapar hoyitos, así le llaman los fonderos. Este consiste en desarmar las "fondas" y dejar el terreno en el mejor estado posible, para la próxima ocasión. Esencialmente es la fiesta de los que trabajaron los cuatro o cinco días sin descanso, sin que se les pasara la mano en el consumo de chicha. Asados con la carne que no se vendió, empanadas añejas pero sabrosas, todo se comparte. Improvisados músicos y cantores, los profesionales ya están lejos, cantan y bailan, comen y beben sin horarios ni límites. Trato de estirar el placer al máximo.



## **He vuelto a soñar con mi madre**

Como tantas ocasiones, anoche soñé con mi madre, tal vez se me apareció.

De todas maneras en el silencio de la noche siempre la oigo, y presiento. No sé si me habla, tal vez canta para que yo escuche y luego repita, no sus palabras, el contenido.

Simplifico y entiendo que lo que hay que hacer es dar a conocer sus obras y punto. No soy médium.

Entre sueño y vigilia, van y vienen las imágenes perdidas, a veces pienso que está de viaje, uno de los tantos, Chiloé, Atacama, Chillán viejo. Puede ser que regrese mañana. Mi madre es impredecible.

La veo en transparencias, como recuerdos de niño borracho. *Flashes* fotográficos. Mi madre con Alejandro Jodorovski, año 56, paseando frente al Museo del Louvre (recién lo supe). "Mira Alejandro ahí estarán mis trabajos en algunos años más", mostrándole el imponente museo.

Comiendo con la doctora Françoise Dolto: presa de estertores y fiebre, Violeta dice: "algo está ocurriendo en Chile". En los diarios al día siguiente, temblores violentos en este país.

El premio Caupolicán, año mil novecientos cincuenta y cuatro, la consagró definitivamente. Qué significaba esa consagración para ella. Nada, absolutamente nada. La parte más ardua, vendría después.

Durante su paso por Concepción, participa, canta, recopila, mientras sus amigos queridos, Gonzalo Rojas y Fernando Alegría, organizan el Primer Encuentro de Escritores Latinoamericanos.

Al volver a Santiago trae con ella a un señor de barba y anteojos, delgado, que solo hablaba inglés. Estuvo en casa algunos días, Nicanor pasaba a buscarlo, antes yo les preparaba carne a la parrilla, con picardía, la que consistía en esconder dientes de ajos en la carne, sin que se notara desde el exterior.

Cuarenta años después supe, gracias a una entrevista, por él concedida, que se trataba de Allen Ginsberg, gran poeta norteamericano. Al preguntarle el periodista si recordaba algo de Chile, respondió: “sí, a Violeta y a su hijo Ángel que cantaba cuecas todo el día”. Exagerado, pero le agradezco.

Violeta del Carmen Parra Sandoval, mi madre.

Complejo personaje, la sensibilidad a flor de piel por la gente sencilla de su pueblo, sufre hasta las lágrimas por las injusticias. Algunas veces la escuché llorar. Me daba miedo. Parecía el llanto de una loba madre a quien le han asesinado sus lobitos, un llanto profundo, negro, doloroso, desde el fondo de su pequeño cuerpo salía ese sollozo bíblico. A nadie, nunca más le he escuchado ese lloro que me impresionaba, me provocaba tiritones, angustia. ¿Qué fuerza interior la movía? ¿De dónde salía toda esa energía que movía montañas? Salió airosa de las situaciones más complejas e intrincadas. ¿Sufrió? Sí. Mucho. No por ella, por los demás.

Recuerdo el día que la recibió el director del Museo de Artes Decorativas, monsieur Farré. La comisión que había aprobado sus trabajos decidió cambiar la programación y anular su exposición.

Todas las tapicerías, los óleos en el suelo, dibujaban un inmenso mapa. Reflejando las alegrías y angustias de mi madre.

El director no alcanzó a decir *je suis desolé* y ella sacó su artillería de argumentos, sus justas razones, sus precisas demandas, él debía cambiar esa decisión. La comisión rechazaba sus trabajos.

Nos retiramos de la maravillosa oficina de monsieur Farré en un estado, no sé cómo llamarlo, no encuentro la palabra. Esa tarde lloró con ese llanto de que hablé antes y por primera vez en mi vida sentí en el cuerpo, físicamente, en las manos, en la espalda, una sensación de dolor. La depresión y el dolor no eran síquicos. Debíamos esperar algunos días para una nueva respuesta.

No puedo decir que yo sufría como ella lo estaba haciendo. Preocupaciones, mínimas, estúpidas, juveniles, las mías.

Me di cuenta de la extraordinaria importancia que esa exposición tenía para ella y recién comprendí qué era lo que quería decir: “esto lo hago para Chile, no para ustedes”.

## La batalla del Louvre, 1964

Llegamos a la rue monsieur Le Prince, al hotel de "La Candelaria", la pieza donde yo vivía y que le cedí el tiempo de duración de la exposición. Me pidió que la dejara sola. Quedó vacía, sin fuerzas, desvitalizada. Debía vivir sola ese trance.

Trabajaba yo desde temprano en "La Candelaria". En el quinto piso se situaba la habitación ahora ocupada por mi madre.

Entre las ocho y las diez de la noche yo acompañaba a un viejo guitarrista. El negro Ricardo, cariñosamente así lo llamábamos. Llegó a los catorce años a Francia para integrarse a los guitarristas que acompañaban a Carlos Gardel. Aprendí mucho con él.

Mi madre bajó a escucharnos, se veía recuperada, me hizo una seña, dejé mi guitarra, fui a verla. Algo había cambiado en ella, la sentí suave y dulce, con su voz ronca habitual me dijo. "Mañana a las once de la mañana debes ir al museo, no te acuestes demasiado tarde, monsieur Farré te dará la respuesta definitiva". Me tocaría cumplir una misión de enorme importancia.

Al día siguiente, en la oficina del director del museo, a las once menos cuarto, con su más bella sonrisa me anuncia que había logrado hacer entender a la comisión. Se mantienen las fechas, la exposición de Violeta Parra era importante, necesaria.

Volé por las calles de Paris. Le llevé la noticia como quien lleva un tesoro entre los dedos, no podía caerse, quebrarse, perderse. Fui absolutamente feliz de ser el ángel mensajero.

Me recibió diciendo, "tus pasos en la escalera me avisaron, sé que me traes buenas noticias". Posteriormente le escribió a una amiga diciéndole: "Ángel traía el sol en su cara y eso era lo que yo esperaba". Nada más.

Lloró con dulzura, un llanto totalmente diferente al desgarrador descrito anteriormente.

La exposición de las obras de mi madre en el "Pavillon du Marsan", en el Museo de Artes Decorativas de El Louvre, fue el mes de abril.

En el catálogo, modesto por cierto, Ivonne Brunhamer escribe: *Violeta Parra s'approprie le monde et en fait son œuvre, elle anime tout ce qu'elle touche, de une vie précise, originale, les mots et les sons, les formes et les couleurs. Elle est artiste totale, musicienne, peintre, sculpteur, potier, enfin poète comme son frère Nicanor et son ami Pablo Neruda.*

Volví a Chile en junio de mil novecientos sesenta y cuatro. Pero eso pertenece a otra historia.



## Estampida

La mañana del cinco de febrero de mil novecientos sesenta y siete, escuchó hasta el cansancio la canción que cantáramos con mi hermana Isabel. Ese mismo domingo Violeta se fue a los cielos.

*Río Manzanares, déjame pasar*

*que mi madre enferma*

*me mandó llamar.*

*Mi madre es la única estrella*

*que alumbra mi porvenir*

*y si se llega a morir*

*al cielo me voy con ella.*



1



2





4



5





7



8





10



11





13



14

1. Violeta con su hermano Eduardo.

2. Con "Sombrero Verde", mi padre, Luis Alfonso Cereceda Arenas.
3. Con su madre Clara Sandoval Navarrete.
4. Con Isabel en brazos de mi madre.
5. Con mis primos Roberto, María Elena, Gladys, tío Nene, Tony "Canarito".
6. Yo, a los catorce años, en la carátula de mi primer disco.
7. En la Feria de Artes Plásticas de Santiago.
8. Conmigo cantándole al Angelito, mi hijo.
9. Violeta con hepatitis.
10. Violeta y su guitarrón.
11. Violeta y la cueca.

12. Embarcados en el *Yapeyú*, en Buenos Aires.

13 y 14 Con su enamorado Gilbert Favre.

